

Colección  
PROMETEO

**LOS VEHÍCULOS DE LA MEMORIA.  
DISCURSOS MORALES DURANTE LA PRIMERA  
FASE DE LA VIOLENCIA (1946-1953)**

NICOLÁS RODRÍGUEZ IDÁRRAGA

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - CESO  
DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Rodríguez Idárraga, Nicolás

Los vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la violencia (1946-1953) / Nicolás Rodríguez; director: Gonzalo Sánchez. – Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, CESO, Ediciones Uniandes, 2008.

124 p.; 17 x 24 cm. – (Colección Prometeo)

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-958-695-391-7

1. Violencia política – Historia – Colombia – 1946-1953 2. Ética política – Colombia – 1946-1953 3. Violencia en la literatura 4. Colombia – Historia – 1946-1953 I. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Historia II. Universidad de los Andes (Colombia). CESO III. Tit.

CDD. 301.633

SBUA

Primera edición: noviembre de 2008

© Nicolás Rodríguez Idárraga

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales - CESO

Carrera 1ª N° 18ª-10 Edificio Franco P. 3

Teléfono: 3 394949 - 3 394999 Ext. 3330

Bogotá D.C., Colombia

[ceso@uniandes.edu.co](mailto:ceso@uniandes.edu.co)

Ediciones Uniandes

Carrera 1ª N° 19-27 Edificio AU 6

Bogotá D.C., Colombia

Teléfono: 3 394949 - 3 394999 Ext. 2133 - Fax: Ext: 2158

Bogotá D.C., Colombia

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

[infeduni@uniandes.edu.co](mailto:infeduni@uniandes.edu.co)

ISBN: 978-958-695-391-7

Corrección de estilo: Guillermo Díez

Diseño gráfico, pre prensa y prensa:

Legis S.A.

Dirección: Avenida Calle 26 N° 82-70

Conmutador.: 4 255255

Bogotá, Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

# CONTENIDO

## CAPÍTULO 1

### LOS VEHÍCULOS DE LA MEMORIA: FUENTES CONTAMINADAS

1.	La literatura en la violencia y la literatura de la violencia.....	6
2.	La crítica literaria: ¿qué hacer con el maniqueísmo? .....	13
3.	Los balances historiográficos .....	21
4.	El lugar del testimonio y la pregunta por lo cultural en los estudios sobre la Violencia .....	26

## CAPÍTULO 2

### LA MEMORIA DE LA VIOLENCIA COMO OBJETO DE LA HISTORIA

1.	Algunas consideraciones sobre la memoria de la Violencia a partir de las ideas de Daniel Pécaut .....	37
2.	El fin pactado de la Violencia.....	40
3.	La memoria prohibida.....	47
4.	La memoria de la Violencia como objeto de la historia.....	51
5.	Entre historia y memoria: ¿qué papel para la experiencia?....	52
6.	De las diversas “verdades” a las políticas de la identidad .....	55
7.	Moraleja y orden social: crisis en el orden simbólico .....	60

## CAPÍTULO 3

### DISCURSOS MORALES

1.	La importancia de la prensa.....	63
2.	Hilarión Sánchez y Saúl Fajardo: guerra de espejos entre el guerrillero liberal y el policía conservador en el departamento de Boyacá.....	66
2.1.	<i>Las balas de la ley: “el orden soy yo”</i> .....	69
2.2.	<i>Memorias de un bandolero – ad hoc</i> .....	71

3.	El “cura guerrillero” y el obispo radical e intransigente.....	78
3.1.1	La Violencia y sus inicios según <i>Lo que el cielo no perdona</i>	82
3.1.2.	¿Curas “bandoleros”?.....	86
3.2.	La autoridad para hablar: el caso del obispo Miguel Ángel Builes .....	89
	CONCLUSIÓN .....	98
	CONSIDERACIONES FINALES: ACERCA DEL RECONOCIMIENTO .....	98
	BIBLIOGRAFÍA .....	107

LAMSU



## INTRODUCCIÓN

Dos son los antecedentes inmediatos de esta monografía. Por un lado, hace un par de años tuve la oportunidad de colaborar en una investigación dirigida por Francisco Gutiérrez, para el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, sobre Violencia y democracia en Colombia. En esa ocasión me fue asignada una tarea que terminó por influenciar mis intereses investigativos: con la intención de enfocar el problema de la violencia desde un ángulo diferente debía retomar la literatura colombiana del siglo XX —haciendo énfasis en el carácter deliberadamente ficcional y no periodístico de las obras—, en la que se retrataran hechos de violencia. La investigación, lejos de ser exhaustiva, terminó concentrándose en la denominada *novela de la Violencia* y como producto de la misma surgió un artículo para la Revista de Estudios Sociales, RES, en el que pienso que, debido a la carencia de algunos elementos de análisis histórico, perdí de vista lo más valioso de las obras en cuestión. Sostengo en ese artículo, quizás siguiendo con absoluto apego el artículo clásico de Laura Restrepo sobre la *novela de la Violencia*,<sup>1</sup> que las novelas transitan de un maniqueísmo absoluto, en el que el autor de la obra inicial señala como culpable de lo ocurrido a la persona del partido contrario, a un enfoque en el que el relato supera las barreras de la incriminación partidista.

Las primeras obras sobre las que trata en parte esta monografía, debido a sus carencias en el plano literario, terminaron por convertirse en el tipo de literatura que no sólo era inadecuado leer, sino que además era aparentemente innecesario. Teniendo en cuenta algunos de los textos de Gabriel García Márquez como *La mala hora* o *El coronel no tiene quien le escriba*, pensaba, no son necesarios el conteo de muertos y las repetitivas escenas de crueldad que abundan en las novelas de la violencia. Olvidaba, como también lo han hecho muchos de los que han abordado el mismo tema, que las unas no se encontraban realmente relacionadas con las otras.

En sus textos, García Márquez habla *de* y no *desde* la Violencia. Otra cosa muy diferente ocurre con aquéllos que participaron directamente en la contien-

---

1 RESTREPO, Laura, “Niveles de realidad en la literatura de la *violencia colombiana*”, en *Once ensayos sobre la violencia*, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1985.

da y decidieron que era *vital* narrar lo sucedido. Como continuación al artículo previamente mencionado, decidí que la investigación que realizaría para optar al grado de politólogo retomaría esos textos literarios que, ya entrados en el Frente Nacional, abordaban la Violencia de una manera crítica. El tema que me preocupaba, en ese momento, era el de la *memoria*. A pesar de que el Frente Nacional ponía fin a la Violencia partidista, en tanto que pacto ideado por las elites, éste también constituía un manto institucional de silencio y olvido. La idea de investigar la época de la Violencia (1945-1965) en relación con el tema de su memoria se convirtió, desde entonces, en la pregunta en la que deseo profundizar.

## La memoria como construcción narrativa

¿Quiénes hablan sobre la Violencia, desde qué lugar lo hacen y qué mecanismos emplean? En la medida en que la memoria, entendida acá como *campo de lucha por las representaciones*, necesita de una mediación lingüística y narrativa para ser comunicada, toda memoria, sin importar lo personal que pueda parecer, tiene un carácter social. Al respecto, el sociólogo francés Maurice Halbwachs planteó durante los años 50 que el individuo necesita de los recuerdos de los demás (los que son cercanos y hacen parte de su grupo, de su familia, partido político, raza, etc.) para evocar su propio pasado –refiriéndose a los “cuadros de la memoria”–. De hecho, no habría posibilidad de recordar sin utilizar “palabras” e “ideas” que la persona por sí sola jamás habría creado<sup>2</sup>. En resumen, como lo plantea Félix Vázquez, la memoria, al ser “proceso y producto de los significados compartidos engendrados por la acción conjunta de los seres humanos en cada momento histórico”<sup>3</sup>, se define por su carácter social. Ocurre lo mismo, puede decirse, con la *experiencia* que las personas que viven la Violencia deciden narrar: necesitan de una serie de *marcos culturales disponibles*<sup>4</sup> para darle un sentido a lo vivido. Los individuos, sostiene Miguel Ángel Cabrera en su texto *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, no experimentan sus condiciones sociales de existencia,

---

2 HALBWACHS, Maurice, *La mémoire collective*, Presses Universitaires de France, Paris, 1950, pp. 36.

3 VÁZQUEZ, Félix, *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*, Paidós, Barcelona, 2001, pp. 27

4 La socióloga Elizabeth Jelin sostiene que “uno no recuerda solo sino con la ayuda de los recuerdos de otros y con los códigos culturales compartidos”. “Una reflexión sobre el concepto de experiencia” –sostiene–, “indica que ésta no depende directa y linealmente del evento o acontecimiento, sino que está mediatizada por el lenguaje y por el marco cultural interpretativo en el que se expresa, se piensa y se conceptualiza”. Ver JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 2002, pp. 20 y 34.



sino que las construyen significativamente<sup>5</sup>. La experiencia, nos dice Joan Scott, pasa de ser lo que explica a lo que debe ser explicado<sup>6</sup>.

Ahora bien, como lo constata Pierre Bourdieu, el poder de las palabras no está en ellas mismas, sino en la autoridad que representan y las instituciones que las legitiman<sup>7</sup>. El estudio de la memoria como construcción social narrativa implica el conocimiento de las propiedades de la persona que narra y de la institución que le da o que le quita poder, así como una mayor atención a los procesos de construcción del *reconocimiento* y de su lucha por la legitimidad<sup>8</sup>. El caso de las personas que afanosamente intentan ser reconocidas como “guerrilleros” en un contexto social que los tilda de “bandoleros” a través de determinados medios de comunicación dirigidos por las elites políticas es quizá el ejemplo más reiterativo.

## **La Violencia de los años cincuenta y la crisis en el orden simbólico**

El 9 de abril de 1948 marcó una ruptura en la vida colombiana del siglo XX. En el plano cultural ocasionó el florecimiento de una serie de textos de carácter testimonial y diversa naturaleza. Desde panfletos hasta novelas históricas, pasando por libros periodísticos, crónicas y diarios, todos surgen a partir del año de 1948 y proliferan hasta la mitad de los años sesenta. En esta monografía sólo se analizarán, salvo algunos casos aislados, los relatos que se refieren a los gobiernos conservadores de Ospina Pérez y Laureano Gómez. Lo que aquí llamo la primera fase de la Violencia constituye en realidad los años comprendidos entre 1946 y 1953.

Según Marco Palacios la época de la Violencia puede explicarse a partir de cuatro facetas. La primera, que va de 1945 a 1949, es la del sectarismo tradicional. Se presentó en áreas de alta densidad de población y, como en el caso de la violencia desatada por los liberales a comienzos de los años treinta, se expandió de vereda en vereda bajo la influencia de la lucha electoral y la clerecía. La segunda fase se inicia con la abstención liberal a finales de 1949 y se cierra con el gobierno militar del general Rojas Pinilla en 1953. Se desarrolló en regiones de frontera, en donde aparentemente el territorio es más propicio para la lucha guerrillera y la

---

5 CABRERA, Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Cátedra Universitat de Valencia, Madrid, 2001, pp. 83.

6 SCOTT, Joan, pp. 73.

7 BOURDIEU, Pierre, *Language and symbolic power*, Polito, Cambridge, 1991.

8 JELIN, Elizabeth, op.cit., 2002, pp.36.

contraaguerrilla. Surge en regiones como los Llanos, el norte cafetero del Tolima, el Sumapaz, la zona de Urrao en Antioquia, Muzo en Boyacá, el Bajo Cauca y el medio Magdalena. Le sigue la violencia que va de 1954 a 1958, denominada “de los pájaros”, y ocurrida en la zona cafetera del Quindío geográfico y, finalmente, la “residual” que iría desde la caída de Rojas hasta 1964, asumiendo un “cuadro de descomposición, gamonalismo e intentos de reinserción de las bandas a la vida civil”<sup>9</sup>.

Con respecto a las dos primeras facetas, que insisto en el texto se convertirán en la primera fase de la Violencia, intentaré demostrar a manera de hipótesis que los cambios ocasionados por la intensidad de los hechos de violencia condujeron a una crisis en el orden simbólico, lo que llevó a que se produjera una eclosión de textos pensados para explicar lo sucedido. De esa crisis se ‘desprende’, como también intentaré demostrarlo, el hecho de que las personas que la vivieron se vieron abocadas a (re) definir con mayor precisión sus identidades y las de aquellas que los rodeaban, lo que ocasionó una lucha por el reconocimiento –del bandolero, guerrillero, chulavita, nueveabrilero, etc.–. Dicho de otra manera, la intensidad del *discurso moral*, la posibilidad de establecer un “nosotros” que se diferencia con claridad de un “ellos” se hizo patente.

En el primer capítulo se presenta una reconstrucción histórica de lo que fue el paso de una literatura *de* la violencia a una literatura *sobre* la violencia, y se ofrece una propuesta de lectura para todos estos “vehículos de la memoria”, que desde la crítica literaria o desde los estudios sobre la violencia han sido designados como fuentes contaminadas de relativa –a veces ninguna– relevancia. En el segundo capítulo se aborda el significado de la noción de “memoria de la Violencia” a partir de la obra de Daniel Pécaut; se sugiere que tal memoria es posible considerarla como un fenómeno histórico –para hacer una “historia social del recuerdo” – y se enuncia la hipótesis de la crisis en el orden simbólico. El tercer capítulo, con el objetivo de ejemplificar la idea de que la memoria es un campo de lucha por las representaciones, revisa cuatro textos –o vehículos de la memoria– específicos, a partir de los cuales se cuestiona la forma como construyen sus experiencias el cura párroco de filiación liberal Blandón Berrío, el obispo ultraconservador Miguel Ángel Builes, el guerrillero liberal Saúl Fajardo y el policía conservador Alfonso Hilarión Sánchez. Para terminar, en las consideraciones finales se liga el tema de la memoria al de la lucha por el *reconocimiento* a partir de los casos previamente estudiados.

---

9 PALACIOS, Marco, *Entre la legitimidad y la Violencia. Colombia, 1875-1994*, Norma, Bogotá, 2003.

# CAPÍTULO 1

## LOS VEHÍCULOS DE LA MEMORIA: FUENTES CONTAMINADAS

Los protagonistas de la época de la Violencia (1945-1965) –víctimas, victimarios, testigos y simples observadores– para explicarse a sí mismos y a los demás lo que estaba ocurriendo o había ocurrido, produjeron una enorme cantidad de textos escritos que han sido relegados de los estudios sobre la Violencia. En general se les cita, pero no siempre se les lee, se les descontextualiza, se les tilda de “maniqueístas” y, por esa misma vía, se les desecha como ejemplo de una fuente contaminada que no serviría para ningún propósito. Con la firme intención de revalidar el uso de este *corpus* documental, a continuación haré explícitos los momentos y los ámbitos en los que los textos que lo componen han sido desechados como ejemplos de *fuentes no aptas* por su apego al testimonio y a la denuncia y su marcada adscripción partidista a uno de los dos bandos en pugna; abordaré a partir de ejemplos la forma cómo los relatos han sido utilizados en las ciencias sociales, en donde los textos directamente testimoniales han sido elevados a la categoría de prueba y se ha llegado a situaciones de confusión total entre memoria e historia; argumentaré que la memoria –en este caso la memoria de la época de la Violencia– tiene una historia que es posible y necesario reconstruir a partir de este *corpus* documental.

Los textos en cuestión son profundamente diferentes en su naturaleza y relativamente parecidos en sus intenciones. De la *novela de la Violencia* que se presenta como testimonio, libro ficticio basado en la realidad o novela histórica, el lector pasa a panfletos periodísticos, diarios que no se conocen y obras que se pretenden libros de historia. El impacto de la primera fase de la Violencia, junto a las 140.000 personas que murieron entre 1948 y 1953<sup>10</sup>, puede verse en la heterogénea cantidad de sujetos que se refirieron a ella. Políticos liberales y conservadores,

---

10 PÉCAUT, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, Editorial Norma, Bogotá, pp. 552. Pécaut, al igual que el resto de los que han investigado la Violencia, retoma las cifras sobre muertes del libro *Violencia, conflicto y política en Colombia* (Banco Popular, Bogotá, 1976) escrito por Paul OQUIST.

sacerdotes, militares, policías, guerrilleros, médicos, periodistas e intelectuales se dieron a la tarea de redactar, con sus propias palabras, una interpretación de lo que había sucedido a lo largo de esos primeros siete años de violencia. Con la llegada al poder del general Rojas Pinilla, el 13 de junio de 1953, y la expedición de las primeras amnistías se inicia otro periodo de la Violencia, que llegará hasta el derrocamiento del dictador, el 10 de mayo de 1957, y el inicio del Frente Nacional tras la instauración de una Junta Militar y la elaboración de un plebiscito al que acudieron el 80% de las personas en edad de votar. Pactada la paz entre los dos partidos políticos, o los intentos por alcanzarla, se inicia la última etapa de la Violencia que según los especialistas iría hasta la mitad de los años sesenta, momento en el cual los últimos bandoleros serán finalmente eliminados<sup>11</sup>. Desde que arranca hasta que termina la Violencia, e inclusive durante el Frente Nacional, los intentos por darle sentido a través de diversos textos se mezclan en un combate que aún hoy permanece oculto.

## **1. La literatura en la violencia y la literatura de la violencia**

La respuesta narrativa a los hechos de violencia que se desencadenan tras el asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán, ocurrido el 9 de abril de 1948, se conoce como *novela de la Violencia* y en su mayoría es de corte liberal. La primera novela publicada es *El 9 de abril*, de Pedro Gómez Correa. Desde entonces, y a partir de diversas posiciones, varios son los que se deciden por la escritura de los hechos que sufrieron, vieron o les contaron.

En su artículo “Dos o tres cosas sobre *La Novela de la Violencia*”, escrito el 9 de octubre de 1959 en el periódico *La Calle*, Gabriel García Márquez plantea que algunos amigos suyos “se empeñan en resolver literariamente sus preocupaciones políticas”, pero “no envidia los resultados”. Se refiere al compromiso del escritor con la realidad y, en este caso, a la presión ejercida por los hechos de sangre ocurridos a partir del inicio de la Violencia. En su opinión es “más valioso contar honestamente lo que uno se cree capaz de contar por haberlo vivido, que contar con la misma honestidad lo que nuestra posición política nos indica que debe ser contado, aunque tengamos que inventarlo”<sup>12</sup>. Vivir para contarlo, como lo dirá casi cincuenta años después en el título de sus memorias, parece ser el

---

11 SÁNCHEZ, Gonzalo, MEERTENS, Donny, *Bandoleros, gamonales y campesinos*, El Áncora Editores, Bogotá, 1983.

12 GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, “La calle”, “Dos o tres cosas sobre la Novela de la Violencia”, 9 de octubre de 1959.

camino que todo escritor debe emprender. Ante la ola de textos que surgen para narrar la Violencia, en la mayoría de casos de manera novelada, García Márquez plantea que si bien muchos de los que escriben en ese momento, lo hacen porque la violencia les ha afectado directamente, otros se ven en la obligación de hacerlo a pesar de no haber sido los testigos directos del drama narrado. La denuncia y el compromiso los mueven a escribir.

Con respecto a la calidad de las obras, el mismo García Márquez será uno de los primeros en enjuiciarlas: “Quienes han leído todas las novelas de violencia que se escribieron en Colombia”, sostiene, “parecen de acuerdo en que todas son malas, y hay que confiar en que estén secretamente de acuerdo con ellos y algunos de sus propios autores”. En su opinión,

“ninguno de los señores que escribieron novelas de la violencia por haberla visto, tenía según parece suficiente experiencia literaria para componer su testimonio con una cierta validez, después de reponerse del atolondramiento que con razón le produjo el impacto. Otros, al parecer, se sintieron más escritores de lo que eran, y sus terribles experiencias sucumbieron en la retórica de la máquina de escribir. Otros, también, al parecer, despilfarraron sus testimonios tratando de acomodarlos a la fuerza dentro de sus fórmulas políticas. Otros, sencillamente, leyeron la violencia en los periódicos, o la oyeron contar...”<sup>13</sup>.

La posibilidad de encontrar una novela aceptable desde el campo de la literatura, se encuentra entonces directamente relacionada con la posición del autor: si es o no testigo de la Violencia y, en caso de que lo sea, si tiene o no la capacidad para narrarla. El solo testimonio no es suficiente. La novela se convierte incluso, en algunos casos, en el medio del que disponen sus autores para lanzar una tesis que explica la violencia y, en ese sentido, más que novelas se convierten en tratados de sociología que de ninguna manera podrían ser aceptados por la crítica literaria.

El artículo de García Márquez tuvo eco en el escritor Hernando Téllez, quien se ocupaba de la actualidad narrativa del país en *Las Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*. Al responder el 15 de noviembre de 1959 al artículo de García Márquez, el también crítico literario acuña el término de *novela de la Violencia* en su artículo “Literatura y violencia” y se muestra menos pesimista que el futuro Nobel de literatura al argumentar que “los colombianos podemos esperar tranquilamente

---

13 GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, “La calle”, “Dos o tres cosas sobre la Novela de la Violencia”, 9 de octubre de 1959.

que algún día aparezca la gran novela sobre la violencia. No hay prisa”<sup>14</sup>. Ya en 1954, el mismo Téllez había expresado no compartir “la desesperación ni la sorpresa de algunos comentaristas ante el hecho, de todas maneras deplorable, de que nuestra literatura no esté dando ahora mismo, con abundancia, y, al mismo tiempo, con decisiva calidad, los frutos que, según esos mismos comentaristas, eran de esperarse como consecuencia de la tragedia nacional”<sup>15</sup>. Frente a la pregunta de “¿Por qué es tan deficiente la calidad de los testimonios literarios que se nos presentan todos los días sobre la tragedia colombiana?”, el crítico sostiene que hay una “confusión de criterio respecto de lo que es literatura, obra de arte, y lo que es, simplemente, testimonio”. Parecería,

“a juzgar por los libros editados en los últimos años, algunos de los cuales han merecido un vasto favor del público, que sus autores suponen, con la mejor buena fe del mundo, que el arte literario se produce como un derivado del documento. Que basta testimoniar para que la fuerza misma de los hechos relatados, su atroz y vindicativa verdad, determinen la calidad estética y el valor literario de la obra correspondiente. Es esta la gran equivocación de los novelistas”<sup>16</sup>.

Nuevamente, desde el plano de lo literario, la denominada *novela de la Violencia* es asumida como “paraliteraria” y descalificada por su carácter documental. Unos años adelante, en 1961, Carlos Lleras de la Fuente realiza una de las primeras presentaciones bibliográficas de la literatura de la Violencia en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Rescata Lleras el hecho de que los autores de las novelas, como ya lo habían dicho García Márquez y Téllez, en muchos casos fueron víctimas directas de ella. El que sus autores reaccionen a los hechos con testimonios inmediatos y afectivos les brinda a éstos un valor adicional, que les permitiría, incluso, reemplazar a los libros de historia:

“No se trata ya del frío relato del historiador, de la acomodaticia versión de un buen político: es la realidad, la sinceridad fruto de la pasión y no del cálculo, lo que inspira este género; y son estos los textos en que habrán de aprender historia patria las generaciones del futuro. No

---

14 TÉLLEZ, Hernando, citado en TRONCOSO, Marino, “De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959-1960 (Hacia un proyecto de investigación)” en TITLER, Jonathan, *Violencia y literatura en Colombia*, Editorial Orígenes, Madrid, 1989, pp. 32.

15 TÉLLEZ, Hernando, “Literatura y testimonio” en *El Tiempo, Suplemento Literario*, Junio 27 de 1954, en *Textos no recogidos en libro*, Editorial ABC, Bogotá, 1979, pp. 454.

16 TÉLLEZ, Hernando, “Literatura y testimonio” pp. 455.

irán los colombianos del siglo venidero a escudriñar desuetas obras de viejos historiadores, puestas al día por acuciosos destructores de la verdad, sino que buscarán la historia, en veces novelada, que han escrito las víctimas y los observadores de la peor tragedia colombiana<sup>17</sup>.

Lleras no se estanca en la cuestión estrictamente literaria y, por el contrario, les reconoce el hecho de permitir que se acceda a “lo que realmente sucedió”. De esta manera, se comienza también a establecer una clara relación de causalidad entre literatura e historia. Situación que llevará a que, unos años después, la crítica literaria utilice la *novela de la Violencia* como ejemplo de lo que no toca escribir cuando se escriben novelas. Por su parte, Alberto Zuluaga sostiene en 1967 que “Buena parte de estas novelas surgió como producto del choque emocional ocasionado por los acontecimientos; muchas fueron escritas al calor del odio; casi ninguna escapa al sectarismo ideológico y no faltan las que parecen mera expresión de un detestable regusto por escenas aberrantes<sup>18</sup>. Se les lee como expresión fidedigna de lo sucedido al tiempo que se les rechaza por sus descripciones de los sucesos de mayor violencia y crueldad. El tema de los excesos de la violencia, las formas de matar, rematar y contramatar<sup>19</sup>, nutre los textos y les generan serios disgustos a sus lectores.

En síntesis, ya en sus inicios *la novela de la Violencia* es considerada la expresión de una *subliteratura* que por estar enteramente atada al registro testimonial no merece la atención y la consideración del lector más allá del hecho de que expresa, sin tapujos, una realidad que para muchos permanecía oculta. Entre 1951 y 1953 se escriben cinco novelas<sup>20</sup> y con éstas se inicia lo que será un conjunto de trabajos que llegará a consolidarse, con más de 50 obras, como la mayor respuesta literaria que fenómeno social alguno haya registrado en Colombia. La producción crece con el golpe de Estado contra Laureano Gómez y ya en 1954 se publican 10 novelas<sup>21</sup>. A partir de 1960, dos años después de instaurado el Frente Nacional,

---

17 LLERAS DE LA FUENTE, Carlos, “La literatura de la violencia”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 1961, pp.660.

18 ZULUAGA, Alberto, “Notas sobre la novelística de la violencia en Colombia”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 72, 1967, pp. 597-608, pp. 601.

19 URIBE ALARCÓN, María Alarcón, *Matar, rematar y recontramatar: las masacres de la Violencia en el Tolima, 1948-1964*, Cinep, Bogotá, 1999.

20 Las novelas escritas entre 1951 y 1953 son las siguientes: *El 9 de abril*, de Pedro Gómez Correa, Editorial Iqueima, Bogotá, 1951; *El Cristo de Espaldas*, de Eduardo Caballero Calderón, Editorial Losada, Buenos Aires, 1952; *Sangre*, de Domingo Almova, Editorial Bolívar, Cartagena, 1953; *Viernes 9*, de Ignacio Gómez Dávila, Impresiones Modernas, México, 1953; *Balas de la ley*, de Alfonso Hilarión Sánchez, Editorial Santa Fe, Bogotá, 1953.

21 Las novelas escritas en 1954 son las siguientes: *Viento seco*, de Daniel Caicedo, Cooperativa

crece la producción al tiempo que el enfoque se traslada: del régimen conservador se deriva hacia la dictadura militar del general Rojas Pinilla.

Hacia finales de 1959, en diciembre, el periódico *El Tiempo* realiza un debate en donde se discute la falta de perspectiva histórica para tratar el tema de la violencia a través de la novela. Un argumento que será repetido hasta la saciedad por la crítica literaria posterior: en la medida en que los hechos recién ocurren –y en realidad siguen ocurriendo– el escritor debe tomarse su tiempo para procesar los hechos que armarán su narración. Todo ocurre como si el inicio del Frente Nacional hubiese empezado a actuar sobre las culpas y los responsables de los hechos de violencia: se cuestiona a los que decidieron romper el silencio, a los que publicaron una novela sin la obligación o el reconocimiento de ser literatos, olvidando a su vez que los testigos que así actuaron advirtieron en sus respectivos prólogos que sus trabajos se limitaban a dar fe de lo presenciado<sup>22</sup>.

Entre 1959 y 1960 se da un quiebre en el tipo de discusiones adelantadas y la naturaleza de las obras publicadas. Al mismo tiempo se crean importantes organismos estatales, como es el caso la Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia, fundada en 1958 por la Junta de Gobierno y se inauguran espacios académicos como, por ejemplo, la carrera de sociología de la Universidad Nacional, que se encargará de la redacción del libro *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Frente al primer tomo del mismo, cobra importancia el estudio titulado “La violencia en Colombia: análisis de un libro” del jesuita Miguel Ángel González publicado en septiembre de 1962 en la *Revista Javeriana* y divulgado simultáneamente en los periódicos conservadores del país el 23 de septiembre de 1962. La discusión llegó a un punto en el que la *novela de la Violencia* fue cuestionada por no profundizar en el fenómeno y, por el contrario, sí contribuir a aumentar la división entre los colombianos.<sup>23</sup> Acerca del libro, el jesuita critica el

---

Nacional de Artes gráficas, Bogotá; *Lo que el cielo no perdona*, de Ernesto León Herrera, Editorial Argra, Bogotá; *Horizontes cerrados*, de Fernando Muñoz Jiménez, Tipografía Arbeláez, Manizales; *Pogrom*, de Galo Velásquez Valencia, Editorial Iqueima, Bogotá; *Sin tierra para morir*, de Eduardo Santa, Editorial Iqueima, Bogotá; *Tierra sin Dios*, de Julio Ortiz Márquez, Edimex, México; *Siervo sin tierra*, de Eduardo Caballero Calderón, Ediciones El Alcázar, Madrid; *Los cuervos tienen hambre*, de Carlos Esguerra Floréz, Mattos, Litografía Editorial, Bogotá; *Tierra asolada*, de Fernando Ponce de León, Editorial Iqueima, Bogotá; *El Exiliado*, de Aristides Ojeda, Editorial Argra, Bogotá.

- 22 TRONCOSO, Marino, “De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959-1960 (Hacia un proyecto de investigación)” en TITLER, Jonathan, *Violencia y literatura en Colombia*, Editorial Orígenes 1989, Madrid, pp. 35.
- 23 TRONCOSO, Marino, “De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959-1960 (Hacia un proyecto de investigación)” en TITLER, Jonathan, *Violencia y literatura en Colombia*, Editorial Orígenes 1989, Madrid, pp. 36.



hecho de que se tomen como válidas las palabras emitidas por un cura que será excomulgado por el obispo Miguel Ángel Builes, refiriéndose a Ernesto León Herrera –pseudónimo de Blandón Berrío– y su novela histórica *Lo que el cielo no perdona*, en la que se narran algunos hechos de violencia y persecución conservadora ocurridos en el departamento de Antioquia en la primera fase de la Violencia (1946-1953)<sup>24</sup>.

De esta manera, se hacen explícitas el tipo de discusiones que se esconden tras la divulgación de la *novela de la Violencia*: en la medida en que sus autores hacen alarde de un discurso verdadero, de una narración que por apoyarse en un carácter testimonial debe ser valorada como cierta, se abre un espacio de discusión para las negociaciones que se tejen en torno a la *legitimidad* del narrador. En el caso concreto de la novela *Lo que el cielo no perdona*, el jesuita que la critica no lo hace por su contenido, pero sí, por la pretendida falta de credibilidad de su autor, a quien el obispo Miguel Ángel Builes desautoriza en el momento en que lo excomulga.

Al mismo tiempo se da inicio a los concursos literarios liderados por el padre Félix Restrepo y la compañía Esso, asistida por Jorge Gaitán Durán, director de la revista *Mito* en la que Gabriel García Márquez publicará, por primera vez en 1958, su libro *El coronel no tiene quien le escriba*. Desde entonces la violencia deja de ser abordada desde la óptica exclusiva de la contienda partidista. Con respecto a su novela *La mala hora*, Gabriel García Márquez sostiene que decidió acercarse “a la actualidad del momento colombiano” y escribió *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora*. No escribió “exactamente lo que se puede llamar la novela de la Violencia”, responde en una entrevista concedida en 1971,

“por dos motivos: uno, porque yo no la había vivido directamente, yo vivía en las ciudades, y dos, porque yo consideraba que lo importante, literariamente, no era el inventario de muertos y la descripción de los métodos de violencia –que era lo que los otros escritores hacían–, sino lo que me importaba era la raíz de esa violencia, los móviles de esa violencia y, sobre todo, las consecuencias de esa violencia en los sobrevivientes”<sup>25</sup>.

---

24 El cura Blandón Berrío tuvo que publicar su novela *Lo que el cielo no perdona* bajo el pseudónimo de Ernesto León Herrera. En los capítulos siguientes se hará énfasis en su narración.

25 “Ahora doscientos años de soledad”, entrevista de Ernesto Bermejo, publicada inicialmente en la *Revista Triunfo*, Nov 1971, en *Gabriel García Márquez habla de García Márquez*, Rentería Editores, 1979, Bogotá, pp. 53.

Se transita hacia otro tipo de *novela de la Violencia*. Si bien a principios de los años sesenta la época de la Violencia como tal no ha terminado, y por el contrario, el enfrentamiento con los bandoleros –que en realidad es el preámbulo a su exterminio– se encuentra en su momento cumbre, la respuesta literaria ante los hechos de violencia, salvo alguna excepción, ya no se da a partir del punto de vista de los testigos directos. Frente al manejo de la violencia en la novela, de la misma forma en que en *La mala hora* no se registran descripciones de torturas o matanzas, otras obras plantearán escenarios en los que la violencia deja de ser la acción concreta de una persona o grupo ubicados en un lugar específico de la geografía nacional y referenciados en el texto bajo un nombre concreto. Desde entonces, cualquier pueblo imaginario agobiado por el sectarismo político sirve de apoyo a las narraciones.

Del lado de los cuentos, en 1959 el periódico *El Tiempo* organiza un concurso cuyos jurados serán Pedro Gómez Valderrama, Javier Arango Ferrer y Fernando Charry Lara, en el que se presentan 515 trabajos y son declarados ganadores “La duda” de Jorge Gaitán Durán, “Aquí yace alguien” de Manuel Mejía Vallejo y “Batallón Antitanque” de Gonzalo Arango. Se está en la antesala final de la generación de *Mito* y el comienzo de los *nadaístas*. Con respecto al concurso, Arango sostiene que

“Existe total extrañeza por la coincidencia que los tres cuentos enfoquen el tema de la violencia y se desarrollen, con mayor o menor intensidad, en un marco de asesinato y terror. Este tema, en su azaroso dramatismo, no puede ser indiferente a ningún intelectual colombiano. La violencia gravita sobre nuestra sensibilidad en forma perturbadora y agresiva. Está demasiado presente para ignorarla; es demasiado cruel para no sentirla; no podemos olvidarla, vivimos bajo su atmósfera de alucinación y terror. Ningún escritor que tenga sus dos pies hundidos en el barco de este país puede eludirla sin traicionar su realidad humana más profunda pues, directa o indirectamente, ha sufrido sus consecuencias”<sup>26</sup>.

La violencia sigue siendo entonces un tema de crucial importancia, aun para aquellos que no la vivieron. En 1961 *La mala hora* es seleccionada como ganadora del premio Esso 1961, cuyos jurados fueron Eduardo Mendoza Varela, Rafael Maya y Daniel Arango y en donde participaron 178 obras inéditas. El segundo

---

26 ARANGO, Gonzalo, “Los cuentos y la violencia”, en *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, 5 de julio 1959.

lugar le fue concedido a la también ganadora del premio Nadal otorgado a Latinoamérica el 6 de enero de 1964, *El día señalado*, de Manuel Mejía Vallejo.

La novela testimonial empieza a superarse a pesar de que si se la compara, el lector bien puede encontrar que los escritores posteriores utilizarán elementos de las novelas iniciales: el personaje del cura en un pueblo agobiado por la violencia, por ejemplo, será esencial en *La mala hora*, *El día señalado*, y en una de las novelas que escribió Eduardo Caballero Calderón acerca del tema, *El Cristo de Espaldas*<sup>27</sup>. En síntesis, se transita de una literatura en la violencia a una literatura de la violencia en donde la primera se inicia en 1951 y se termina, aunque ello se puede discutir, hacia los años sesenta<sup>28</sup>.

## 2. La crítica literaria: ¿qué hacer con el maniqueísmo?

La crítica literaria posterior a la *novela de la Violencia* se ha limitado, salvo escasas excepciones, a repetir lo dicho anteriormente. Los estudios del tema han optado por hacer énfasis en las diferencias existentes entre una literatura testimonial y una en la que el autor no es el directamente implicado en los hechos. Desde el plano literario, como se había hecho antes, surgen todo tipo de descalificaciones.

El primero en abordar *la novela de la Violencia* fue Gerardo Suárez, quien en 1966 publica su tesis de grado para optar al título de Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana. Con un marcado acento partidista, entendible si se tiene en cuenta que el Frente Nacional no ha llegado aún al punto en el que las identidades partidistas pierden terreno, Suárez realiza una lectura de las novelas desde las barreras del partido conservador y enjuicia a las que atacan directamente a las fuerzas del orden (Policía y Ejército) y a la institución de la Iglesia católica. A pesar de lo reaccionario del análisis, su libro sigue siendo uno de los pocos en abrir caminos, quizás inconscientemente, que no serán transitados por los análisis posteriores. Les reconoce el hecho de que sus autores asumen la

---

27 Eduardo Caballero Calderón escribirá posteriormente *Siervo sin tierra* en 1954 (Ediciones El Alcázar, Madrid) y *Manuel Pacho* en 1964 (Editorial Bedout, Medellín).

28 TRONCOSO, Marino, “De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959-1960 (Hacia un proyecto de investigación)” en TITLER, Jonathan, *Violencia y literatura en Colombia*, Editorial Orígenes 1989, Madrid, pp. 40. Para algunos analistas, el quiebre lo da la publicación de *El coronel no tiene quien le escriba*, en 1958. Con respecto a la segunda ola de novelas, Troncoso sostiene que se extiende hasta los días actuales, lo cual si bien puede ser cierto, habría que complementarlo con la idea de que novelas como *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo o *Rosario Tijeras* de Jorge Franco se desarrollan en un ambiente enteramente diferente como lo es del narcotráfico que azota al país a partir de la mitad de los años setenta.

Violencia como un problema y sugieren en las novelas soluciones al mismo, con lo cual deja claro que se trata también de textos que se encuentran en la mitad del camino entre la novela y la sociología y la historia<sup>29</sup>; además llama la atención respecto de un aspecto que es esencial para la lectura y el entendimiento de las novelas como conjunto al afirmar:

“Las dos colectividades históricas de la política nacional; los gobiernos de estas dos colectividades históricas; el sentimiento religioso, perseguido unas veces y capitalizado otras con fines políticos de la peor ley; el partido comunista que ha empezado a ejercer su influencia desde hace por lo menos treinta años, he aquí, las instituciones, que juntamente con otros grupos de individuos encargados de representarlas, dirigir las o protegerlas (líderes políticos, sacerdotes, ejército y policía) han entrado a formar parte del “compromiso” de los novelistas, *hasta llegar a convertir la novelística en un verdadero campo de batalla*, en el que hacen los más curiosos y extravagantes ataques, y se le da a la palabra la función de toda la gama del armamento bélico”<sup>30</sup>.

En efecto, las novelas son la respuesta de las diversas instituciones de la sociedad colombiana de los años cincuenta al enfrentamiento violento. Como tal, no se pueden leer aisladamente, ya que en muchos casos se refieren las unas a las otras, formando así una lucha en el seno mismo de las representaciones. En la medida en que Suárez se acoge a la versión conservadora de los hechos, su fuente más citada para contrastar la información contenida en las novelas es el libro, de crucial importancia, de Rafael Azula Barrera *De la Revolución al orden nuevo*, en donde, como lo señala su título, hondean las banderas de la recuperación del orden. Un orden que de “nuevo” poco tendrá, pero que permite acceder al tipo de representación del conflicto que los conservadores antepusieron a los liberales.

Pese a su interés por la lucha que se libra entre los textos, Suárez no profundiza, y en adelante su análisis se torna más descriptivo y decididamente marcado por la pertenencia al Partido Conservador. Sin darse cuenta, él mismo entra en la lucha por las representaciones al intentar desacreditar a algunos novelistas que atacan al dicho partido. Sostiene que “No menos de dieciséis novelas parecen haber sido escritas con el propósito casi exclusivo de desprestigiar a esta colectividad política [partido conservador], en todo lo que ella representa, pues...lo

---

29 SUÁREZ RONDÓN, Gerardo, *La novela sobre la violencia*, Tesis de grado para optar al título de Doctor en Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Católica Javeriana, 1966, pp. 4-5.

30 SUÁREZ RONDÓN, Gerardo, *La novela sobre la violencia*, pp. 6. El destacado no está en el texto.

que se diga contra el partido conservador, casi siempre se dice contra la Iglesia Católica...<sup>31</sup>, y admite que no analiza a fondo las recriminaciones contra el Partido Conservador, “porque en realidad éstas aparecen proyectadas directamente sobre su instrumento de tortura que fue la policía”. Frente al enjuiciamiento a la Iglesia católica y sus ministros, distingue tres categorías: la novela que ataca directamente al sacerdote; la que distingue entre el sacerdote que cumple con su deber y “el cura escandaloso”; y la que lo defiende de manera frontal<sup>32</sup>. Agrega que de todas las instituciones nacionales la que mejor librada sale es el Ejército, “Hasta el punto de que casi todas las novelas (...) tienen como capítulo final el ascenso del General Rojas Pinilla al poder, y no pocas de estas ponen como epílogo el discurso que el General pronunció al tomar posesión de la Presidencia”<sup>33</sup>. De la lucha de representaciones, que no desarrolla, transita, entonces, al tema de las responsabilidades y las culpas que se le asignan a los grupos en disputa.

En la medida en que las novelas de la violencia obedecen en su mayoría a personas identificadas con el Partido Liberal, Suárez se pregunta por las razones que condujeron a que el Partido Conservador ignorara “la ola de literatura que contra él se estaba escribiendo”, ya que “sólo a muy contados escritores se les ocurrió narrar en forma novelada, *la otra parte de la verdad*, tan hábilmente ocultada por su adversario político. Y los que tal hicieron, produjeron obras de examen tan objetivo, que apenas si se les puede enfrentar al sectarismo de los otros”. Las novelas escritas por liberales empiezan a ser desacreditadas, en este caso por su “sectarismo”. Frente a éstas, en cambio, los conservadores se habrían dedicado a “la presentación histórica del hecho”, de donde surgen libros como *Así fue la revolución* de Joaquín Estrada Monsalve, *El basilisco en acción* de Testis Fidelis, *Un aspecto de la violencia* de Alonso Moncada y *La batalla contra el comunismo en Colombia*, de José María Nieto Rojas<sup>34</sup>.

La Violencia pasa a tener, de esta manera, una memoria inicial que es liberal cuando se expresa a través de las novelas y una memoria que es conservadora cuando se hace a partir de la historia. Un historiador de la época, Horacio Bejarano Díaz, dirá incluso que “el género novelesco no se amolda al temperamento frío y reflexivo del hombre conservador”<sup>35</sup>.

---

31 SUÁREZ RONDÓN, Gerardo, La novela sobre la violencia, pp. 48.

32 SUÁREZ RONDÓN, Gerardo, La novela sobre la violencia, pp. 63.

33 SUÁREZ RONDÓN, Gerardo, La novela sobre la violencia, pp. 89.

34 SUÁREZ RONDÓN, Gerardo, La novela sobre la violencia, pp. 82. Evidentemente la lista de libros escritos por los conservadores es más extensa. Por lo pronto, sólo se quiere hacer visible la existencia de dichos libros.

35 SUÁREZ RONDÓN, Gerardo, La novela sobre la violencia, pp. 82.

Unos años después, en 1970, el escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal, quien más tarde escribirá *Cóndores no entierran todos los días* inmortalizando al tristemente célebre pájaro León María Lozano, realiza su monografía de grado a partir del tema de *la novela de la Violencia* para optar al título de Licenciado en Letras de la Universidad del Valle. En su análisis, Gardeazábal distingue tres grupos en las novelas: el de *recuento*, que es el más grande y está conformado por aquellos autores que escribieron testimonios o relatos acomodados a formas novelescas; el de *búsqueda*, que tiene menos miembros y se compone de aquellos escritores que intentaron asimilar el fenómeno a través de una categorización estética; y el de los *consagrados*, en el que están los escritores ya reconocidos como es el caso de García Márquez.

Su análisis le permitirá, un año después, publicar un sugestivo artículo en el que realiza una comparación entre la *novela de la Violencia* y la *novela de la Revolución mexicana*. Anota Gardeazábal que entre 1951 y 1973 se hicieron 43 novelas sobre la Violencia y, como más tarde lo repetirá la crítica literaria, plantea que “las mejores obras, como novelas, son las de quienes trataron el tema de soslayo, tangencialmente”, refiriéndose a Manuel Mejía Vallejo, Gabriel García Márquez y Eduardo Caballero Calderón. “Las peores”, sostiene, “o al menos las más malamente escritas, son las de quienes creyéndose con un deber patrio de referir lo que veían o les contaban antes de que se olvidara, tomaron pluma y redactaron o unas memorias vueltas novelas o unas novelas vueltas memorias”<sup>36</sup>. Más allá de la ironía, en esa confusión se centra buena parte de la paradoja que acompaña a la *novela de la Violencia*: se cree que si la obra se asume como novela, su carácter de ficción imposibilita la veracidad del recuerdo y si se plantea como memoria, su apego a la realidad va en contravía de la calidad de la novela.

Con respecto a los autores sostiene que “salvo los libros de Tulio Bayer y Franco Isaza, quienes escribieron cuasi memorias noveladas, y del teniente Alfonso Hilarión, quien escribió una novela cuando intentaba narrar su vida, ninguno de los escritores puede tildarse de combatiente ni de víctima en el lato sentido de la palabra. La mayoría de los 37 escritores del tema de la violencia vivieron el fenómeno desde la barrera”<sup>37</sup>. Salvo los casos en los que el autor de la novela fue partícipe directo de los hechos narrados, y aun entonces, la mayoría de novelas son nuevamente desautorizadas. Sin profundizar, Gardeazábal se topa con la importancia de establecer con precisión el lugar de enunciación de los textos: cate-

---

36 ALVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo, “México y Colombia: Violencia y revolución en la novela”, *Mundo Nuevo*, No. 57-58, 1971, pp. 77.

37 ALVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo, “México y Colombia: Violencia y revolución en la novela”, pp. 80.

gorías como las de víctima, victimario, testigo directo o indirecto, combatiente, rebelde u oficial de las fuerzas del orden hacen una diferencia a la hora de evaluar la legitimidad y el reconocimiento que se le dará a las obras escritas.

A finales de los setentas, Lucila Inés Mesa publica en 1976 una de las bibliografías más completas que existen sobre el tema, y la acompaña de observaciones que ya habrán sido establecidas por otros analistas. Mantiene, por ejemplo, que

“(…) se puede decir, sin temor a errar, que “la Violencia” ha sido el tema predominante en la novelística de las últimas décadas. Más de cuarenta novelas han plasmado en sus páginas esta realidad convulsionada. Como es natural, la producción no ha sido pareja; las novelas varían desde aquellas que captan la realidad en forma casi documental, poniendo atención al detalle grotesco, hasta las que intentan interpretar el fenómeno de “la Violencia” tomándolo desde sus raíces más profundas (...)”<sup>38</sup>.

En su opinión, Gabriel García Márquez es quien con mayor éxito se ha acercado a las raíces de la Violencia “para proveer una explicación histórica de los odios heredados que marcaron a generaciones enteras de colombianos”<sup>39</sup>. Nada se dice sobre la forma cómo podrían ser interpretadas las novelas que se someten al testimonio, sobre las razones de su surgimiento o los motivos de su atracción hacia “el detalle grotesco”. Parecería como si las obras testimoniales, a diferencia de aquéllas que la crítica literaria ha consagrado, no pudieran, entonces, serle de utilidad al investigador.

Lo mismo ocurre con el ensayo escrito por Laura Restrepo en 1985 para la compilación de textos titulada *Once ensayos sobre la violencia*. Afirma la escritora que desde un punto de vista “estrictamente literario” esta literatura “inicial” es “deficiente” y agrega que “la mayor parte de la literatura de la “Violencia” que tiene peso desde el punto de vista literario, vino a producirse recientemente, tras la decantación de los sucesos”. Salvo algunas excepciones, con el paso del tiempo “y a medida que se van haciendo más complejas las pautas estéticas y políticas asumidas por la propia novelística colombiana, las obras de la “Violencia” cobran más valor literario”<sup>40</sup>. Sin embargo, le reconoce un valor a las obras iniciales por

---

38 MESA, Lucila Inés, “Cien años de Soledad: novela de la Violencia”, en *Hispanérica*, No. 13, Abril, 1976, pp. 3-23.

39 MESA, Lucila Inés, “Cien años de Soledad: novela de la Violencia”, ¿?

40 RESTREPO, Laura, “Niveles de realidad en la literatura de la <<violencia colombiana>>”, en *Once ensayos sobre la violencia*, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1985, pp. 126.

el hecho de ser “testimonios directos”. Es teniendo en cuenta esto que habría que “apreciarlas y enjuiciarlas”, con lo cual nuevamente se está ante una situación en la que la posición del autor, si es testigo o no, cobra importancia<sup>41</sup>. Lo rescatable de estas novelas estaría en lo que pueden aportar a la reconstrucción del periodo, como si se tratara de fuentes que le pueden ser de utilidad al investigador interesado en explicar “lo que realmente ocurrió”. Una visión que ya habrá sido abordada desde las ciencias sociales, a partir del libro de *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, al cual haremos referencia más adelante.

En síntesis, se vislumbra una visión bastante teleológica de lo que fue el paso de la literatura testimonial a la otra literatura. Salvo contadas excepciones, como es el caso del libro *El Gran Burundún Burundá ha muerto* de Eduardo Zalamea<sup>42</sup>, los analistas parecen estar de acuerdo en que entre más lejano temporalmente se encuentra el autor de la obra más posibilidades hay de que ésta sea valorada positivamente. De la misma forma, se asume que al dejar atrás el testimonio y con este la historia, la obra adquiere un manejo superior de “la realidad”.

Al respecto, Augusto Escobar es quizás el investigador que más a fondo ha conducido el tema, retomando lo dicho por otros y agregando a esto una serie de ideas que reivindicaban la tesis del maniqueísmo. En su opinión, con el pasar del tiempo “Lentamente, los escritores se despojan de los estereotipos, del anecdotismo (...) y tornan hacia una reflexión más crítica de los hechos, vislumbrando una nueva opción estética y, en consecuencia, una nueva manera de aprehender la realidad”<sup>43</sup>. Para diferenciar una literatura de la otra, nos habla de *una literatura de la violencia y una literatura sobre la violencia*, en la que

“no importa tanto lo narrado como la manera de narrar...El interés [de la literatura sobre la violencia] reside no en la acción ni en el drama que se vive al momento, sino en la intensidad del hecho, en la secuela que deja el cuerpo violentado (la tortura, la sevicia) o en el rencor que se aviva al paso el tiempo. Para lograr una perspectiva así, se precisa de un distanciamiento de los acontecimientos, tanto temporal como emocionalmente. Son precisamente los escritores que vienen después de los de la generación “de la violencia”, los que están mejor equipados técnica

---

41 RESTREPO, Laura, “Niveles de realidad en la literatura de la “violencia colombiana”, pp. 127.

42 ZALAMEA, Eduardo, *El Gran Burudún-Burundá ha muerto*, Imprenta López, Buenos Aires, 1952.

43 MESA ESCOBAR, Augusto, “La Violencia: ¿Generadora de una tradición literaria?”, *Gaceta* 33, 1996, pp. 23.



y estéticamente, y pueden escribir sobre ella de una manera más crítica y reflexiva<sup>44</sup>.

Por el contrario, la *novela de la Violencia* sería aquélla en la que no “importan los problemas del lenguaje, el manejo de los personajes o la estructura narrativa”, y sí priman “los hechos, el contar sin importar el cómo”. Es una literatura en la que aparentemente

“Lo único que motiva es la defensa de una tesis. No hay conciencia artística previa a la escritura, hay más bien una irresponsabilidad estética frente a la intención clara de la denuncia... Cuando se dice “novela de la violencia” se pone de manifiesto de dónde viene esa literatura, su pertenencia, es decir, que se desprende del hecho histórico. Entre la historia y la literatura se produce una relación causa-efecto<sup>45</sup>.”

El análisis, que ya algunos habían sugerido, parece retomar el texto inicial de Suárez Rendón en la medida en que Mesa se da a la tarea de identificar el número de novelas que defienden o atacan a una determinada institución o grupo político. A partir de un registro de 70 novelas que abordan la Violencia entre 1949 y 1967, Mesa constata que 54 (77%) denuncian a la Iglesia católica como una de las instituciones responsables del auge de la Violencia, 62 (90%) comprometen a la Policía y a los grupos parasociales (chulavitas, guerrillas de la paz, policía rural), 49 (70%) defienden el punto de vista liberal y le atribuyen la violencia a los conservadores, 7 (10%) reflejan la opinión conservadora y le endilgan la Violencia, a los liberales y 14 (20%) hacen un reflexión crítica sobre la Violencia superando de esta manera el enfoque estrictamente partidista. Más allá del análisis estadístico, bastante simple, los datos de Mesa no permiten extender el análisis hacia los temas de interés para la historia cultural.

Desde Chartier se sabe que junto a la *producción* de los libros, de la cual de hecho tampoco conocemos mucho en el contexto de la *novela de la Violencia*, ya que no existen investigaciones sobre las editoriales o los centros de divulgación, los temas de su *circulación* y la *apropiación* son necesarios para profundizar en las representaciones como objeto de estudio<sup>46</sup>. No basta entonces con anunciar que 57 novelas señalan como responsables de lo ocurrido a la Iglesia católica. Es

---

44 MESA ESCOBAR, Augusto, “La Violencia: ¿Generadora de una tradición literaria?”, *Gaceta* 33, 1996, pp. 25.

45 MESA ESCOBAR, Augusto, “La Violencia: ¿Generadora de una tradición literaria?”, pp. 24.

46 CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1995.

necesario acceder al lugar en el que fueron escritos esos textos, al año exacto en el que fueron publicados, al número de publicaciones que se hicieron, a los sitios en los que fueron leídos y los lugares en los que su lectura fue prohibida, a la forma como se les interpretó y los sentidos nuevos que surgieron tras su lectura.

La postura observada en quienes se han referido a los textos en cuestión desconoce otros de los posibles motivos de las narraciones. La lectura y el análisis hechos hasta el momento conducen en realidad a una “deshistorización” de las obras. Se las compara todo el tiempo con las novelas de escritores “consagrados”, que en su mayoría no presenciaron los hechos narrados, que escriben en otros contextos y que por tanto tienen otros intereses; y en la relación que se ha querido establecer entre autor y obra en la que siempre prevalece la idea del maniqueísmo. Al respecto, resulta muy reveladora la siguiente descripción hecha por Augusto Escobar Mesa, quien constata que

“(...) Esas historias, supuestamente literarias, estaban pobladas de personajes que asumían el rol de buenos y malos y de víctimas y perseguidores y se iban pareciendo todos al narrador o a veces al autor cuando le urgía protagonizar; los demás seres de papel, por supuesto, están cargados de signos negativos y terminaban igualmente pareciéndose a un solo personaje, que más que esto era una forma estereotipada, una representación ideológica de un mal moral (...)”<sup>47</sup>.

La facilidad con la que las novelas de la violencia caen en la reproducción de estereotipos y la señalización de culpables e inocentes, la presencia, entonces, de una dimensión moral como estrategia de interpretación del mundo, las ha hecho merecedoras del apelativo de “maniqueístas” y en ese mismo sentido “contaminadas”, ejemplos de lo que no toca leer y mucho menos escribir. Sin embargo, ese maniqueísmo no es ingenuo o gratuito. Por el contrario, expresa exactamente el tipo de representaciones que circula y lucha por imponer un sentido del pasado entre los que vivieron la Violencia y se dieron a la tarea de narrarla, como se intentará demostrar en el Tercer capítulo.

El maniqueísmo del que se les acusa, por otro lado, no es único de las novelas de la Violencia y, por el contrario, es común a todos los vehículos de la memoria, incluidos los libros de historia que los conservadores utilizaron para competir en el campo de lucha de las representaciones que es la memoria. En ese mismo sentido, los diarios que algunas de las personas que vivieron la Violencia

---

47 MESA ESCOBAR, Augusto, “Literatura y violencia o cuando un país siente latir los ruidos del corazón”, Conferencia dictada el 25 de noviembre de 2004 en la Universidad de Montreal.

dejaron para la posteridad adolecen de la misma sustancia “contaminante”, la que podría imposibilitar su lectura. Son partidistas, sectarios y morales; ven el mundo escindido, la mayor parte del tiempo, entre buenos y malos.

En adelante, poco se ha avanzado. La tendencia en aquéllos que han adelantado trabajos que de una u otra manera hacen referencia a las novelas, se reduce, entonces, al maniqueísmo como estrategia de lectura y, en algunos casos, a la idea de que el testimonio permite acceder a la “verdad” sobre lo ocurrido. Dos enfoques visibles en algunos de los trabajos investigativos que, tras la publicación del libro de Fals Borda, Umaña y Guzmán, permitirán la consolidación de los estudios sobre la Violencia.

### 3. Los balances historiográficos

A medida que fueron avanzando los estudios sobre la Violencia y ante su notoria expansión, empezaron a irrumpir los primeros balances historiográficos. En algunos de éstos se da cuenta de la novela de la Violencia y los libros de historia escritos por los conservadores, así como de las otras obras que aquí hemos denominado vehículos de la memoria. De particular relevancia resultan los textos de Carlos Miguel Ortiz<sup>48</sup>, “Historiografía de la Violencia” y de Gonzalo Sánchez<sup>49</sup>, “Los estudios sobre la Violencia: balance y expectativas”, en donde, si bien se asume que se está ante la existencia de textos maniqueístas, se hace un esfuerzo por establecer diferencias analíticas entre los mismos. Otros balances historiográficos, como son los de Catherine LeGrand, “La política y la violencia (1946-1965): interpretaciones en la década del ochenta” y el de Jesús Antonio Bejarano, “Historiografía de la violencia en Colombia”<sup>50</sup> no los incorporan en sus análisis.

Carlos Miguel Ortiz, autor de una las monografías regionales más completas sobre la Violencia vista desde una perspectiva regional<sup>51</sup>, plantea que las personas que escribieron durante los años cincuenta y principios de los sesenta eran “dirigentes de los partidos, personal del Estado (funcionarios de gobierno, jueces

---

48 ORTIZ, Carlos Miguel, “Historiografía de la Violencia” en *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Universidad Nacional, Bogotá, 1994.

49 SÁNCHEZ, Gonzalo, “Los estudios sobre la Violencia: balance y expectativas” en *Pasado y Presente de la violencia en Colombia*, Séptima Edición, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1991.

50 LEGRAND, Catherine, “La política y la violencia (1946-1965): interpretaciones en la década del ochenta” en *Memoria y Sociedad*, Vol. 2, No. 4, 1997; BEJARANO, Jesús Antonio, “Historiografía de la violencia en Colombia” en *Once ensayos sobre la Violencia*, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1985, pp. 297-324.

51 ORTIZ, Carlos Miguel, *Estado y subversión en Colombia, la violencia en el Quindío años 50*, Uniandes-Cider, Bogotá, 1985.

o abogados litigantes de procesos judiciales), periodistas adscritos a los partidos” y “combatientes de las fuerzas regulares e irregulares”<sup>52</sup>. Por no dedicarse por completo a la academia, como sí ocurrirá a partir de los años setenta, y por la cercanía con la vida pública, Ortiz sostiene que las obras de estas personas son “casi completamente desconocidas en los medios universitarios y, en general, científico-sociales”<sup>53</sup>. En tanto que representación de la Violencia, Ortiz señala, entonces, que su lectura ha sido omitida debido al marcado carácter testimonial y partidista y a la ausencia de un mundo académico que la respalde.

Con el objetivo de clasificar las obras, Ortiz las divide en específicamente partidistas<sup>54</sup>, publicaciones de denuncia<sup>55</sup>, escritos que apuntan al esclarecimiento de una fecha o acontecimiento particular, libros de periodistas<sup>56</sup>, libros de crónica testimonial de los combates<sup>57</sup> y trabajos de confección literaria. Como toda lista, la suya resulta bastante subjetiva. Libros como la novela histórica *Lo que el cielo no perdona*, presentado como publicación de denuncia a pesar de ser igualmente crónica testimonial y trabajo literario, tornan difusas las fronteras entre una y otra obra. Para Ortiz, se trata de cualquier forma de una “bibliografía partidista” que, salvo en el caso de los trabajos literarios y la crónica de Franco Isaza, tienen en común “el peso que tiene la culpa en el hilván del discurso, sea el discurso de intenciones interpretativas o el simplemente narrativo”<sup>58</sup>. Recoge la idea de que los textos buscan un culpable y de que las obras escritas por literatos escapan a un sectarismo partidista y, por el contrario, se permiten un análisis no maniqueo de la violencia. Una aseveración que es parcialmente cierta: ante las secuelas y la magnitud del fenómeno, el conjunto de los trabajos tiende efectivamente a

---

52 ORTIZ, Carlos Miguel, “Historiografía de la Violencia”, pp. 383.

53 ORTIZ, Carlos Miguel, “Historiografía de la Violencia”, pp. 383.

54 Ortiz cita a Carlos Lleras Restrepo, *De la República a la Dictadura (testimonio sobre la política colombiana)*, Editorial Argra, Bogotá, 1955; *De la Revolución al orden nuevo: proceso y drama de un pueblo*, Editorial Nelly, Bogotá, 1956; *Así fue la revolución del 9 de abril al 27 de noviembre*, Joaquín Estrada Monsalve, Editorial Iqueima, Bogotá, 1950; de la Comisión del Comité Central del Partido Comunista de Colombia, *Treinta años de lucha del Partido Comunista en Colombia*, Ediciones Paz y Sindicalismo, Bogotá, 1960.

55 De Felipe Echavarría, *Historia de una monstruosa farsa*, Musigraf Arabí, Madrid, 1964; de Ernesto León Herrera, *Lo que el cielo no perdona*, ¿Editorial? Bogotá; de Alfonso Hilarión, *Las balas de la ley*, Editorial Centro, Bogotá, 1952; del pseudónimo Testis Fidelis, *El basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo*, Tipografía Olímpica, Medellín, 1953.

56 De Gonzalo Canal Ramírez, *El 9 de abril de 1948*, Editorial Cahur, Bogotá, 1949; *Estampas y testimonio de la violencia*, Imprenta Canal Ramírez, Bogotá, 1966.

57 De Gustavo Sierra Ochoa, *Las guerrillas en los Llanos Orientales*, Imprenta Departamental de Caldas, Manizales, 1954.

58 ORTIZ, Carlos Miguel, “Historiografía de la Violencia”, pp. 388.

encontrar un culpable y una víctima; sin embargo, aun en los trabajos que desde el plano literario se asumen como más logrados que los demás, se está ante un análisis de la realidad que favorece la interpretación liberal. La defensa de las guerrillas liberales en novelas como *La mala hora* y *El día señalado* pueden ser dos ejemplos de la manera como sus autores, Gabriel García Márquez y Manuel Mejía Vallejo, asumen una postura política parecida a la de los libros anteriores y abiertamente testimoniales<sup>59</sup>.

En la desaparición de la necesidad de establecer culpables, por otra parte, estaría la diferencia más visible con la producción científico social que se desarrollará a partir de los años sesenta. De ahí la razón por la cual Ortiz habla de una transición de “la representación de la violencia” a “la violencia como objeto”<sup>60</sup>. El enfoque partidista, aún presente en los años sesenta, debido a “los pactos de perdón y olvido celebrados por dirigentes políticos y orientadores de los medios de opinión” prescinde de la “mutua inculpación de los partidos”. En adelante, sostiene, se transita hacia un culpable bipartidista (bajo la fórmula del “todos somos responsables”). Si se trata de la violencia de los sesenta y ya no de la Violencia partidista tradicional de los años cincuenta, vista desde la barrera conservadora, el culpable deja de ser el liberal y se convierte en el comunista. Por su parte, los liberales y los comunistas, reacios al Frente Nacional, se radicalizan, y ven en los promotores del Frente Nacional a la “derecha”. En palabras de Ortiz,

“(…) con respecto a los enfoques partidistas de la década anterior sigue primando en esos escritos el esquema de la culpa, aunque los sujetos de inculpación se han modificado: a las recriminaciones entre liberales y conservadores ha sucedido aquella entre izquierda y derecha, que de cierta manera son respectivamente los atacantes y los partidarios del Frente Nacional, radicalizados”<sup>61</sup>.

---

59 El tratamiento que reciben los libros de “confección literaria” plantea un interrogante: ¿por qué los historiadores, en general, suelen omitir su uso? O, dicho de otra forma, ¿sirve de algo, en tanto que fuente primaria, un libro de García Márquez? ¿Puede el historiador, en fin, acercarse al campo de la literatura cuando investiga la Violencia? En este caso Ortiz menciona las novelas *Cóndores no entierran todos los días* y *La Mala Hora* y remite al lector para su análisis al ensayo ya citado de la escritora Laura Restrepo, corroborando la idea de que la literatura sobre la Violencia, en la medida en que la fecha de su publicación se aleja temporalmente del evento, pierde también utilidad para las ciencias sociales. Puede decirse que la disciplina histórica en general, y la historiografía sobre la violencia en particular, han sido reacias a interpretar las obras literarias como fuentes primarias. Existe un debate muy interesante entre historiadores y críticos literarios sobre este tema. Ver: LACAPRA, Dominick, *Escribir la historia, escribir el trauma*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005.

60 ORTIZ, Carlos Miguel, “Historiografía de la Violencia”, pp. 383.

61 ORTIZ, Carlos Miguel, “Historiografía de la Violencia”, pp. 389.

Las representaciones obedecen de esta manera a una relación directa con la responsabilidad que se le quiere adjudicar a cada grupo o formación política en contienda. No queda claro de qué manera circulan esas representaciones. Si se sigue con rigurosidad el modelo explicativo presentado por Ortiz, se llega a una generalización: o los unos culpabilizan a los otros o todos se inculpan a sí mismos. No hay diferencias entre las memorias de dos liberales, como tampoco las hay entre las de dos conservadores. No hay memorias hegemónicas o subalternas. Desaparece el conflicto y la lucha por la imposición de sentidos. El olvido, a su vez, ocurre como por arte de magia.

Debido a sus marcadas adscripciones partidistas, Sánchez describe la literatura producida por las elites de los partidos políticos -liberales, conservadores o comunistas- como “apologética”<sup>62</sup>. Obras en las que los hechos se presentan a partir de una visión maniqueísta del mundo que no analiza y sí juzga al emitir juicios de valor. Al respecto, sostiene que

“(…) por más unilaterales y sectarios que aparezcan, este tipo de escritos constituyen una materia prima de mucho valor en el estudio de los resortes ideológicos del conflicto...Podríamos decir que constituyen un material viejo susceptible de ser interrogado de una manera nueva. De hecho la ausencia de análisis sobre la eficacia de las representaciones político-ideológicas presentes en ellos constituye uno de los vacíos más notables de la literatura sobre la violencia”<sup>63</sup>.

El énfasis lo ubica en la relación que se teje entre la representación de la Violencia que se hace un determinado actor y su filiación política e ideológica. El campo de análisis sigue sin ser propiamente el de la memoria y la imposición de los sentidos y las visiones del pasado pero invita a que se cuestionen los textos. De entrada los plantea, entonces, como imprescindibles para el estudio del campo de las representaciones.

Frente a esta literatura, menciona otra de corte netamente “testimonial” en la que “se trata (...) no de la evaluación de extraños, de la distante percepción de los académicos o los políticos, sino de la vivencia de los actores desde sus múltiples funciones sociales: el guerrillero convencido de su causa y ansioso de transmitir el idealismo de su lucha, el soldado orgulloso de su guerra que por diferentes

---

62 SÁNCHEZ, Gonzalo, “Los estudios sobre la Violencia: balance y expectativas” en *Pasado y Presente de la violencia en Colombia*, Séptima Edición, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1991, pp. 15.

63 SÁNCHEZ, Gonzalo, “Los estudios sobre la Violencia: balance y expectativas”, pp. 15.

razones también considera legítima, el sacerdote obligado a tomar partido en un terreno que no es el suyo”<sup>64</sup>. A pesar de la reivindicación del carácter personal de los testimonios, sigue sin ser clara la forma como se los debe leer y estudiar. Las preguntas que se les pueden hacer. Lo cierto es que el guerrillero que escribe “convencido de su causa” y el soldado “orgullosa de su guerra” no serán aceptados y evaluados de la misma forma al tiempo que sufrirán una serie de autorizaciones y desautorizaciones que conviene analizar.

En adelante, quienes se han ocupado de referenciar los vehículos de la memoria, vistos en conjunto y no aisladamente, lo han hecho de una forma tangencial y sin el objetivo explícito de explicar las relaciones de poder que se encuentran tras su construcción. En general se trata acá de las primeras páginas de las investigaciones que toman como objeto de estudio la Violencia y se ven obligadas a realizar un balance bibliográfico del tema. Cabe mencionar, en este punto, la síntesis realizada por James Henderson en su libro *Cuando la Violencia se desangró. Un estudio de la Violencia en Metrópoli y Provincia*<sup>65</sup> en donde se dice que la visión de los conservadores, por tener “toques de paranoia” y “de guerra fría” y por contradecir las evidencias que denotaban poca influencia comunista en el país, no tuvo mayor aceptación “más allá de las fronteras nacionales”<sup>66</sup>. Dicho de otra manera, nadie les creyó. Una forma de enfocar el problema que escapa por completo a los objetivos de esta investigación es la siguiente: si lo que narran los vehículos de la memoria de la Violencia ocurrió o no ocurrió, y si a luz de las investigaciones posteriores lo escrito tiene un asidero parcial o total en la realidad, carece de relevancia.

Por otra parte, pese a no incorporar en sus análisis el tema concreto de las luchas de sentido que se tejen a partir de los vehículos de la memoria de la Violencia, éstos han sido utilizados como fuentes –y ya no solo citados– en más de una ocasión en la historiografía de la Violencia.

---

64 SÁNCHEZ, Gonzalo, “Los estudios sobre la Violencia: balance y expectativas” pp. 16. El autor cita del lado de los militares los testimonios del policía conservador Alfonso Hilarión, *Las balas de la ley*; del coronel Gustavo Sierra Ochoa, *Las guerrillas de los Llanos Orientales*, y del suboficial del Ejército Evelio Buitrago Salazar, *Zarpazo*; de lado de los combatientes, los textos de Eduardo Franco Isaza, *Las Guerrillas del Llano*; de Jaime Vásquez Santos, *Guerrilleros Buenos Días*; y de Manuel Marulanda Vélez, *Ciro, páginas de su vida y cuadernos de campaña*.

65 HENDERSON, James, *Cuando la Violencia se desangró. Un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia*, El Áncora Editores, Bogotá, 1984.

66 HENDERSON, James, *Cuando la Violencia se desangró. Un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia*, pp. 14.

#### 4. El lugar del testimonio y la pregunta por lo cultural en los estudios sobre la Violencia

Acabada la Violencia de los años 50, por lo menos en su forma partidista, y en pleno Frente Nacional, la Universidad Nacional de Colombia da a conocer el primer programa académico de sociología en el país, así como también la primera gran investigación sobre la violencia que recién ocurría: el libro *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*<sup>67</sup>, producto de la Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia, y el que pone a consideración de la opinión pública “las dimensiones y formas del horror”<sup>68</sup> de la confrontación. A pesar de los intentos sistemáticos de sectores políticos y clericales, interesados en la prohibición de su circulación, el libro logró arribar hasta capas sociales como la de los intelectuales, escritores y pintores, que con la información generaron reflexiones sobre lo que acababa de ocurrir y aún ocurría en algunas zonas del país. Además de su intento por analizar los hechos, sostiene Daniel Pécaut, uno de los inmensos méritos que tiene el libro reside en que con sus descripciones contribuyó a develar “la violencia de la Violencia”<sup>69</sup>.

Desde entonces, el estudio de la época de la Violencia se ha convertido en una constante entre investigadores de distintas disciplinas del conocimiento que se preguntan por las posibles relaciones entre *violencia* y *guerra* –¿fue la Violencia una guerra civil o una violencia generalizada?; ¿la motivó el derrumbe parcial del Estado?; ¿fue acaso una Revolución no acabada?–, *violencia* y *economía* –; ¿estuvo la Violencia guiada por intereses económicos?; ¿quiénes se beneficiaron de la Violencia? –, *violencia* y *política*–; ¿cómo se explican las diferencias partidistas?; ¿qué papel jugó la cultura política?; ¿qué similitudes y diferencias se expresan entre las distintas regiones involucradas?; ¿qué papel jugaron y de qué manera se transmiten el odio y la venganza? –entre otras muchas instancias–, incluida la *cultural*, que recientemente ha sido abordada por Mary Roldán en su excelente análisis sobre la Violencia en el departamento de Antioquia<sup>70</sup>.

En lo que tiene que ver con el uso de los vehículos de la memoria, el libro de Guzmán, Fals Borda y Umaña es el primero en utilizarlos como fuentes

---

67 FALS BORDA, Orlando, GUZMÁN, Germán, UMAÑA, Eduardo, *La Violencia en Colombia. Estudio de un Proceso Social*, Carlos Valencia Editores, Ediciones Progreso, Bogotá, 1968.

68 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2003, pp. 108.

69 PÉCAUT, Daniel, “La contribución del IEPRI a los estudios sobre violencia en Colombia”, en *Revista Análisis Político*, No. 34, 1998.

70 ROLDÁN, Mary, *A Sangre y fuego, La Violencia en Antioquia*, ICANH, Bogotá, 2003.



primarias al incorporar, en particular, los textos de carácter testimonial. Podría pensarse incluso que es la obra que sienta las bases para que éstos se usen como ejemplificación y aun como testimonio exacto de lo sucedido, en un proceso que lleva a la confusión total entre *memoria e historia*. Es así como para recomponer la historia de la Violencia en los Llanos Orientales, la cual abarcaría el periodo de iniciación de la lucha y la escisión del bloque llanero, los autores se sirven del testimonio escrito por Eduardo Franco Isaza, *Las Guerrillas del Llano*; para describir de qué manera se organiza la lucha contra la guerrilla en el mismo lugar, se cita el testimonio del coronel Gustavo Sierra Ochoa, *Las guerrillas de los Llanos Orientales*; para retomar la lucha que se libra en Boyacá, utilizan el testimonio de Ramón Manrique, *Los días del terror*<sup>71</sup>; para emprender el conflicto que se libra en Cundinamarca y la formación de guerrillas liberales, se acude al testimonio de Jorge Vásquez Santos, *Guerrilleros, buenos días*; y finalmente, para abordar lo sucedido en Antioquia, emplean la novela histórica de Ernesto León Herrera, *Lo que el cielo no perdona*.

De esta manera, los autores reconstruyen la primera fase de la Violencia (1946-1953) a partir de una enumeración de hechos, que en ningún momento interroga directamente la veracidad de las fuentes ni el proceso de elaboración de las mismas. Una situación perfectamente entendible si se considera que en el momento en el que los autores se dan a la tarea de redactar los resultados de la investigación eran muchos los colombianos que desconocían el alcance de los hechos de violencia. Por el contrario, la sola denuncia, el simple descubrimiento –y de ahí quizás el carácter descriptivo de buena parte de la obra– eran lo importante.

En la segunda parte de la obra, titulada “Elementos estructurales del conflicto”, para describir los grupos en conflicto (Capítulo 5) los autores vuelven a apoyar sus descripciones en el uso de los testimonios; lo mismo ocurre con la descripción de las “semblanzas de los jefes guerrilleros” (Capítulo 6) en donde se menciona a Eliseo Velásquez, Leopoldo García, Teodoro Tacumá, Teófilo Rojas, Rafael Rangel y Juan J. Franco. Así mismo, para el tratamiento de las “tácticas y normas de los grupos en armas” (Capítulo 7) utilizan nuevamente el texto del cura Ernesto León Herrera; para ahondar en las “manifestaciones culturales de los grupos en conflicto”, en donde profundizan en los mecanismos de financiación, la dotación bélica y el vestido, las insignias y los símbolos, la propaganda y la comunicación (Capítulo 8) utilizan el testimonio de Jorge Vásquez Santos. Finalmente, en las descripciones de la “tanatomía” o los excesos de la Violencia

---

71 MANRIQUE, Ramón, *Los días del terror*, Editorial A.B.C., Bogotá, 1955.

(Capítulo 9) y de la “quiebra de las instituciones fundamentales” (Capítulo 10) acogen nuevamente los textos de Ernesto León Herrera y Eduardo Franco Isaza.

Tras la publicación del libro, entre 1963 y 1975, sólo hubo reinterpretaciones de la obra, “fundamental a pesar de su debilidad analítica”<sup>72</sup>. El vacío vendría a ocuparlo la ciencia política norteamericana y su preocupación por las relaciones entre el Estado y la Violencia. El primer libro que marca una diferencia es el de Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*<sup>73</sup>. En él, el autor se pregunta por la naturaleza del Estado y la índole de las transformaciones de la sociedad colombiana. Así mismo, plantea la pregunta, de vital importancia para los historiadores y sociólogos en los años ochenta, por la especificidad de los distintos procesos regionales y lanza su reconocida hipótesis sobre el “derrumbe parcial el Estado”. En su opinión, éste se produce

“como resultado de las intensas luchas partidistas. La clase dirigente estaba dividida hasta tal punto que la autoridad efectiva del Estado fue reducida. Esto tuvo lugar a nivel nacional, regional y local. Es el derrumbe parcial del Estado el que explica la simultánea evolución de numerosos conflictos hacia la violencia. Esta simultaneidad de múltiples luchas físicas, coercitivas, es lo que a la vez explica la intensidad de la violencia. La división se puede atribuir en parte a la dificultad para reimponer la autoridad estatal en algunas regiones”<sup>74</sup>.

La explicación, que será matizada recientemente en textos como los de Fernán González e Ingrid Bolívar<sup>75</sup>, abre el camino a la pregunta por las relaciones entre la Violencia y la formación del Estado. A su vez el texto retoma los testimonios con menos frecuencia que en el caso del libro de *La Violencia en Colombia*, y los utiliza para describir actores particulares como los de las guerrillas del Llano<sup>76</sup>.

---

72 SÁNCHEZ, Gonzalo, “Los estudios sobre la Violencia: balance y expectativas”, pp. 18.

73 OQUIST, Paul, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Banco Popular, Bogotá, 1976.

74 OQUIST, Paul, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Banco Popular, Bogotá, 1976, pp. 45.

75 Ver GONZÁLEZ, Fernán Enrique, BOLIVAR, Ingrid, VÁZQUEZ, Teófilo, *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*, CINEP, Bogotá, 2003; BOLIVAR, Ingrid, *Violencia política y formación del Estado: ensayo historiográfico sobre la dinámica regional de la violencia de los cincuenta en Colombia*, Uniandes-CESO, CINEP, Bogotá, 2003. En opinión de Ingrid Bolívar, quien realiza una reinterpretación de la clave regional y la pregunta por la formación del Estado a partir de la obra de Norbert Elías, la Violencia no expresa “sola o directamente la debilidad del Estado, sino también las dificultades que aquel enfrenta en su conflictivo proceso de constitución” (pp. 8).

76 OQUIST, Paul, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, pp. 279-289.

Por su parte, los trabajos de Pierre Gilhodés y Eric Hobsbawm, aparecidos a finales de los sesentas y principios de los años setenta –vale decir en pleno Frente Nacional– cobran importancia a partir de la formulación de nuevos interrogantes. El autor francés en su texto *Politique et violence: la question agraire en Colombia 1958-1971*<sup>77</sup> analiza los doce primeros años del régimen del Frente Nacional y modifica el lente de observación al centrarse “en los actores antes que en las estructuras”<sup>78</sup>. Por su parte, el historiador inglés aborda el fenómeno de los bandoleros en su texto “La anatomía de la Violencia en Colombia”, incluido en su libro *Rebeldes primitivos*<sup>79</sup>, desde una óptica que supera los enfoques moralistas e inserta el fenómeno en un marco teórico que le permite realizar comparaciones con las realidades históricas de otros países. Un tercer autor que habría que unir a los anteriores, el cura y sociólogo Camilo Torres, se pregunta incluso con anterioridad a los mismos acerca del impacto de la Violencia en la mentalidad de los campesinos y estima, como Gilhodés y Hobsbawm, que la Violencia pudo ser una “revolución frustrada”<sup>80</sup>.

Del lado de la antropología, hacia finales de los años setenta, dos trabajos resultan determinantes: *La Violencia y las estructuras agrarias en tres municipios cafeteros del Tolima: 1936-1970*, de Darío Fajardo y *La Violencia en el Quindío, determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio caficultor*, de Jaime Arocha<sup>81</sup>. Los dos textos retoman la iniciativa de las fuentes orales, anteriormente utilizada por Fals Borda, Guzmán y Umaña, y hacen de la pregunta por lo regional el hilo conductor de la reflexión. Con respecto al texto de Arocha es de resaltar el tratamiento que le da a los homicidios de la Violencia al despolitizarlos para visibilizar la importancia de los homicidios “al azar” y su difícil separación de los homicidios políticos. El llamado de atención será recogido nuevamente en el libro *Colombia: violencia y democracia*<sup>82</sup> –fruto de una comisión

---

77 GILHODÉS, Pierre, *Politique et violence: la question agraire en Colombia 1958-1971*, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1974.

78 ORTIZ, Carlos Miguel, “Historiografía de la Violencia”, pp. 397.

79 HOBBSAWM, Eric, *Rebeldes Primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1968.

80 TORRES, Camilo, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, en *Once ensayos sobre la Violencia*, Cerec, Centro Gaitán, Bogotá, pp. 53-115.

81 PINEDA GIRALDO, Roberto, *El impacto de la Violencia en el Tolima: el caso del Libano*, Universidad Nacional, Bogotá, 1962; FAJARDO, Darío, *La Violencia y las estructuras agrarias en tres municipios cafeteros del Tolima: 1936-1970*; AROCHA, Jaime, *La Violencia en el Quindío, determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio caficultor*, Tercer Mundo, Bogotá, 1979.

82 *Colombia: violencia y democracia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.

para el estudio de la violencia realizada en 1987–, en donde se plantean abiertamente las interrelaciones entre violencia política y otras múltiples violencias. Por su parte, Fajardo muestra cómo en algunos municipios del Tolima el resultado de la Violencia es el abandono de fincas y el éxodo campesino del que se beneficia una nueva clase media, mientras que en otros predomina la contraofensiva de los terratenientes, cuyos latifundios, debilitados debido a la agitación agraria precedente, es decir aquella que se da bajo la Revolución en Marcha (1936-1938), son reconstruidos en el contexto de la Violencia.

En la misma línea de los estudios regionales anteriormente trazada por Oquist como una necesidad para la comprensión de la Violencia, el libro del historiador James Henderson, *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia*<sup>83</sup>, toma como hilo conductor la historia política de una pequeña municipalidad del Norte del Tolima –Santa Isabel–, y se interroga por las conexiones entre la dinámica política local, regional y nacional. Henderson llega incluso a postular su deseo de no caer en el “empeño quijotesco” de narrar en un solo tomo la historia de la Violencia.<sup>84</sup> Frente a los textos aquí considerados, el autor se apoya en los testimonios de Eduardo Franco Isaza y del cura Ernesto León Herrera, así como también en la novela de Eduardo Santa, *Sin tierra para morir*. El uso que se les da en este punto, a diferencia del libro de Fals Borda, Guzmán y Umaña, se acerca a la necesidad simple de ejemplificar una situación narrada o un personaje descrito.

Desde otro ángulo, pero guardando el interés por la perspectiva regional, Gonzalo Sánchez y Donny Meertens<sup>85</sup> ahondan en el fenómeno del bandolerismo, y a las clasificaciones ideadas por Hobsbawm para analizar el fenómeno le agregan la idea de un bandolerismo político que se ubicaría en áreas de mayor movimiento mercantil como el occidente del Quindío y del Norte del Valle. Este bandolerismo tardío les permite a los autores mostrar que la Violencia no termina con la instauración del Frente Nacional, sino que, por el contrario, se prolonga hasta 1965, momento en el que los últimos bandoleros serán dados de baja por el Ejército.

En relación con las obras que tienen una unidad temática, es importante resaltar la escasa producción historiográfica que se teje en torno a las relaciones

---

83 HENDERSON, James, *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia*.

84 HENDERSON, James, *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia*, El Áncora Editores, Bogotá, 1984, pp. 26.

85 SÁNCHEZ, Gonzalo, MEERTENS, Donny, *Bandoleros, gamonales y campesinos*.

Iglesia-Violencia y Ejército-Violencia. En el caso de la Iglesia disponemos del libro *Una iglesia en alerta*, escrito por Rodolfo de Roux<sup>86</sup>, y del trabajo del historiador y también cura Gustavo Mesa, *Representaciones religiosas y la violencia en Antioquia, 1949-1953*<sup>87</sup>. Mesa realiza una investigación en la que, gracias a que él mismo pertenece a la Iglesia, ha tenido acceso a archivos eclesiásticos anteriormente inexplorados. De esta manera, y haciendo énfasis en el papel jugado por los curas párrocos durante la Violencia, presenta una visión bastante amplia de la enorme responsabilidad que tiene la Iglesia colombiana en los altos índices de violencia que se presentaron en el departamento de Antioquia. En el segundo caso, el libro de Russell W. Ramsey, *Guerrilleros y Soldados*, “traza (...) una serie de acontecimientos relativos a la tierra, al pueblo y a las instituciones de la Violencia desde los tiempos pre-colombinos”<sup>88</sup>. El análisis, más allá de ser bastante descriptivo, incorpora una enorme cantidad de fuentes. Aun así, se trata acá de una obra en la que, como en las anteriores, se acude a los testimonios para ejemplificar y construir descripciones detalladas de los acontecimientos de violencia en diversas regiones del país. Al respecto, señala Fajardo en un artículo:

“Los testimonios sobre la Violencia permiten ver cómo en ese momento se generalizó el movimiento guerrillero en muchas regiones del país: los Llanos Orientales (...) [cita a Eduardo Franco Isaza], el noroccidente cundinamarqués (...) [cita a Jorge Vásquez Santos], Antioquia (...) [cita a Ernesto León Herrera]”<sup>89</sup>.

A pesar de los inmensos avances logrados en el plano de la reconstrucción del periodo de la Violencia, ninguno de los casos anteriores se pregunta por el sentido que le dan los actores involucrados a sus vivencias particulares<sup>90</sup>. La pregunta general sigue estando atada a la preocupación por lo estatal y a la necesidad de avanzar en el discernimiento de lo ocurrido en las diversas regiones del país.

Una clara ruptura -que analizaremos con mayor profundidad en el siguiente capítulo- la constituye la obra del sociólogo francés Daniel Pécaut, en el que el

---

86 DE ROUX, Rodolfo, *Una iglesia en alerta*, Bogotá, 1983.

87 MESA, Gustavo, *Representaciones religiosas y la violencia en Antioquia, 1949-1953*.

88 RAMSEY, Russell, *Guerrilleros y soldados*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1981, pp. 4.

89 FAJARDO, Darío, “La Violencia 1946-1964. Su desarrollo e impacto”, en *Once ensayos sobre la violencia*, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1985, pp. 261-295.

90 La anterior enumeración de investigaciones no pretende ser exhaustiva. Los estudios de la Violencia, hoy plenamente consolidados, han producido una cantidad de textos difícilmente reseñable dentro de los objetivos de este capítulo.

tema de la Violencia tiene un espacio privilegiado como se deduce de las constantes referencias a la época, aun en sus más recientes libros. Así, en *Midiendo Fuerzas*, Pécaut inicia su obra con un capítulo titulado “lo real y el imaginario de la “violencia” en la historia colombiana”, en el que parte de una premisa básica: los colombianos se refieren a la recurrente violencia que los azota como si ésta fuera “consustancial a su historia”<sup>91</sup>. La razón, además de la coexistencia histórica de las dos “subculturas políticas” que impiden la verdadera conformación de la unidad nacional, habría que rastrearla en los indicios dejados por la época de la Violencia<sup>92</sup>. Ésta, que en sus inicios fue una clásica confrontación partidista y nunca perdió ese carácter -sostiene el autor-, adquirió cuatro rasgos más que ayudan a condensar lo sucedido: una revancha social de las elites por el miedo que surgió ante el asesinato de Gaitán y el Bogotazo; “un proceso de acumulación primitiva” en las regiones cafeteras, desplegado por una clase burguesa que se aprovechó de la violencia para controlar “los circuitos de producción y de comercialización”; una cruenta guerra entre campesinos liberales y conservadores; y un proceso de resistencia campesina que tiene trazos de formas políticas y bandolerismo, según desde donde se observe.

Además de los desplazamientos ocasionados y las 200.000 muertes producidas, Pécaut estima que la Violencia dejó una huella imborrable, debido a la humillación que les representó a los campesinos entender que el enfrentamiento no era una causa suya sino de las elites, las cuales además se beneficiaron de su posterior desorganización tras los arduos enfrentamientos, para así imponer su hegemonía. A ello habría que agregar, para incorporar el tema de la memoria, que esa imposición se da igualmente en el plano de las representaciones que se tejen sobre la Violencia a partir del inicio del Frente Nacional, en 1958.

Visto en perspectiva, la preocupación por el entendimiento de un periodo tan complejo ha relegado, entonces, la pregunta por las construcciones de sentido, las voces no oídas, y los testimonios impuestos como únicas verdades. Se olvida quizás que el entendimiento de la construcción de los relatos permite también aclarar aspectos cruciales de la Violencia y su radical manera de impedir que los campesinos, principales víctimas, expresen lo ocurrido. ¿Quiénes, en otras palabras, podían referirse a la misma? ¿De qué manera y desde qué lugar? Las relaciones entre cultura y violencia, para no ir más lejos, han sido un tema prácticamente tabú entre los investigadores. En su reseña del libro de Gonzalo Sánchez, *Guererras, memoria e historia*, Carlos Mario Perea sostiene que “En la escasa impor-

---

91 PÉCAUT, Daniel, *Midiendo fuerzas*, Editorial Planeta, Bogotá, 2003, pp. 17.

92 PÉCAUT, Daniel, *Midiendo fuerzas*, Editorial Planeta, Bogotá, 2003, pp. 20.

tancia presentada al tema [de las relaciones entre cultura y violencia] no hay una simple actitud pasiva”, sino que se cree que la cultura viene “desprovista del peso conceptual capaz de abrir un renovado filón en la comprensión de nuestra tragedia”. En ese orden de ideas, nos dice Perea, se utiliza el término de “culturalismo” contra “cualquier incursión cultural”, lo que supone una “descalificación con su carga de ironía y sospecha”. Cuando se piensa en lo cultural en el escenario de lo violento se llega erróneamente a un “atavismo inevitable”, a “una carga imposible de evitar”, como cuando se piensa que el colombiano es agresivo por naturaleza. Frente a semejante confusión, el mismo Perea opta por redefinir la cultura, “tan histórica como la economía o la política”, en la que no ve “nada distinto a un sedimento más de las prácticas colectivas: en nuestro entender el sedimento de sentido y significación”<sup>93</sup>.

Esa línea de investigación, que aquí se pretende volver a abordar, ha sido transitada por el mismo Perea en su libro *Porque la sangre es espíritu* y por Darío Acevedo en su obra *La mentalidad de las elites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)*, en donde se estudia la construcción de la mentalidad política de los colombianos, retomando los pasos de Daniel Pécaut y Herbert Braun<sup>94</sup>. En el libro de Acevedo, se accede a la forma como se construyeron las identidades partidistas durante los años anteriores al desencadenamiento de la Violencia, analizando periódicos, discursos, sermones y caricaturas del momento, hasta llegar a la conclusión de que la identidad se construye a partir de la diferencia con el antagonista. Diferencia que se establece con relación a los ejes temáticos dominantes en el

---

93 PEREA, Carlos Mario, “Guerras, memoria e historia, de Gonzalo Sánchez”, *Análisis Político*, No. 58, pp. 172. Una lectura parecida, en la que se aboga por el estudio de la violencia y sus relaciones con la cultura, la sugiere Elsa BLAIR: “He sostenido antes que sí existen factores culturales con huellas muy profundas en la mentalidad de los colombianos. Que una cultura produce su propio simbolismo y lo expresa en diversos campos. Que, como lo plantea Clifford Gertz: “La concepción que un pueblo tiene de la vida aparece en muchos ámbitos de la cultura, no solo en su arte. Aparece en su religión, en su moralidad, en su ciencia, en su comercio, en su tecnología, en su política, en sus divisiones, en su derecho...” Partimos, pues, del hecho de que cuando la existencia práctica cotidiana de una sociedad está cruzada, o mejor, gira en torno a la violencia, es imposible desconocer la ligazón entre cultura y violencia. Sin duda, la cultura no es eso inaprensible que ni los antropólogos definen. Ella se expresa en las formas como la sociedad produce, como se organiza, en el tipo de instituciones que crea, en las prácticas de consumo, en los lenguajes, en los discursos, en el derecho que legisla, en sus expresiones estéticas, pero también está marcada por las formas de matar o de morir que una sociedad genera. Y en esa medida, para avanzar en el análisis, se vuelve imprescindible explorar las manifestaciones difusas de esta violencia en el terreno cultural”. Extraído de su artículo “Memorias e identidades colectiva: desafíos de la violencia”, escrito para la *Revista de Estudios políticos* (No. 12, pp. 77).

94 ACEVEDO, Darío, *La mentalidad de las elites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)*, Bogotá, IEPRI/El Áncora editores, 1995; PEREA, Carlos Mario, *Porque la sangre es espíritu*, Bogotá, IEPRI/Editorial Aguilar, 1996.

debate ideológico internacional: comunismo, fascismo, guerra fría. Por su parte, Perea aborda el mismo problema pero con una metodología distinta, y muestra cómo existe un “capital simbólico” que justifica la destrucción del adversario sin realmente transitar por el antagonismo político o ideológico.

Finalmente, el ensayo de Gonzalo Sánchez sobre la memoria y sus relaciones con la guerra y la historia es también un recetario de nuevas preguntas que es necesario retomar. En su introducción, Sánchez explica que decidió pasar de la historia a la memoria: de la reconstrucción objetiva del acontecimiento a la búsqueda de la marca de sentido que deja el pasado de guerra y confrontación, y, por ende, del análisis histórico y sociológico a la interpretación cultural<sup>95</sup>. Una postura que lo conduce, en el Segundo Capítulo de su obra, a preguntarse por la importancia del tema inherente a “las formas de nombrar al otro”. Éste, que parece un simple camino por recorrer, es precisamente el que aquí se ha elegido a partir del estudio de los vehículos de la memoria. En la medida en que cada actor construye como puede su relato, inserta en el mismo una representación del otro que pasa –o se inicia en– el acto de nombrar. Nombrar, sostiene Sánchez, “es escoger o determinar cómo y con qué sentido el evento (en un sentido muy amplio) se va a fijar en la memoria; es definir el rasgo de identidad que va a aglutinar todos los atributos de lo nombrado”<sup>96</sup>.

De cómo me representen muy probablemente me recordarán. Pero si soy campesino sin educación letrada ni acceso a los medios de difusión de las representaciones en los años cincuenta –que como se verá pasan por la prensa fundamentalmente–, prácticamente estoy condenado a que me impongan una identidad en la que no me reconozco. El campo de lucha por las representaciones que es la memoria, encuentra en el hecho de nombrar su razón de ser: no todos pueden señalar al otro y señalarse a sí mismos como depositarios de una determinada identidad y, sin embargo, todos quieren luchar por ese reconocimiento. Las palabras “guerrillero” o “bandolero” adquieren su significado a partir de unas luchas de sentido, en las que los que tienen la autoridad para representar al otro se imponen.

La intención de los investigadores que han abordado la Violencia ha sido la de explicar el fenómeno y para ello siempre se ha querido encontrar la fuente que más se acomode a la noción “de lo que realmente ocurrió”. Habría que repetir plantear, en este punto, que los vehículos de la memoria si bien pueden ser

---

95 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2003, pp. 25.

96 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*.



relativamente útiles en este campo, en la medida en que corroboran determinadas hipótesis o plantean problemas de investigación, lo son más en el campo de las representaciones. De hecho toda investigación que tome en cuenta los vehículos de la memoria dispone en adelante de excelentes estudios explicativos de la Violencia. Lo que antes no era claro en un testimonio como el del cura Ernesto León Herrera, hoy lo es mucho más a la luz del libro de Mary Roldán sobre la Violencia en Antioquia.

En síntesis, los vehículos de la memoria, y dentro de éstos los de carácter testimonial, dejan de ser la prueba reina y fuente útil para explicar “lo que realmente ocurrió” y, por el contrario, en una historiografía de la Violencia más consolidada, le ceden el terreno a la utilización de nuevas fuentes tales como archivos judiciales, reconstrucciones de prensa y archivos locales. Como lo ha hecho buena parte de la crítica literaria, los estudiosos de la Violencia han optado por desechar lo que para muchos es un compendio de fuentes contaminadas. De la confusión total entre memoria e historia se transita hacia una refinada y hoy reconocida reconstrucción de la historia de la Violencia, que dejó de lado el tema de su memoria.



## CAPÍTULO 2

### LA MEMORIA DE LA VIOLENCIA COMO OBJETO DE LA HISTORIA

Uno de los primeros en interesarse por el tema de la memoria de la Violencia fue el escritor Daniel Pécaut en su artículo “Hacia la violencia prosaica”, en el que nos habla de una “memoria compleja”, como lo ha sido “la Violencia misma”.<sup>97</sup> Según el escritor francés se trata en primer lugar de una memoria que remite a la guerra civil desatada por los dos partidos tradicionales. Una memoria visible en los momentos en los que las personas se refieren a la Violencia en términos de “violencia partidista”, “violencia entre los dos partidos tradicionales” o simplemente “violencia política de los años cincuenta”. De ésta, que no pasa de ser una constatación muy general frente al tipo de representaciones que se forjan sobre el pasado, y en este caso sobre la Violencia, Pécaut pasa a una memoria campesina que reenvía a la experiencia, especialmente en las regiones cafeteras, de la pérdida de sus bienes y los desplazamientos hacia las ciudades o las zonas de colonización. Una memoria que evoca la ruptura de las organizaciones populares, sindicatos y asociaciones campesinas y que, por ende, se dirige también hacia las estrategias individuales de sobrevivencia que se ponen en marcha durante y después de los hechos violentos. Una memoria, finalmente, que se nutre de la formación de focos de resistencia campesina próximos al bandolerismo y a los grupos de autodefensa.

#### **1. Algunas consideraciones sobre la memoria de la Violencia a partir de las ideas de Daniel Pécaut**

No hay, entonces, una única memoria. Cada experiencia es en sí misma una memoria. La memoria de la Violencia como enfrentamiento partidista se nutre en realidad de otras muchas memorias. En estricto sentido, no hay memoria de la

---

97 PÉCAUT, Daniel, “Hacia la violencia prosaica” en *Guerra contra la sociedad*, Espasa Hoy, Bogotá, 2002, pp. 110.

violencia, hay memorias de la misma. Ya de entrada la preocupación de los estudiosos de la Violencia por sus diferenciaciones regionales permite hacer visible la dificultad que encierra el esclarecimiento de los hechos. No todos los actores participan en todos los escenarios (“chulavitas”, “pájaros” y guerrillas de autodefensa no actúan necesariamente en los mismos escenarios), y la Violencia no se desata al mismo tiempo y por los mismos motivos en todas partes –más allá de que se crea que arranca con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en el año de 1948. Dicho esto, la memoria de la violencia es en realidad un compendio de historias particulares difícilmente homogenizable bajo los cánones de la historia académica. Un relato global, de conjunto, se revela prácticamente imposible.

Hacia allá se dirigen las reflexiones de Pécaut. En algunos artículos plantea la necesidad de intentar un relato global, a pesar de las monografías regionales que se han hecho<sup>98</sup>, que permita entender las dinámicas del fenómeno en su conjunto: en su opinión, “los hombres de la época insisten en referirse a algo común que ellos mismos designan con el nombre de Violencia”<sup>99</sup>, luego debe haber un elemento aglutinador –que en su caso es la pregunta por lo político en tanto que proceso configurador del conjunto e instituyente de lo social<sup>100</sup>– que permita interpretarla. Pero al mismo tiempo señala, paradójicamente, que la historia de este proceso es un imposible. En el último capítulo de su libro *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, titulado “Algunas consideraciones sobre la violencia, 1948-1953”, el autor retoma las ideas de Paul Ricoeur y plantea que la

---

98 ORTIZ, Carlos Miguel, *Estado y subversión en Colombia, la violencia en el Quindío años 50*, Uniandes-Cider, Bogotá, 1985; ROLDÁN, Mary, *A Sangre y Fuego, La Violencia en Antioquia*, ICANH, Bogotá, 2003; AROCHA, Jaime, *La Violencia en el Quindío*, Tercer Mundo, Bogotá, 1979; ATEHORTÚA, Adolfo León, *El poder y la sangre. Las historias de Trujillo (Valle)*, Cinep-Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Cali, 1995; HENDERSON, James, *Cuando la Violencia se desangró. Un estudio de la Violencia en Metrópoli y Provincia*, El Áncora Editores, Bogotá, 1984.

99 PÉCAUT, Daniel, “Acerca de la Violencia de los años cincuenta” en *Violencia y Política en Colombia. Elementos de reflexión*, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2003, pp. 30.

100 La obra de Pécaut se inspira en el pensamiento de Claude Lefort y Cornelius Castoriadis. Para Lefort, la política asume la tarea de instituir lo social: es *el principio generador de la configuración del conjunto* (LEFORT, Claude, *Ensayos sobre lo político*, Editorial Universidad de Guadalajara, México, 1991). Para Castoriadis, la política es la “actividad colectiva, reflexiva y lúcida, que apunta a la institución global de la sociedad” (CASTORIADIS, Cornelius, “Herencia y Revolución”, en *Figuras de lo pensable (las encrucijadas del laberinto 6*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, pp. 129). Pensar lo político de cada época, la pregunta por la institución de lo social, es también pensar el *imaginario* que incita a construir ese orden. Ver también, LECHNER, Norbert, “Especificando la política” en *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Siglo 21, Madrid. 1986.

“operación misma de “narración”, fundamento del relato histórico, es problemática en el caso del fenómeno de la Violencia. Una narración de esta naturaleza supone la convicción –constitutiva de la objetividad– de que los “hechos relatados por historias diferentes pueden relacionarse y que los resultados de estas historias pueden completarse”<sup>101</sup>.

Es más, a partir de la violencia que se desata tras la irrupción del narcotráfico a mitad de los años setenta y, en particular, a principios de los ochenta, el autor emprende una comparación con la Violencia de la que surge la noción de “violencia generalizada” para ejemplificar dos conflictos que no se pueden reducir con facilidad ni a una guerra política ni a un conflicto social<sup>102</sup>. A pesar de que el último bandolero fue dado de baja a mitad de los años sesenta, la Violencia se sigue sustrayendo a la operación de “narración”, “como si se tratara de una trama distendida, que por todas partes presenta vacíos”<sup>103</sup>. En los relatos de quienes evocan el periodo, nos dice Pécaut, las personas se identifican con uno de los bandos en conflicto y, de esa manera, reproducen sus argumentos; citan algunos acontecimientos, “casi siempre los mismos”, como si éstos reemplazaran por sí solos la narración; o hacen referencia a una experiencia personal construida pero nuevamente como adición de acontecimientos fortuitos<sup>104</sup>.

La añorada narración de conjunto se diluye. La Violencia, por lo demás, no tiene un comienzo y un final claramente establecidos: 1945, 1946 ó 1948 son todos años en los que según lo que el analista decida observar, bien puede encontrar un elemento que desata la Violencia. La forma como el gobierno de Alberto Lleras persigue y desestabiliza la organización de los sindicatos en 1945<sup>105</sup>, el cambio de gobierno tras la llegada al poder de los conservadores o el asesinato del líder liberal son momentos de quiebre que bien podrían hacer las veces de inicio de la Violencia. Por su parte, la apertura del Frente Nacional, como se verá, no es propiamente el final de la Violencia, sino la continuación de la misma sin la necesaria ubicuidad del elemento partidista.

---

101 PÉCAUT, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, Norma, 1987, pp. 559. El autor se sirve, para hacer su análisis, de las ideas expresadas por Paul RICOEUR en su libro *Temps et récits*, Seuil, Paris, 1984.

102 PÉCAUT, Daniel, “Violencia y política: Cuatro elementos de reflexión teórica alrededor del conflicto colombiano”, pp. 22.

103 PÉCAUT, Daniel, “Violencia y política: Cuatro elementos de reflexión teórica alrededor del conflicto colombiano”, pp. 25.

104 PÉCAUT, Daniel, “Violencia y política: Cuatro elementos de reflexión teórica alrededor del conflicto colombiano”, pp. 26.

105 Para una historia del sindicalismo durante los primeros años del siglo XX ver Daniel PÉCAUT, *Política y sindicalismo en Colombia*, La Carreta, Bogotá, 1973.

En la larga duración el problema se repite y se agudiza. La violencia de los años ochenta para muchos tiene por origen la Violencia. En ese sentido, a partir de la realización de entrevistas el autor plantea los siguientes tres escenarios: 1. Los relatos individuales de experiencias de la violencia no se inscriben en un relato más amplio: la violencia se convierte en una fuerza omnipresente, una fuerza que está al comienzo, en la mitad y al final de la narración confundida incluso con otros hechos importantes como accidentes materiales o naturales. 2. Los pocos relatos de conjunto de la violencia toman la forma de mitos que escapan a la historia: la violencia de conjunto es evocada en nombre de una trama que apela a toda la historia colombiana, pero sin presentarla realmente como histórica, de forma tal que la violencia del narcotráfico es la misma de la Violencia e, incluso, de las guerras civiles del siglo XIX sin que se puedan hacer rupturas o diferenciaciones. 3. Los “hechos” asumen un carácter “real”, que no permite que se los inserte en una historia con un significado salvo en la narración de la experiencia individual<sup>106</sup>. Son los fundamentos de lo que Pécaut llama “memoria mítica”, la memoria que está en el hoy y en el ayer e impide que acontecimientos concretos sean incorporados dentro de la historia<sup>107</sup>.

Si bien la memoria partidista ha tendido a borrarse, no ocurre, entonces, lo mismo con la memoria de la Violencia. Y ello, también por una razón que se agrega a la complejidad propia de sus actores y dinámicas: la forma como se le pone fin.

## 2. El fin pactado de la Violencia

La introducción al segundo tomo del libro de Fals Borda, Guzmán y Umaña, publicado en septiembre de 1962, consiste en una recopilación del intenso debate que surge tras la aparición de los primeros mil ejemplares distribuidos de manera restringida.<sup>108</sup> Sin proponérselo, pues se plantea en realidad como una forma de seducir al lector y de interesarlo en el análisis sociológico que permitiría develar la Violencia al trascender el carácter testimonial del primer tomo, la introducción es también el primer aporte al tema de la memoria de la Violencia. En tanto que producto de la Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia, el libro hizo

---

106 PÉCAUT, Daniel, “Violencia y política: Cuatro elementos de reflexión teórica alrededor del conflicto colombiano, pp. 27.

107 PÉCAUT, Daniel, “Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible, pp 123.

108 GUZMÁN, Germán, “Reflexión crítica sobre el libro de la Violencia en Colombia”, en SÁNCHEZ, Gonzalo, PEÑARANDA, Ricardo (Comps.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Medellín, La Carreta Editores, pp. 51.

las veces de comisión de la verdad y tribuna de la justicia, dos instancias que la Violencia requería, pero que las elites liberales y conservadoras que pactaron el inicio del Frente Nacional no pensaron en hacer. De ahí la polémica suscitada por la obra: no tenía la aceptación suficiente para hacer las veces de relato global. No contaba con la legitimidad necesaria. Para ponerle fin a la Violencia, se acudió a prácticas de imposición de olvido y silencio, que no permitieron que se saldara correctamente un pasado de dolor y angustia que la literatura testimonial recrea con detalle en sus páginas.

El proceso de elaboración del Frente Nacional<sup>109</sup>, más allá de que los partidos políticos hayan intentado en otras ocasiones y aun durante la Violencia la realización de pactos de conciliación o de “unión nacional”, tiene uno de sus orígenes en la declaración de Benidorm firmada el 24 de julio de 1956 por Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo, en la que se le *recomienda* a los dos partidos tradicionales trabajar juntos para recuperar las “formas institucionales de la vida política”<sup>110</sup>. Por dictatorial, el régimen del general Rojas Pinilla encuentra una férrea oposición que en adelante no descansará hasta no acabar con el “régimen de fuerza que no admite ni tolera discusión de sus actos, ni da informe sobre ellos”<sup>111</sup>. Un año después, el 20 de julio de 1957, se firma el Pacto de Sitges, nuevamente por Laureano Gómez y Alberto Lleras. Frente a la caída de la dictadura, se emiten nuevas recomendaciones para el “regreso de la vigencia de las instituciones republicanas”<sup>112</sup>. Tras la reconquista de la “libertad” y los derechos cívicos perdidos, las preocupaciones de los sectores dirigentes se centran en hacerle frente al recrudecimiento de la violencia y a la aguda crisis económica que enfrenta el país. En esta ocasión, los dos líderes son más precisos y establecen la forma en que el pueblo podría pronunciarse, a través de un *plebiscito*, a favor o en contra de las medidas ideadas para pactar la paridad en la mayoría de los ámbitos políticos, solución transitoria ideada para poner fin a los sectarismos y a la competencia violenta por el poder.

Aprobado el plebiscito –“proceso electoral de mayor participación en la historia colombiana”<sup>113</sup> –, y con anterioridad a su puesta en práctica, la Junta Mi-

---

109 Para un recuento histórico y politológico sobre la creación del Frente Nacional, ver HARTLYN, Jonathan, *La política del régimen de coalición: la experiencia del Frente Nacional en Colombia*, Ediciones Uniandes, CEI, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993; DÁVILA, Andrés, *Democracia Pactada: El Frente Nacional y el proceso constituyente del 91*, IFEA, Alfaomega, Bogotá, 2002.

110 Cámara de Representantes, *Por qué y cómo se forjó el Frente Nacional*, 1956, Bogotá, pp. 13.

111 Cámara de Representantes, *Por qué y cómo se forjó el Frente Nacional*, pp. 14.

112 Cámara de Representantes, *Por qué y cómo se forjó el Frente Nacional*, pp. 32.

113 DÁVILA, Andrés, *Democracia Pactada: El Frente Nacional y el proceso constituyente del 91*, pp. 69.

litar crea por decreto la ya citada Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia. La elección de sus integrantes ejemplifica de qué forma se asume, a partir de las elites, el problema de la violencia: pueden y deben participar en la reconfiguración del orden que supone la “política de entendimiento”, elementos “representativos” de los partidos conservador y liberal, de la Iglesia y las Fuerzas Armadas. Un grupo que dirige y controla el poder. Los campesinos, principales víctimas de la Violencia, carecen de “representante”.

Por otro lado Alberto Lleras, un mes antes de su elección como primer presidente del Frente Nacional, pronuncia un discurso en la ciudad de Medellín acerca de la esencia de este mismo. Mediante el uso de un tono conciliador, plantea que

“se ha elaborado un sistema civilizador que permitirá a los colombianos tener un gobierno bueno, equilibrado, justo, hasta tanto que las instituciones se fortalezcan y que la opinión nacional se libere de sus prejuicios y sus sectarismos”<sup>114</sup>.

Los momentos previos al inicio del Frente Nacional y aun sus primeros años gozan, entonces, de un espíritu “pacifista”, “reformista” y “conciliador”, que le permite a las elites reacomodar las reglas de juego. La aprobación a la política del Frente Nacional es incluso latente en un espacio cultural como el de la revista *Mito* en donde se leen, en el inicio del año de 1958, con ocasión de la celebración de los tres años de su circulación, frases como la siguiente: “Concluye al parecer una época en que cualquier expresión tenía que estar rodeada de reticencias (...) se presenta hoy un clima diferente y mejor. Esperemos que sean ahora posibles la discusión, la crítica, la oposición (...)”<sup>115</sup>. La felicidad, podría argumentarse, más que al inicio del Frente Nacional se asocia al fin de la dictadura. Entre tanto, el diccionario propio de los gestores del Frente Nacional se divulga con eficacia a partir de los medios de comunicación. La participación y la culpa de determinados actores en el proceso se juegan en espacios como, por ejemplo, los editoriales de los principales periódicos capitalinos. Al respecto, el periódico *El Siglo* el 11 de marzo de 1958, bajo el título de “La prudencia”, sostiene que es necesario

“(...) confiar a la historia la época lamentable que acaba de pasar. La Iglesia no tiene nada que temer. Ella condena el derrocamiento del gobierno legítimo y reconoce el hecho sin aprobar el origen ni solidarizarse con lo que cometa. Y como no teme a la verdad, en el debido tiempo

---

114 Cámara de Representantes, *Por qué y cómo se forjó el Frente Nacional*, pp. 193.

115 *Revista Mito*, No. 18, 1958, pp. 389.



abre sus archivos para que cada cual responda de su conducta (...) Y las historias falladas hay que mantenerlas cerradas, así como Dios no se acuerda de nuestros pecados absueltos. ¿Quién podría vivir si a cada paso lo estuvieran martillando con sus muchas y deshonrosas faltas? ¿Y qué se haría del precepto de perdonar las ofensas con la misma benignidad de Dios?”<sup>116</sup>.

Para Laureano Gómez, dueño del periódico y a la vez mentor del Frente Nacional, la participación de la iglesia no da lugar a polémica alguna. Del perdón de Dios a los pecados se debe pasar al olvido de la participación de la Iglesia en la Violencia. Junto a la “Prudencia”, otras palabras se agregan a la retórica del Frente Nacional. En defensa de la “política de entendimiento”, en un editorial titulado “Lo difícil se ha logrado” el mismo periódico sostiene que la consolidación de la política permitiría ya una comparación entre el ahora y el ayer: “...las formas de alta civilización que hoy estamos logrando contrastan vivamente con la reciente experiencia de barbarie y tiranía”<sup>117</sup>. Lo nuevo, a pesar de la imposición del olvido, es, entonces, la llegada de una “civilización” que se opone a la “barbarie”. El olvido se nutre de la imposibilidad de establecer culpables con nombre propio. Pero ello no quiere decir que no se inculpe, que no se haga referencia a un conjunto de culpables: en este caso la “barbarie” es también una forma de señalar a las masas de campesinos que se vieron envueltos en la tragedia.

En materia de “rehabilitación” se lleva a cabo en 1958 una segunda amnistía con el propósito de legitimar la lucha contra la dictadura del general Rojas Pinilla y condenar, a nombre del pacto del Frente Nacional, la prolongación de la misma. Sin embargo, dos años más tarde, el debate que anteriormente giraba en torno a la “amnistía” y la “rehabilitación” le abre paso a diferentes prácticas de “represión”<sup>118</sup>. Dados los altos niveles de violencia, se utilizan decretos y medidas de urgencia en las zonas del país que debido a la violencia permanecían bajo el Estado de Sitio. Tres de los temas que reciben discusión en los debates parlamentarios de la época ejemplifican un cambio de actitud: “autodefensas campesinas” para contrastar los ataques de “bandoleros”, “recompensas” por la captura de un “bandolero” y “pena de muerte” por los “crímenes atroces” primero, y el simple “abigeato” después, son todos propuestos y considerados como posibles soluciones efectivas para disminuir la violencia<sup>119</sup>. De una confrontación entre partidos

116 *El Siglo*, “La Prudencia”, 11 de marzo de 1958.

117 *El Siglo*, “La política de entendimiento”, 27 de marzo de 1958.

118 SÁNCHEZ, Gonzalo y MEERTENS, Donny, *Bandoleros, gamonales y campesinos*.

119 SÁNCHEZ, Gonzalo y MEERTENS, Donny, *Bandoleros, gamonales y campesinos*.

se pasa a una lucha entre el gobierno del Frente Nacional y los diferentes tipos de actores considerados bandoleros.

Vista en perspectiva –es decir unos años después de 1965– la retórica de “paz” y “reconciliación” y “prudencia” de la “política de entendimiento” contrasta con las 17.323 personas que se estima murieron entre los años de 1957 y 1962<sup>120</sup>. En materia de responsabilidades, la primera explicación dada por los laureanistas a la persistencia de la violencia consiste en hablar de una “herencia de la dictadura”, con lo que se inicia un desplazamiento de las culpas y los compromisos con lo ocurrido. La publicación del primero tomo del libro de *La Violencia en Colombia*, como ya se dijo, se convierte rápidamente en una amenaza al equilibrio de las “responsabilidades compartidas”. De ahí que el entonces ex presidente Mariano Ospina sostenga que

“No es el momento de entrar (...) en un análisis (...) de los orígenes y responsabilidades en esta materia, porque ese mismo debate dificulta la tarea pacificadora y en no pocas ocasiones se encamina a reavivar la lucha y a aumentar la exacerbación de los ánimos (...) La historia recogerá los hechos de los hombres y emitirá a su debido tiempo su veredicto justiciero (...) tratar de acumular exclusivamente sobre los demás todos los errores (...) no es tarea patriótica (...) Mucho más honrado, varonil y constructivo, es aceptar que todos nos hemos equivocado (...)”<sup>121</sup>.

La aceptación de la culpa, admitida ante el impacto ocasionado por la lectura del libro, se diluye en un “todos somos responsables” que impide cualquier posibilidad de esclarecimiento de los hechos. El juez es la historia. A su vez, la consolidación de una memoria hegemónica, dirigida por las elites, no se establece pasivamente. Muy por el contrario, se utilizan los medios de los que se dispone y, en particular, la prensa escrita. Una de las reacciones de mayor impacto frente al libro de Fals Borda, Umaña y Guzmán puede leerse en el periódico *La República* el día 4 de octubre de 1962, en donde se destaca la reunión que se llevará a cabo entre directores de diferentes periódicos colombianos con el objetivo de “movilizar a la opinión frente al fenómeno de la violencia”. Convocada por los directores de los cuatro diarios que se editan en Bogotá por aquél entonces (*El Tiempo*, *La República*, *El Siglo* y *El Espectador*), asistirían a la reunión 34 periódicos en representación de Antioquia, Atlántico, Bolívar, Boyacá, Caldas, Cauca, Cundi-

---

120 OQUIST, Paul, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, pp. 322.

121 *La República*, lunes 6 de agosto de 1962, pp. 12.

namarca, Magdalena, Nariño, Norte de Santander, Santander, Tolima y el Valle<sup>122</sup>. Un día más tarde, en el mismo periódico se lee la noticia de la aprobación “por unanimidad”, salvo en el caso del periódico tolimese *la Tribuna*, de una serie de propuestas presentadas por los directores de los diarios capitalinos para hacerle frente a la violencia. Acuerdan “evitar toda polémica sobre las responsabilidades que en la violencia hayan tenido los partidos políticos, dejándole el necesario juicio histórico a una generación menos angustiada y comprometida”. El control de las élites sobre el pasado y la “responsabilidad”, que desde ya permite ver cómo se estructura desde Bogotá hacia las regiones, se detiene, entonces, en un llamado al silencio sobre cualquiera que pueda generar fracturas en la consolidada “política de entendimiento”. Una repetición de lo dicho anteriormente por Ospina y Gómez.

Pero además se comprometen igualmente los directores y representantes de los periódicos a “calificar a los autores de violencia simplemente como malhechores y asesinos” y a no “asignarles ningún título político a los victimarios ni a las víctimas”<sup>123</sup>. La despolitización de las personas las reduce a la categoría de “asesinos” y sobre esa base se justifica la represión. La lucha, en el plano de la memoria, se da a partir del lenguaje y sus capacidades para representar. Pero no todos se pueden representar a sí mismos, y aún menos en el contexto de una cultura escrita que se impone sobre la oralidad. El control sobre las representaciones del otro y la imposición del olvido permiten pasar a las soluciones militares de los problemas políticos. El propio ministro Charry Lara, al disertar sobre la violencia

---

122 *La República*, 4 de octubre de 1962, pp. 13.

123 *La República*, 5 de octubre de 1962. Las propuestas redactadas por los periódicos capitalinos y aprobadas por el resto son las siguientes: “Total condenación de la violencia, cualquiera que sea su móvil y su origen”; “Evitar toda polémica sobre las responsabilidades que en la violencia hayan tenido los partidos políticos, dejándole el necesario juicio histórico a una generación menos angustiada y comprometida”; “Abstenerse de mencionar los nombres de los forajidos que continúan asolando campos y aldeas, a fin de que no logren el propósito de conseguir una infame celebridad”; “Reducir al mínimo la publicación de fotografías sobre episodios o hechos de violencia y proscribir totalmente la de hechos que atenten contra el pudor, la familia y las buenas costumbres, y las que directamente puedan contribuir a excitar las pasiones o a producir efectos nocivos en la niñez y la juventud”; “Calificar a los autores de la violencia simplemente de malhechores y asesinos”; “No asignarles ningún título político a los victimarios ni a las víctimas”. La lista de los periódicos que firmaron el acuerdo es la siguiente: *El Colombiano*, *El Correo*, *El Diario* (por Antioquia); *Diario el Caribe*, *El Heraldo* (por Atlántico); *Diario de la Costa*, *El Pueblo*, *El Universal* (por Bolívar); *Diario de Boyacá*, *El Oriente* (por Boyacá); *La Patria* (Caldas-Manizales); *Diario de Quindío* (Armenia); *El Diario*, *El Imparcial* (Pereira); *El Liberal* (Cauca-Popayán); *El Espectador*, *El Siglo*, *La República* (Cundinamarca); *El Diario* (Girardot); *El Informador*, *La Época* (Magdalena, Santa Marta); *El Derecho*, *El Radio* (Nariño); *Diario de la Frontera*, *La Opinión*, *Oriente Liberal* (Norte de Santander); *Diario de Santander*, *El Deber*, *El Frente*, *Vanguardia Liberal* (Santander); *El Crisol*, *El País*, *Occidente* (Valle).

anterior al año de 1962, plantea que era “(...) Preciso proceder sin juicios respectivos de responsabilidades ni pensar en cuales habían sido las causas del fenómeno que afronta Colombia, para llegar a un acuerdo sobre las cosas que se debían ejecutar inmediatamente, para cumplir con el propósito nacional de extirpar la violencia en todo el territorio de la República”. Ni las causas ni los responsables cobran relevancia, “(...) no importaba establecer cómo comenzó sino cómo se va a terminar con ella”. Y para ello, la prohibición de cualquier tipo de “idealización de los bandoleros”<sup>124</sup> era una necesidad. Se le dio, entonces, un uso al olvido: se lo instrumentalizó para acabar con las posibles causas sociales de la Violencia. Si a ésta no se le permitía tener causas que le dieran sentido y la explicaran, lo justo era acabarla por la fuerza.

Como era de esperarse, del lado de los inconformes no todo fue pasividad. Hubo quienes replicaron como es el caso de la revista *La nueva Prensa*, dirigida por Eduardo Zalamea, quien calificó de “auto-censura” la decisión tomada por los directores de los periódicos y saludó el gesto del director de *la Tribuna*, Flavio de Castro, quien afirmó que

“(...) lo que este periódico de provincia reclama es que no se autorice ni aplauda la extensión de la guerra, con sus imprevisibles consecuencias, so pretexto de buscar la paz (...) que no se imponga la extraña tesis de que el “orden” tiene que ser ineluctablemente un orden armado”<sup>125</sup>.

La configuración de la memoria de la Violencia evidencia las tensionantes relaciones que se tejen entre Bogotá y las regiones. Uno es el dictamen de la retórica del Frente Nacional y sus lineamientos y posturas frente a lo que debe ser el manejo del pasado, que evidentemente encontrará adeptos en otros lugares diferentes de Bogotá, y otra es la respuesta de las “provincias”.

No obstante las resistencias, unos años después –entre 1963 y 1965– el bandolerismo llegará a su fin. Los bandoleros serán aislados políticamente ante la deslegitimación por parte del Frente Nacional y la pérdida de apoyo del MRL<sup>126</sup>. En adelante, tras el asesinato de sus cabecillas y la imposibilidad que experimentan muchos de ellos para reformular una estrategia política coherente, son desintegrados por completo. En el momento en el que necesitan del apoyo campesino, optan por el desorden, los abusos y las agresiones, perdiendo, así, a su único y último aliado tras la pérdida del apoyo político que les proporcionaban los gamo-

---

124 *El Espectador*, Octubre 2 de 1962.

125 *La Nueva Prensa*, octubre de 1962, pp. 35.

126 SÁNCHEZ, Gonzalo y MEERTENS, Donny, *Bandoleros, gamonales y campesinos*.

nales. Para ese entonces, la retórica política del Frente Nacional habrá consolidado y ejercido una fuerte presión sobre la memoria de la Violencia a partir de la instrumentalización del sentido de su pasado.

### 3. La memoria prohibida

Frente a la Violencia no sólo no se crean tribunales para juzgar a los culpables o comisiones de la verdad para establecer los hechos sino que, según Pécaut, se impone el silencio y la mentira<sup>127</sup>. El pacto político que da inicio al Frente Nacional logró que la violencia estrictamente partidista y la lucha violenta por el poder disminuyeran, y permitió igualmente mantener a raya el peligroso control que ejercían los militares tras la dictadura del general Rojas Pinilla. Más allá de esas constataciones, no son muchos los libros que cuando analizan el Frente Nacional lo ponen en relación directa con las secuelas de la Violencia; dicho de otra forma, la memoria durante el Frente Nacional no ha sido un tema real en las agendas de investigación de las ciencias sociales.

El interés de los politólogos Jonathan Hartlyn –*La política del régimen de coalición: la experiencia del Frente Nacional en Colombia*– y Andrés Dávila –*Democracia pactada: El Frente Nacional y el proceso constituyente del 91*<sup>128</sup> por el Frente Nacional, por ejemplo, se encuentra más ligado al meticuloso análisis de la forma cómo las elites logran acuerdos que permiten adaptar el sistema político colombiano a sus cambiantes necesidades, evitando, así, que caiga en manos de militares que impedirían la consolidación de la democracia. El análisis se piensa hacia delante y no hacia atrás. El “pacto consociacional”, que es como se le dice en la politología a este tipo de acuerdo, tiene muchas más bondades que defectos. En ese mismo sentido, Francisco Gutiérrez plantea que la deslegitimación de los partidos políticos durante el Frente Nacional ocurre en parte debido a que se pasó por encima del “charco de sangre” que fue la Violencia al utilizar la retórica fundacional de la culpabilidad de la población –“todos somos culpables”<sup>129</sup>. Sin embargo, el análisis dirige en realidad la mirada hacia el Frente Nacional más que hacia su relación con la Violencia.

127 PÉCAUT, Daniel, “Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible” en *Violencia y Política en Colombia. Elementos de reflexión*, Hombre Nuevo Editores, 2003, Medellín, pp. 122.

128 HARTLYN, Jonathan, *La política del régimen de coalición: la experiencia del Frente Nacional en Colombia*; DÁVILA, Andrés, *Democracia Pactada: El Frente Nacional y el proceso constituyente del 91*.

129 GUTIÉRREZ, Francisco, *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia. 1958-2002*, Bogotá, Editorial Norma, 2007, pp. 105.

Acerca del Frente Nacional, quienes lo han estudiado plantean que tuvo dificultades para incorporar las necesidades sociales de los colombianos al proceso de modernización económica y estatal que promovió<sup>130</sup>, y asumen que el proceso político de institucionalización del bipartidismo frenó la consolidación de fuerzas políticas distintas del Partido Liberal y el Partido Conservador<sup>131</sup>. Frente a los nexos de causalidad entre el funcionamiento de un sistema político cerrado y el surgimiento de grupos armados y al margen de la ley, pocos son ya los que insisten en esa hipótesis<sup>132</sup>. Se sabe que la detención de la competencia política, la cual se enfrenta a altos índices de *abstención*, no impide la transformación de la sociedad colombiana. La modernización, no sólo política, sino cultural y económica, como lo señala Jorge Orlando Melo, irrumpe durante el Frente Nacional: lo religioso pierde poder sobre la socialización del individuo; la revolución educativa permite que la primaria se extienda a una parte significativa de la sociedad; se controla la natalidad; se configura un “mercado nacional cultural”, en donde la prensa, la radio y la televisión adquieren decisiva importancia nacional; se consolida una práctica científica continua y surgen las facultades de sociología, economía y historia, disciplinas académicas esencialmente modernas, “decisivas en la generación del discurso que configura la identidad nacional”<sup>133</sup>.

La consolidación del capitalismo, muy a pesar de los avances observados, no repercute en una mejora sustancial de las clases sociales menos favorecidas. Finalmente, se observa cómo los procesos de urbanización y diversificación social fueron ajenos a la estabilidad de los sistemas político y económico<sup>134</sup>. Las demandas sociales inherentes a la nueva estructura social no reciben respuesta estatal y, sin embargo, el capitalismo se inserta en la sociedad: las formas de producción precapitalista son eliminadas e incluso valores centrales de la economía capitalista (la iniciativa individual, la aceptación de reglas de la competencia

---

130 LEAL, Francisco, “Estabilidad macroeconómica e institucional y violencia crónica”, en *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*, IEPRI, Colciencias, TM Editores, Bogotá, 1995.

131 LÓPEZ DE LA ROCHE, *Izquierdas y cultura política. ¿Oposición Alternativa?*, Cinep, Bogotá, 1994.

132 Esta tesis puede leerse en el texto *Colombia: violencia y democracia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987. Para una crítica a esta misma idea y una aproximación al Frente Nacional a partir de una recopilación bastante densa de información, ver PÉCAUT, Daniel, *Crónica de dos décadas de política colombiana 1968-1988*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1989.

133 MELO, Jorge Orlando, “Algunas consideraciones globales sobre modernidad y modernización”, en *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*, Editorial Lealon, Medellín, 1992.

134 LEAL, Francisco, “Estabilidad macroeconómica e institucional y violencia crónica”, en *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*, IEPRI, Colciencias, TM Editores, Bogotá, 1995.

económica, el afán del lucro, etc.) penetran el campo. En síntesis, la Colombia del Frente Nacional difiere radicalmente de la de la Violencia. Lo que no quiere decir, de ninguna manera, que el problema de la memoria se haya resuelto.

La retórica política empleada por las elites para instaurar, legitimar y sostener la “política de entendimiento”, “reconciliación”, “paz”, “perdón” y “responsabilidades compartidas” crea un escenario particular en el que prácticamente se pierde la Violencia: como lo constataba Álvarez Gardeazábal en su comparación entre la novela de la Violencia y la de la Revolución mejicana, en el caso colombiano no hay héroes dignos de homenajes o batallas decisivas<sup>135</sup>. Las elites se cuidaron de no hacer alarde de sus posibles victorias. La Violencia desaparece de los manuales escolares y se convierte en una época “entre paréntesis”<sup>136</sup>, un momento que como ya se explicó se resiste a una integración en un relato histórico que permita darle un sentido. No hay ganadores y no hay perdedores, pero se hace creer que todos son culpables. La situación llega al absurdo de que un funcionario del Ministerio de Gobierno de Colombia declara en 1967 “archivo muerto” el correspondiente a 1949-1958, argumentando la simple pestilencia de los documentos<sup>137</sup>.

Al mismo tiempo, la noción de “la Violencia” se convierte en el relato más conveniente para que se impida acceder a un sentido esclarecedor de los hechos. Cuando se habla de “la Violencia” se deja de manifiesto que la misma no remite a un lugar, a un momento o a un sector de la población determinado. “La violencia”, en la medida en que en la provincia algunos actores suelen hablar de “guerra” o “revolución” es en realidad una palabra más del diccionario del Frente Nacional. Su imposición, prácticamente invisible, opera como la de las otras palabras: elimina el sentido que le dan las personas a sus propias experiencias. Hace referencia a la entrada en escena de una “barbarie” que no es posible integrar a lo social, como queda claro en la lectura que desde el poder se hace del 9 de abril, y de ahí que las elites socioeconómicas se encarguen de expandir su uso<sup>138</sup>. Bajo esa denominación, las elites pueden incluso ocultar muchas de las acciones de violencia promovidas sistemáticamente por ellas mismas. La vaguedad del término, tras el que se esconden la anarquía, la insurgencia, el terror oficial y la barbarie, es finalmente adoptada por las propias víctimas que en sus relatos hablan de una

---

135 ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo, “México y Colombia: Violencia y revolución en la novela”, *Mundo Nuevo*, No. 57-58, 1971, pp. 77.

136 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*.

137 SÁNCHEZ, Gonzalo, “Intelectuales, poder y cultura nacional”, en *Análisis Político*, No. 34, Bogotá, pp. 130.

138 PÉCAUT, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, Norma, 1987, pp. 553.

“potencia anónima”<sup>139</sup>, del gran sujeto histórico constatado por Carlos Miguel Ortiz en su libro sobre la Violencia en el Quindío<sup>140</sup>.

En ese mismo sentido, al comparar la forma como se le pone fin a las dictaduras del Cono Sur con la Violencia y la primeras amnistías decididas por el general Rojas Pinilla, Sánchez constata cómo a diferencia de la necesidad de recuerdo movilizadora por determinados sectores de la ciudadanía argentina en Colombia, hay necesidad pero de olvido para las memorias subordinadas y las acciones de los rebeldes derrotados militar y políticamente<sup>141</sup>. Mientras en las experiencias posdictatoriales el dilema es la recuperación de la palabra de los vencidos, en Colombia hay un pacto de silencio de los rebeldes y de las víctimas con los verdugos, que implica un costo alto para los rebeldes debido a que en la medida en que renuncian a la violencia política legitiman, a su vez, el régimen existente<sup>142</sup>. La amnistía, en este contexto, no es un pacto entre iguales y en realidad se da como una relación de subordinación: a partir de su idea de la refundación de la política, las elites se reservan al mismo tiempo el control sobre el pasado, aprovechando, como ya se dijo, que la palabra oral no valida la experiencia. Si la memoria de la violencia es campesina, también lo es en su mayoría iletrada: pocos campesinos tuvieron la oportunidad de dejar por escrito su propia versión de lo vivido.

En ausencia de una comisión de la verdad que permita negociar la forma como se hablará del pasado y el tipo de uso que se le dará, es el gobierno militar del general Rojas Pinilla el encargado de decretar una amnistía general e incondicional por los actos de guerra “cometidos por nacionales colombianos cuyo móvil haya sido el ataque al gobierno, o que puedan explicarse por extralimitación en el apoyo o adhesión a éste, por aversión o sectarismo políticos”<sup>143</sup>. Se le abre la puerta al perdón pero también al olvido. El pacto político de las elites impide el arrepentimiento y tras su reconciliación – “su autoamnistía” – las víctimas se someten a una sensación de “lucha fratricida sin sentido”, de vergüenza colectiva de la que “es mejor no hablar”<sup>144</sup>. Se consolida, entonces, una “memoria

---

139 PÉCAUT, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, pp. 552. Sostiene Pécaut que “la denominación entraña a su vez una violencia simbólica”, pp. 553.

140 ORTIZ, Carlos Miguel, *Estado y subversión en Colombia, la violencia en el Quindío años 50*.

141 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, pp. 90.

142 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, pp. 91.

143 SÁNCHEZ Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, pp. 104. A su vez, el autor retoma la cita de su texto “De amnistías, guerras y negociaciones” en SÁNCHEZ, Gonzalo y AGUILERA, Mario (eds.), *Memoria de un país en Guerra. Los Mil Días 1899-1902*, Bogotá, Editorial Planeta, 2001, pp. 333.

144 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, pp. 92.



prohibida”, en la que espacios para homenajes, placas, monumentos o “lugares de la memoria”<sup>145</sup> no afloran por ningún lado. Como si nunca hubiera ocurrido. Se diluyen sus dimensiones espaciales y de tiempo<sup>146</sup>. La imposibilidad de construir un discurso que la justifique permite que se imponga la versión de los mentores del pacto consociacional.

#### 4. La memoria de la Violencia como objeto de la historia

La memoria de la Violencia tiene, así, una enorme cantidad de aristas. Se sabe que hubo imposición de “olvido”, de “silencio” y de “mentiras”, pero sigue siendo un tema sobre el que habría que investigar a fondo. Nadie niega la participación de las elites en la configuración de la memoria, pero es imprescindible establecer diferenciaciones entre las mismas. Como se constató, es sencillo estructurar un relato general que permita explicar en qué consiste esa memoria de la Violencia y cuáles son algunas de sus características.

Pero la tarea no termina ahí. En realidad se abre todo un campo de investigación que permanece inexplorado. En estricto sentido no se puede hablar de una sociedad que olvida. Alguien siempre recuerda, algunos callan y otros se imponen. Hubo liberales y conservadores más comprometidos que otros con la retórica del Frente Nacional. Existieron grupos que se opusieron. Las tácticas de las elites, empleadas fundamentalmente a partir del control de los medios de comunicación, fueron en buena medida contrarrestadas por las resistencias de los que no querían y no podían olvidar<sup>147</sup>. De la participación de la iglesia en la Violencia y la configuración de su memoria poco o nada se sabe<sup>148</sup>. Las relaciones entre centro y periferia, en términos de una memoria hegemónica y otra subordinada o resistente, también permanecen ocultas.

Para avanzar habría, entonces, que pensar en considerar la memoria como objeto de la historia. Un paso que implica, antes que nada, reconocer el arduo

---

145 El término lo acuña NORA, Pierre, *Les lieux de mémoire* (7 vols.), Paris, Gallimard.

146 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, pp. 92.

147 Con respecto a los términos de “táctica” y “resistencia” en el plano de la historia cultural, ver ORTEGA, Francisco (ed.), *Pensar en público. La irrupción de lo impensado. Cátedra de estudios culturales Michel de Certeau*, Bogotá, editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2004.

148 El cura y también historiador Gustavo MESA ha emprendido la tarea para el caso específico de Antioquia en donde se sabe que la violencia fue intensa y la participación de la Iglesia decisiva. Ver: MESA, Gustavo, *Representaciones religiosas y la violencia en Antioquia, 1949-1953*, Medellín, 2006. Tesis para optar al grado de Maestro en Historia de la Universidad Nacional de Medellín (en prensa). A nivel nacional aún no se tiene un conocimiento exacto de la participación de la Iglesia en la violencia desatada en los otros departamentos.

debate que se ha dado con respecto a la memoria como objeto de estudio y sus relaciones con la historia.

## 5. Entre historia y memoria: ¿qué papel para la experiencia?

Como ya se advirtió anteriormente la vida no es la que uno vivió sino como uno la recuerda para contarla, sostiene Gabriel García Márquez en el primer tomo de sus memorias, lo que en términos antropológicos equivale a que “lo que se olvida y se recuerda no son los hechos mismos, tal como se han desarrollado, sino la “impresión”, el sello que han dejado en la memoria”<sup>149</sup>. El tema remite a las subterráneas negociaciones que se tejen en torno al tiempo: el pasado, a diferencia de la historiografía tradicional en la que se lo evoca como dato fijo, se transforma en *memoria* cuando es susceptible de reactivación en el presente, cuando podemos actuar sobre él con miras al futuro. Esa, puede pensarse, fue la motivación que llevó a que la primera fase de la Violencia (1946-1953) se viera acompañada de un auge en el número de vehículos de la memoria.

Ahora bien, en el ámbito de las ciencias sociales y en particular en su aplicación al caso colombiano y a su pasado y presente de violencia, el tiempo es un factor político<sup>150</sup>. Tzvetan Todorov advierte en ese sentido acerca las posibilidades de abuso en las que podemos caer a partir de la memoria<sup>151</sup>: demasiada memoria impide saldar cuentas con el pasado y posibilita, en el peor de los casos, nuevas y mayores confrontaciones. El *olvido*, como se desprende de lo anterior y lo reafirma Nietzsche, es, entonces, una *necesidad*. Si el presente se asume como presencia indefinida de las diferencias del pasado, no hay lugar para el futuro en términos de cambio. De otra parte, también es cierto que el olvido es una *estrategia*.<sup>152</sup> Obedece a la iniciativa de unos cuantos, no es “una función pasiva de la memoria, sino una operación activa sobre la misma”<sup>153</sup>. Así, cabe preguntarse:

---

149 La expresión es de AUGÉ, Marc, *Las formas del olvido*, Gedisa, Barcelona, 1998, pp. 22.

150 El debate en torno a la interpretación de la historia colombiana como una historia de violencias que, en ocasiones tiende a olvidar sus momentos de civilidad, puede rastrearse en el libro de POSADA CARBO, Eduardo, *La nación soñada*, Norma, Bogotá, 2006. Sostiene el autor: “En las páginas que siguen propongo, pues, un doble ejercicio. El primero tiene como finalidad controvertir el arraigado estereotipo que identifica nuestra nación sólo con la guerra y la violencia. El segundo quiere reivindicar las tradiciones liberales y democráticas del país, y sugerir en ellas los valores que han indicado, con marcada insistencia histórica, el curso de la nación soñada” (pp. 11).

151 Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona, 2000.

152 RICOEUR, Paul, *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1999, pp. 39.

153 SÁNCHEZ, Gonzalo, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, pp. 32.

¿qué se recuerda y qué se olvida, pero también, y quizás más importante, cuándo se recuerda y cuándo se olvida, quiénes lo hacen y cómo?

Más allá de la enorme cantidad de textos que se han escrito sobre la relación entre memoria e historia<sup>154</sup>, en concordancia con Henry Rousseau<sup>155</sup> es útil constatar que la memoria también tiene una historia y que en ese sentido oponer memoria e historia –en el supuesto clásico de que la historia es la que corrige a la memoria y la memoria se encuentra, en general, equivocada– no es muy conveniente. La creciente preocupación por los temas asociados a la memoria, se habla ya entre algunos conocedores de una *cultura de la memoria*<sup>156</sup>, parecería ocasionar un nerviosismo entre los que aún consideran que la memoria es “la creencia acrítica, el mito, la «invención» del pasado, muchas veces con una mirada romántica o idealizada del mismo” y la historia, por el contrario, constituye “lo fáctico, científicamente comprobado, de que «realmente ocurrió»”<sup>157</sup>. A pesar de los temores, el cambio en los paradigmas dominantes de las ciencias sociales ha hecho que un “giro subjetivo” permita emprender diversos trabajos asociados al tema de la memoria<sup>158</sup>. En ese sentido, es conveniente ir en contra de un posi-

---

154 La bibliografía acerca de la memoria es muy extensa. Ligada inicialmente a la historia de los “otros” y el trauma ocasionado por el holocausto y los regímenes dictatoriales, difícilmente se puede hoy dar cuenta de la mayoría de sus trabajos. Algunos de los más reconocidos -y que han sido utilizados para la elaboración de esta monografía- son los siguientes: AGAMBEN, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Pre-textos, Valencia, 2000; AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Alianza, Madrid, 1996; CONAN, Eric y ROUSSO, Henry, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Fayard, París, 1994; HALBWACHS, Maurice, *La mémoire collective*, Albin Michel, París, 1997; HALBWACHS, Maurice, *Les cadres sociaux de la mémoire*, Albin Michel, París, 1994; JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2002; LACAPRA, Dominick, *Escribir la historia, escribir el trauma*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005; LACAPRA, Dominick, *History and memory after Auschwitz*, Cornell University, Nueva York 2001; NORA, Pierre (dir.) (1984-1992), *Les lieux de mémoire (7 vols.)*, Gallimard, París; RICOEUR, Paul, *La memoria, la historia y el olvido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000; AUGÉ, Marc, *Las formas del olvido*, Gedisa, Barcelona, 1998; TZVETAN, Todorov, *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona, 2000.

155 ROUSSO, Henry, “Le poids de la mémoire”, en *Écrire l’histoire du temps présent*, CNRS Editions, París, 1992, pp. 105-133.

156 HUYSSSEN, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

157 JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Siglo Veintiún Editores, Madrid, 2001, pp. 56.

158 Para explicar el interés por la memoria el historiador de arte y profesor de literatura comparada, Andreas Huyssen, nos remite a los años posteriores a la década de los 60, en donde como consecuencia de la descolonización y los nuevos movimientos sociales se impone la búsqueda de tradiciones alternativas, la historia de “los otros”. Surgen así historiografías paralelas y revisionistas, y se asume una “recodificación del pasado”. Acto seguido, en los años 80, el debate sobre el Holocausto que se inicia en Europa y los Estados Unidos revive el *trauma* y sus

tivismo extremo en el que lo “fáctico” se identifica con la existencia de pruebas materiales que comprueban que “algo ocurrió” y conduce al desecho de las subjetividades de los actores, de sus creencias, sentimientos, pulsiones y deseos; una postura que en últimas conduce a la negación de la memoria. No obstante ello, el objetivo tampoco es el de caer en una postura subjetivista que conduzca a la confusión entre memoria e historia<sup>159</sup>.

La memoria sí es diferente de la historia: es parcial, omite, inscribe o almacena. Por el contrario, la historia “tiene una pretensión objetivadora y distante frente al pasado”<sup>160</sup>. Si se retoman, entonces, tres de las formas habituales en que se suele analizar las relaciones entre memoria y historia: la memoria como recurso para la investigación, el papel de la investigación histórica en la corrección de memorias equivocadas o falsas y la memoria como objeto de investigación<sup>161</sup>, quizás sea esta última la que más convenga al caso de la Violencia. En ese sentido, Peter Burke estima que el historiador debe acercarse al tema de la memoria, asumiéndola como “fenómeno histórico”. Tres son las preguntas que, en su opinión,

---

implicaciones, lo que genera el inicio del *boom* de la literatura asociada al trauma: genocidio, SIDA, abuso sexual, esclavitud y otros tantos fenómenos del pasado reaparecen a partir del tema del Holocausto, convertido en “metáfora de otras historias traumáticas y de su memoria”. Pero, además, plantea Huyssen que asistimos a un momento en el que el pasado es también objeto de culto y mercantilización: se restauran centros urbanos, pueblos y paisajes devienen museos, la moda retro de impone, la nostalgia, las memorias y las novelas históricas se comercializan, se difunden prácticas de la memoria centradas en la fotografía, etc. Por ello, presenciamos una “cultura de la memoria” que indica un cambio en la percepción de la temporalidad: contrario a la modernidad y su obsesión por el futuro, nuestro tiempo indicaría una gran preocupación por asumir el pasado: una “cultura de la memoria” que es política en casos como el de Ruanda, Nigeria, Sudáfrica y las postdictaduras latinoamericanas, y otra que obedece simplemente al *marketing* de la industria cultural occidental. Vende más el pasado que el futuro o el presente. Ver HUYSEN, Andreas, “En busca del tiempo futuro”, en *Revista Puentes*, No. 2, Argentina, 2000.

159 Es lo que con otros términos el historiador Dominick LACAPRA al hacer el balance de las posturas positivistas y posmodernas sobre la historia y su relación con la crítica literaria denomina “el modelo autosuficiente o documental”, según el cual “reunir pruebas y hacer aseveraciones referenciales con forma de reivindicaciones de verdad fundamentadas en esas pruebas son las condiciones necesarias y suficientes de la historiografía”; su contrario, el enfoque “constructivista radical”, sería aquél que plantea que “las aseveraciones que entrañan una reivindicación de verdad incumben en el mejor de los casos a los acontecimientos y tienen una importancia limitada, incluso marginal. Por el contrario, lo esencial son los factores preformativos, figurativos, estéticos, retóricos ideológicos y políticos que “construyen” las estructuras –relatos, tramas, argumentaciones, interpretaciones, explicaciones- en las cuales las aseveraciones están incluidas y de las cuales extraen su sentido e importancia”. Ver LACAPRA, Domonick, *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, pp. 27.

160 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Memoria, historia y guerra*, pp. 24.

161 JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2002, pp. 63.

se deben hacer para llevar a cabo un ejercicio de “historia social del recuerdo”: 1. preguntar por las formas de transmisión de los recuerdos públicos y su cambio en el tiempo; 2. establecer los usos de esos recuerdos del pasado; 3. establecer, finalmente, los usos del olvido<sup>162</sup>.

En el caso que nos ocupa -la historia de la memoria de la Violencia y, en particular, de la primera fase de la misma (los gobiernos conservadores de Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez)-, los vehículos de la memoria son el material que puede utilizarse de entrada para abordar el reto. Se trata de darle la voz a la *experiencia*, de la que se nutren las novelas testimoniales o históricas, los diarios y los libros de historia conservadores escritos todos a partir de la legitimidad que otorga el haber vivido lo narrado. En la medida en que el objetivo no es el de corregir las memorias falsas o narrar “lo que realmente ocurrió”-no se trata acá de realizar una historia más de la Violencia-, el aporte que se quiere hacer radica en la pregunta por la forma cómo se construyen determinadas memorias convertidas en textos narrativos que circularon, permanecen inéditos o fueron prohibidos, y la pregunta por el contexto -necesariamente conflictivo- en el que tuvieron que desplegarse. Privilegiar una determinada experiencia sobre las demás no es, así, el sentido del ejercicio; muy por el contrario, de lo que se trata es de hacer visible la forma como unas y no otras experiencias se imponen sobre las demás.

Como se pudo ver en el capítulo anterior la experiencia a la que remiten los vehículos de la memoria se encuentra mediada por la subjetividad. En ese sentido, se está ante una “verdad” que por lo personal no suele ser objeto de conocimiento. Para serlo necesita ser reconocida. Entre tanto, lo que puede observarse es una infinidad de *verdades* que luchan por imponer su propio relato sobre el de los demás.

## 6. De las diversas “verdades” a las políticas de la identidad

Escrito en 1953 por Alfonso Hilarión, por ejemplo, *Las Balas de la ley* es quizá uno de los textos de la novela de la Violencia más emblemáticos por revelar las representaciones del Partido conservador, cuando la mayoría de novelas son liberales, y por defender abiertamente la labor de la Policía y de los chulavitas en los hechos de violencia ocurridos en el departamento de Boyacá. Sostiene su autor en un acápite de la novela titulado “Sin prólogo” que su lealtad a la institución, “en los días en que todo fue incierto para la república”<sup>163</sup> fue “castigada con la más

162 BURKE, Peter, *Formas de historia cultural*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

163 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Balas de la ley*, Editorial Santafé, Bogotá, 1953, sin número de página.

implacable campaña de tergiversaciones y calumnias por parte de la prensa secundaria, y por obra y arte de mentirosos corresponsales, del sencillo y honrado ciudadano que soy, pasé a figurar como “el más famoso bandolero que pisara tierra boyacense” (s.p); de acá que, “Para volver por mi nombre y por el de mis amigos, para probar cómo fueron pavorosas calumnias las intervenciones de senadores y representantes liberales desde la más alta tribuna de la república, he escrito este libro, *en donde aparecerá diáfana la verdad*”. Se está ante la verdad del policía y también militar que le dedica su libro “de todo corazón” a los “conservadores de Colombia, y en especial a las Fuerzas Armadas de la República”, a las que tuvo “el honor de pertenecer”.

Como éste, en la solapa del relato titulado *Sangre*, escrito por Domingo Almoiva en 1953 con la intención explícita de denunciar los atropellos de los chulavitas, se lee lo siguiente: “El título de la obra que hoy damos a la publicidad nos los dice todo. Ella fue inspirada por los últimos acontecimientos político-sociales que aun nos conmueven. Se puede decir que es la condensación fiel de la desesperación y la angustia de los últimos años. *No creemos que sobre este tema se haya escrito obra más realista*...Un relato histórico y geográfico en el que se nos muestran todas las manchas que amenazaban acabar con el mapa”<sup>164</sup>. El libro, que se presenta como novela, apela a la fidelidad y a su naturaleza de relato histórico. En el prefacio se incluye el “fragmento de una carta” en el que su autor dice haber escapado de quienes lo perseguían; y sostiene: “Te escribo después de haber ordenado los manuscritos y documentos que prometí enviarte, y que adjunto a esta correspondencia (...) hay algo que conforta mi resignación [de no leer la obra], y es el pensar que con ayuda de estas noticias, podrás hacer conocer algún día esta ignorada e injusta historia de la violencia (...)”. Se pone en juego un “dar a conocer” que se relaciona con la violencia rural y su desconocimiento o negación en las ciudades.

Otros, como el libro *El exiliado*, escrito entre el 25 de noviembre de 1952 y el 20 de marzo de 1953, abren con una dedicatoria como la siguiente: “Dedico este libro a los doctores Alfonso López, Eduardo Santos y Carlos Lleras Restrepo, como testimonio de mi emocionada admiración y aprecio político personal”. Se trata acá, como en otros casos, de una dedicatoria dirigida a las instituciones tradicionales; en este caso los dirigentes del Partido Liberal, pero en otros bien pueden ser las fuerzas del orden o los directores del Partido Conservador. La verdad que defiende es también la verdad de las instituciones que representa.

---

164 ALMOVA, Domingo, *Sangre*, Editorial Bolívar, Cartagena, 1953.

Ramón Manrique, en su novela *A sangre y fuego*, incorpora en la solapa del libro, como nota del editor, la idea de que "...con el relato de *la verdad desnuda* abre un tremendo interrogante, cuya respuesta es obvia. Es un libro escrito con sentido de responsabilidad. Parcela a los actores del drama en dos corrientes: la formada por el idealismo liberal herido que achacaba a los conservadores la responsabilidad del crimen, y la integrada por las irresponsables fuerzas suburbanas sin partido, en cuyas almas hizo explosión el subfondo de malas pasiones que yacen dormidas o frenadas en lo profundo de los sentimientos del pueblo latino-americano". Hay todo tipo de "verdades" y éstas denotan el tipo de representaciones que las personas se hacen de aquéllos a quienes consideran "diferentes". En este caso, se estima que las razas colombianas "proviene[n] de bárbaras y no muy remotas regiones de la Historia que solo esperaban la varita mágica de la demagogia para despertar su ordinariez, su fetichismo, su lujuria y su ignorancia (...)"<sup>165</sup>.

Lo mismo ocurre desde el plano de la memoria conservadora que se erige a partir de los relatos que se presentan como libros de historia escritos por políticos, y ya no necesariamente víctimas o combatientes, que participaron en los hechos de violencia. La obra, fundamental entre los que se conocen, *La batalla contra el comunismo en Colombia. Capítulos de historia patria, que deben ser faro y brújula para las futuras generaciones de Colombia* del ex representante al Congreso, ex senador de la República y entonces Diputado a la Asamblea Nacional Constituyente en 1956, José María Nieto Rojas, insiste como cualquier otro en la veracidad de su escrito:

"(...) aspiramos a escribir una obra de carácter histórico, *no hemos ahorrado esfuerzos por allegar todos aquellos documentos que pongan en evidencia la verdad de nuestros asertos*, y nos preserven aún de sospecha de parcialidad en la narración de los hechos presentados. Bien convencidos estamos de que para enseñar o defender la verdad es necesario poseerla, y de que no podríamos estar seguros de esto si no tenemos a nuestro alcance la prueba plena, capaz de resistir la crítica de los más hábiles impugnadores"<sup>166</sup>.

---

165 MANRIQUE, Ramón, *A sangre y fuego (Un dramático reportaje del 9 de abril en toda Colombia)*, Librería Nacional, Barranquilla, 1948, sin página.

166 NIETO ROJAS, José María, *La batalla contra el comunismo en Colombia. Capítulos de historia patria, que deben ser faro y brújula para las futuras generaciones de Colombia*, Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1956, pp. 6.

En el mismo año, como consecuencia de sus labores de Secretario General de la Presidencia de la República en el gobierno de Ospina Pérez, Rafael Azula Barrera publica su libro *De la Revolución al orden nuevo. Proceso y drama de un pueblo*, el que se presenta como libro de historia –su nombre va acompañado de la etiqueta de “Miembro Correspondiente de las Academias Colombianas de Historia y de la Lengua” – y se escribe con el objetivo manifiesto de reinterpretar, desde una lupa enteramente conservadora, los hechos de violencia ocurridos desde el inicio de la República Liberal en 1930. Sobre el mismo, nos dice en el prólogo el ex presidente de la Academia Colombiana de Historia, Luis Martínez Delgado, que

“Desde su alto cargo de Secretario General de la Presidencia de la República, bajo el gobierno del doctor Ospina Pérez, pudo observar Azula Barrera el desarrollo de muchos sucesos recientes de nuestra historia y participar en varios de ellos como protagonista. La importancia de su libro, desde el punto de vista histórico, reside, entre otras cosas, en que el autor vivió su propio relato y lo transmitió a la posteridad con cálida elocuencia”<sup>167</sup>.

La situación, aun en el Frente Nacional, se repite. A pesar del pacto político que le pone fin a la Violencia estrictamente partidista, se siguen publicando libros que tienen entre sus objetivos primordiales “contar la verdad”. Para Francisco González, en su obra *Bienaventurados los rebeldes*, “es la hora de confesiones dolorosas, porque *es la hora de la verdad*”<sup>168</sup>. Donaro Cartagena en *Una semana de miedo* se dirige a los “hombres capaces de Colombia” en el acápite titulado “A los lectores”, y sostiene que quiere “mostrar un suceso verídico y de los menos horrorosos que acontecieron en Colombia en una época de terror, de sangre (...)”<sup>169</sup>. En *Sangre campesina*, Fernando Arias plantea en el prólogo que algunos personajes del libro son “entes imaginarios mientras otros tienen vida real y actúan en escenarios conocidos. No es extraño entonces que frente a estas páginas algún lector crea que se mezclaron acaecimientos verdaderos con materiales de la fantasía”<sup>170</sup>. Por su parte, Tulio Bayer en *Carta a un analfabeta*, admite que nadie

---

167 AZULA BARRERA, Rafael, *De la revolución al orden nuevo. Proceso y drama de un pueblo*, pp. XIII.

168 GONZÁLEZ PATIÑO, Francisco, *Bienaventurados los rebeldes*, Bibliográfica colombiana, 1958, pp. 11-12.

169 CARTAGENA, Donaro, *Una semana de miedo*, Editorial El libertador, Medellín, pp. 3; No tengo fecha.

170 ARIAS RAMÍREZ, Fernando, *Sangre campesina*, Tercera Época Vol. 24, Manizales, 1965.



quiso publicar su obra, ni en Colombia ni afuera, por lo cual a aquél que lo hizo “le cede los llamados “derechos de autor” (...) “hasta la aparición universal de un sistema político que haya sido capaz de borrar el antagonismo irreconciliable que existe entre la verdad y los peligros de su difusión”<sup>171</sup>. Unos años antes, en 1959, en su reconocida novela histórica *Carretera al mar*, ya había hecho una nota de “advertencia” que hacía eco a los llamados a la “veracidad” de otros escritores: “Todo intento de identificar personajes de esta novela con personas de carne y hueso, vivas ó muertas, y acontecimientos relatados aquí con sucesos de la Historia colombiana, corre por cuenta y riesgo de los lectores”; el libro “garantiza” únicamente tres cosas:

“Una aldea de Antioquia que un tiempo fue muy desdichada; un pueblo que hoy como ayer lucha por recuperarse de su larga ruina; Y una carretera que centenares de seres humanos desearon ver atravesando la selva, húmeda y alta, y el extenso pantano. Y que hoy llega hasta el Mar”<sup>172</sup>.

En síntesis, los vehículos de la memoria tienen la particularidad de que pretenden movilizar una determinada verdad. Una lectura atenta a sus prólogos, solapas, notas introductorias, dedicatorias y epílogos evidencia una diversa cantidad de “verdades”, que más allá de participar en la lucha por la imposición de sentidos, suponen también la idea de defender, reivindicar o imponer una determinada *identidad*: “soy lo que creo” parece ser la consigna. En ello radica, en últimas, la necesidad de publicar el relato y el sentido mismo de la idea de la memoria como campo de lucha. Se está en una batalla de representaciones, en la que la prensa escrita y los medios radiales juegan un papel primordial, y se está, entonces, en un proceso de afirmación o reafirmación de las identidades. Casos como el del ex policía conservador Hilarion Sánchez –autor de *Las Balas de la ley*–, quien ya en su prólogo afirma que escribe para contrarrestar la imagen de bandolero que de él ha creado la prensa liberal, corroboran la idea.

De ahí también la cantidad de textos que irrumpen de un momento a otro con la intención de narrar lo vivido. El hecho de que en más de un ocasión se le dedique el libro al partido político al que se pertenece, a la religión católica o a las instituciones del orden no es gratuito. Cada quien escribe desde un lugar determinado que le da o le quita autoridad para hablar: el diario del guerrillero liberal Saúl Fajardo que estudiaremos en el siguiente capítulo se encuentra, de entrada,

---

171 BAYER, Tulio, *Carta a un analfabeta político*, Ediciones Hombre Nuevo, Medellín, 1968, pp. 9.

172 BAYER, Tulio, *Carretera al Mar*, Editorial Iqueima, Bogotá, 1960, s.p.

desautorizado por los múltiples libros de historia que sí fueron publicados y divulgados por los conservadores.

Así como Chartier estima que las identidades se construyen como resultado de “una relación forzada entre las representaciones impuestas por aquellos que poseen el poder de clasificar y designar la definición, sumisa o resistente, que cada comunidad produce de sí misma”<sup>173</sup>, los sujetos que viven la Violencia como víctimas, victimarios o testigos participan de la contienda a partir de sus vehículos de la memoria. Algunas personas, más que defender su identidad, le imponen la que consideran necesaria a los demás haciendo uso de su autoridad y poder para representar. Es el caso, bastante emblemático de lo que fue la participación de la Iglesia durante la época de la Violencia, del obispo de la diócesis de Santa Rosa de Osos Miguel Ángel Builes. En el diario inédito que el obispo llevó durante los años de la primera fase de la Violencia –que también se retomará en el siguiente capítulo– se vislumbra con mayor claridad en qué consiste la importancia del poder que confiere la palabra escrita respaldada por una autoridad dominante como lo era, para la época, la Iglesia católica. Las ideas del obispo, brevemente esbozadas en su diario, adquieren poder para representar –el poder simbólico– en la modalidad de las pastorales. Éstas, a su vez, no solo son publicadas en diversos periódicos, sino que además su lectura en las parroquias y determinadas instituciones eclesiásticas y educativas deviene obligatoria.

## 7. Moraleja y orden social: crisis en el orden simbólico

El filósofo canadiense Richard Taylor plantea que cuando se dice “mis valores soy yo” se está poniendo de relieve la estrecha conexión que se teje entre identidad y moral<sup>174</sup>. Esa es todo el tiempo la relación que se observa entre los vehículos de la memoria y sus diversos autores. La imposición de representaciones practicada por el obispo Miguel Ángel Builes en realidad es una reafirmación de sus propios valores. A partir de éstos, el obispo se permite controlar el orden social que defiende. Es así como reniega de las “músicas negras” y las “canciones sucias”, que junto con el cine constituyen “un mal social”<sup>175</sup>. La música y el cine, convertidas

---

173 CHARTIER, Roger, “El mundo como representación” en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona, 1998, pp. 57. La identidad debe ser vista como una imposición, como una categoría inserta en relaciones de poder. En ese sentido, la identidad no puede reducirse a una única dimensión. La identidad es una construcción nunca acabada y un concepto relacional: se construye en relación con el “otro”, el igual y la autoridad.

174 TAYLOR, Charles, *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona, 1992.

175 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, Manuscrito sin publicar, Archivo Diocesano, 1950, pp. 656.

en prácticas disociadoras y potencialmente peligrosas, amenazarían las costumbres y “formas de hacer” defendidas e impuestas por la Iglesia católica.

Como lo planteara el historiador británico E.P. Thompson en sus estudios sobre la clase trabajadora<sup>176</sup>, la moral remite a las costumbres –en francés moral viene de *moeurs* y traduce costumbres– y ésta implica un campo de contienda y cambio, y no necesariamente de permanencia<sup>177</sup>. En las costumbres y en la moral se lee lo que es “bueno”, “justo” o “bello”, y es de esa manera que las identidades de las personas se diferencian entre sí: “somos lo que valoramos”. Ahora bien, varios ejemplos se han esbozado hasta el momento de cómo en los relatos escritos por las personas que vivieron la Violencia prima una postura “maniqueísta” en la que “buenos” y “malos” suelen aparecer ligados a unas moralejas que sirven de ejes conductores. En realidad, puede sostenerse, se está ante *discursos morales* pensados para movilizar representaciones sobre lo “bello”, lo “bueno” y lo “justo”.

En síntesis, en vez de desechar un conjunto de fuentes que podrían estar evidenciando un aspecto importante de la sociedad colombiana de los años cincuenta, la pregunta que habría que formular –aun cuando su respuesta puede parecer obvia– es la siguiente: ¿por qué durante la primera fase de la Violencia (1946-1953) el discurso moral se incentiva? Al respecto, Sonya Rose plantea que la *moralidad*, entendida como la voz de nosotros mismos como miembros de una comunidad que practican un mismo idioma<sup>178</sup>, se elabora en una lucha por el poder simbólico, vale decir, el poder para establecer categorías sociales, grupos y visiones particulares del mundo social. Constata la autora que la intensidad del discurso moral crece cuando establecer una unidad o una identidad llega a ser en especialmente importante para una comunidad; cuando las percepciones de la diferencia y la diversidad son particularmente problemáticos. La guerra sería uno de esos momentos. Lo mismo ocurre, podría decirse, durante la primera fase de la Violencia.

Durante dicha fase tiene lugar el cambio de gobierno o la subida al poder de los conservadores, tras 16 años de ininterrumpido poder liberal, lo que ocasiona hechos de violencia en diversas regiones; es asesinado el líder liberal,

---

176 THOMPSON, E.P., *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995; ver también Margarita Garrido, “Vida cotidiana en Cartagena en el siglo XVII”, sin publicar.

177 Sostiene Thompson que “lejos de tener la permanencia fija que sugiere la palabra ‘tradición’, la costumbre era [en la cultura plebeya] un campo de contienda, una palestra en la que intereses opuestos hacían reclamaciones contrarias”, pp. 18-19.

178 ROSE, Sonya, “Cultural Analysis and Moral Discourses. Episodes, Continuities, and Transformations” en *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, BONNELLE, V., HUNT, Lynn (Eds.), University of California Press, 1999, pp. 231.

Jorge Eliécer Gaitán, que produce una movilización de seguidores que termina por prender las alarmas de los líderes del partido conservador y aún por lo menos hasta 1949, de los líderes del partido liberal, fecha en la que el gobierno de Unión Nacional llega a su fin; inician las guerrillas de autodefensa liberales, asociadas en su mayoría al año 1949, y comienzan entonces los enfrentamientos contra la policía conservadora desplegada para reducir las oportunidades electorales de los liberales y para apaciguar los ánimos de la naciente “revolución”. Cada uno de estos eventos desencadena, a su vez, el surgimiento y resurgimiento de diversas identidades: surgen los “nueveabrileños”, que es como se le conoce a las personas que ante el asesinato de Gaitán iniciaron un proceso de revuelta en varios lugares del país; los “chulavitas”, designa a la policía conservadora que se nutre en su mayoría de personas nacidas en la vereda de Chulavita, ubicada en el municipio de Boavita del ultraconservador departamento de Boyacá<sup>179</sup>; las guerrillas de autodefensa liberales que inicialmente reciben el apoyo de las directivas del partido y posteriormente se desarticulan –no todas, pero el ejemplo insigne lo constituyen las guerrillas del Llano– ante la primera amnistía declarada por el gobierno del general Rojas Pinilla; y aparecen los primeros grupos de “cuatrerros”, que posteriormente serán apodados simplemente “bandoleros”. Entre estos grupos, es obvio, habrá todo tipo de luchas simbólicas por la diferenciación.

En síntesis, durante la primera fase de la Violencia el país entra en *una crisis en el orden simbólico*, que obliga a una disputa por la redefinición de las fronteras de la moral y con éstas los valores básicos que dan cohesión al orden social y las amistades/enemistades que permiten la conformación de las colectividades y las referencias básicas a un “nosotros” que se opone a un “ellos”. Con esta hipótesis, en el siguiente capítulo se analizarán dos novelas de la Violencia y dos diarios, escritos por dos conservadores y dos liberales. El objetivo es el de ejemplificar la lucha por las representaciones durante la primera fase de la Violencia.

---

179 Acerca de los chulavitas, a pesar de que es muy poco lo que se conoce, Mariana DELGADO llama la atención en su trabajo sobre el discurso político partidista en Boyacá frente a la existencia de una serie de monografías de grado realizadas por la Facultad de Ciencias de la Educación -UPTC-, en las que, pese a la ausencia de un marco teórico claro, pueden encontrarse referencias a fuentes testimoniales normalmente desconocidas. Ver DELGADO, Mariana, *El discurso político partidista en Boyacá 1930-1940*, Ediciones Uniandes, Colección Prometeo, Bogotá. 2005, pp. 135.

## CAPÍTULO 3

### DISCURSOS MORALES

En este capítulo se trabajará a partir del diario del obispo de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes –titulado *Mi diario*–; la novela histórica del cura párroco Blandón Berrío, titulada *Lo que el cielo no perdona*; el testimonio del policía conservador Hilarión Sánchez, *Las balas de la ley*; y el diario-testimonio del guerrillero liberal Saúl Fajardo, *Memorias de un pobre diablo*. Se escogieron representaciones antagónicas con el objetivo de hacer visible la lucha que se libra por la imposición de sentido. Los textos del obispo y del policía relatan la visión del conservadurismo y se oponen a los del cura párroco y el guerrillero, en los cuales la visión liberal de los hechos narrados es evidente. Las preguntas que guían su lectura, las que, a su vez, se desprenden de la pregunta más general por la forma cómo se le da sentido a lo vivido, son las siguientes: ¿Qué tipo de identidad es defendida por el autor en su escrito? ¿Quién es el “otro” y cómo lo juzga? ¿Qué valores emplea para hacerlo? ¿Qué orden social defiende?

#### 1. La importancia de la prensa

Como lo sostiene Perea, “en la década de los 40, y quizás de ahí para atrás en el conjunto de la vida política del país, los diarios constituyen los órganos de difusión del pensamiento político”<sup>180</sup>. Agregaría a esa afirmación una segunda hipótesis, corroborada por la lectura de las fuentes: la prensa es aun más importante en la década del cincuenta, en donde su circulación, aunque restringida, ya no sólo se limita a los pequeños centros urbanos que la impulsan en la década de los años veinte<sup>181</sup>. Es en gran parte gracias a ella que se libra una batalla por las

---

180 PEREA, Carlos Mario, *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*, Editorial Santillana, Bogotá, 1996, pp. 26.

181 Ricardo ARIAS sostiene en su libro de historia cultural de los años veinte que “El analfabetismo, la pobreza, las protuberantes deficiencias en las vías de comunicación, la censura eclesiástica, eran factores que obstaculizaban del desarrollo del periodismo y que impedían su masificación. La prensa se encontraba limitada geográficamente y socialmente: concentrada en ciertos espacios, sobre todo urbanos, se dirigía casi exclusivamente a una reducida minoría, capacitada para comprender

representaciones. Sin el tipo de prensa que prevalece durante los años cincuenta la divulgación de las representaciones que moldean las identidades de los actores habría sido diferente y quizás menos traumática: es en la prensa en donde se inscriben las formas de nombrar y de ser nombrado.

No todos tienen acceso a ella de la misma manera. Hay quienes pueden escribir y hay otros que no pueden leer. Circula con lentitud, a los pueblos más retirados se demora en llegar, y durante la Violencia se encuentra asediada por la censura. A pesar de que éste es uno de los temas que menor número de investigaciones ha promovido, sabemos hoy que entre 1949 y 1957 la censura se hizo presente tras la relativa libertad de prensa que existió entre 1910 y 1949 –interrumpida por una censura previa entre julio y octubre de 1944 y siempre en relación con la presión no oficial de la Iglesia, que reiteraba la prohibición de lectura a uno y otro periódico liberal, bajo penas de excomunión. La censura arranca exactamente el 9 de noviembre de 1949, cuando el presidente Mariano Ospina Pérez, en desarrollo del artículo 121 de la Constitución, decretó la censura previa de la prensa y la radio, y se prolonga hasta 1957. Entre tanto, los periódicos fueron también objeto de una serie de ataques: en septiembre de 1952 se produjo el asalto y el incendio de los periódicos liberales *El Tiempo* y *El Espectador* durante el gobierno de Roberto Urdaneta Arbeláez; en 1953 el gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla cerró los periódicos conservadores *El Siglo* y *el Diario Gráfico*, y en 1955 el turno fue para *El Tiempo* y *El Espectador*<sup>182</sup>.

Un interesante archivo que reposa en la sala de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Luis Angel Arango bajo el nombre de “Archivo personal de Carlos Lleras Restrepo”, conserva un sugestivo artículo escrito en 1952 por el presidente de la Comisión de Prensa de la SIP –Sociedad Interamericana de Prensa–, Jules Dubois, quien visitó el país tras la censura oficial impuesta por Mariana Ospina Pérez. Sostiene en su informe el investigador que en Colombia hay periódicos liberales y conservadores; pero que no los hay independientes; que la prensa sólo expresa un punto de vista partidista, aunque no se priva de censurar a su propio partido; y que por regla general existe por lo menos un periódico conservador y uno liberal en cada una de las ciudades grandes de la Nación. Con respecto a

---

la dimensión de los debates culturales y políticos que se ventilaban en periódicos y revistas”. Ver ARIAS, Ricardo, *Los leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2007, pp. 251.

182 Al respecto ver el excelente artículo de Jorge Orlando MELO, “La libertad de prensa en Colombia: su pasado y sus perspectivas actuales”, el que se puede consultar –junto con la mayoría de los artículos escritos por el historiador– en la siguiente dirección electrónica: <http://www.andiarios.com>

Bogotá, sostiene que el periódico *El Tiempo* lo publica Eduardo Santos y lo edita Roberto García Peña con una circulación de 150.000 ejemplares diarios; *El Espectador* lo publica y edita Gabriel Cano con una circulación de 70.000 ejemplares diarios; y *El Siglo*, que es el periódico conservador que se considera el órgano oficial de partido, pertenece a Laureano Gómez y lo edita su hijo Álvaro Gómez, con una circulación de 40.000 ejemplares y junto a un tabloide vespertino titulado *Diario Gráfico*, el que publica desde 1947.

Sobre la censura informa que se llegó a los excesos de suspender la circulación de un suplemento literario que previamente había sido aprobado por el censor; se prohibió la publicación –sin importar el motivo– del nombre del doctor Gilberto Alzate Avendaño, se prohibió la publicación de cartas dirigidas al presidente o al ministro de gobierno en las que se protestaba por la censura, y se prohibió la publicación de información sobre el envío de dichas cartas; así mismo, la publicación de un poema de Rafael Alberti, la publicación de la palabra “paz” y a los diarios liberales, ciertas informaciones hasta que no hubieran sido publicadas en el diario *El Siglo*. Dubois, al terminar su investigación, envía un telegrama desde Panamá, ya que desde Colombia se lo impiden, al *Chicago Tribune* del que resaltan las siguientes conclusiones: “En ninguna parte de todo el Hemisferio Occidental, existe, hoy por hoy, una censura más caprichosa políticamente ni más arbitraria comercialmente”, refiriéndose a la libertad de la que gozan los periódicos conservadores frente a los liberales. “La censura que se ejerce en Colombia ha sido puesta en vigor por una facción del partido conservador”, sostiene, “con el sólo y único propósito de perpetuarse en el poder” y afirma que:

“El gobierno no se atreve a levantar la censura, o suspender el estado de sitio, porque caería en 24 horas. Hay tanto descontento en las propias filas del partido conservador, así como en las del partido liberal, con motivo de las atrocidades y los crímenes cometidos por las expediciones punitivas enviadas por el gobierno a las montañas y los lugares en que se batían las guerrillas, que la publicación de tales informaciones provocaría una reacción que no podría ser dominada y que inevitablemente amenazaría la estabilidad del gobierno”<sup>183</sup>.

---

183 DUBOIS, Jules, *El Nacional*, Septiembre 10 de 1952 en Archivo Personal de Carlos Lleras Restrepo, Fondo Partido Liberal, Caja 2, Carpeta 6, Ff 462-477. Desafortunadamente, más allá de esto es muy poco lo que se ha ahondado en la censura, un tema de crucial importancia para la historia cultural. Se sabe que muchas de las novelas de la Violencia tuvieron que ser editadas en otros países al tiempo que sus autores fueron víctimas de todo tipo de persecuciones, pero no se pudo encontrar una fuente que permita hacer el listado de las obras prohibidas y aceptadas.

En ese contexto, que ya de entrada parece arbitrario, se juegan las representaciones que se forjan ante el inicio de la Violencia. La identidad partidista de las personas les obliga, en la mayoría de casos, a la lectura de un determinado periódico. Llámese *El Siglo*, *El Tiempo* o *Jornada*, para nombrar tres de los más relevantes, lo representado en cualquiera de los tres periódicos puede dar lugar a una enorme disputa.

## **2. Hilarión Sánchez y Saúl Fajardo: guerra de espejos entre el guerrillero liberal y el policía conservador en el departamento de Boyacá**

Con respecto a la Violencia en Boyacá, Santander y Norte de Santander<sup>184</sup>, se sabe que ya en 1930 ocurren los primeros enfrentamientos, asociados al cambio de gobierno y la subida al poder del presidente liberal Olaya Herrera. De esta manera, la violencia que se inicia en 1946 en Boyacá presenta matices de retaliación por la violencia desplegada por los liberales. Al respecto, Javier Guerrero muestra en su libro sobre los orígenes de la Violencia que los liberales en la década del treinta y apoyados en grupos armados conducen a la liberalización del departamento. A su vez, un proceso de liberalización de la policía se inicia en 1931 y, de esa manera, el partido conservador es derrotado militar y electoralmente. Sostiene el autor que

“En la provincia nadie olvidaría como fue que Boyacá se hizo liberal. En 1920, año en que asumió el presidente Olaya, el conservatismo tenía un 61% de los electores. En el lapso de tres años la proporción se había invertido favoreciendo al liberalismo con creces: el partido conservador representaba el 17% y el liberalismo el 83%, proporción que se mantendrá durante el resto de la década”<sup>185</sup>.

---

184 A diferencia de otros departamentos como Quindío, Tolima, Antioquia y Valle, en ninguno de estos tres se ha fijado la mirada de la historiografía de la Violencia con detenimiento. La carencia de estudios para Boyacá dificulta evidentemente el entendimiento de las fuentes empleadas para el tipo de ejercicio que se quiere realizar. Ingrid Bolívar sostiene, sin embargo, que la primera fase de la Violencia (1946-1949) fue crítica en estos departamento debido a la homogenización liberal de la década de 1930. Ver BOLIVAR, Ingrid, *Violencia política y formación del Estado: ensayo historiográfico sobre la dinámica regional de la violencia de los cincuenta en Colombia*, Uniandes-CESO, CINEP, Bogotá, 2003, pp. 59. Además del libro de Guerrero, la tesis de grado de la politóloga Mariana DELGADO fue útil para un mejor acercamiento a los relatos de Fajardo y Sánchez. Ver DELGADO, Mariana, *El discurso político partidista en Boyacá 1930-1940*.

185 GUERRERO, Javier, *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la Violencia*, IEPRI, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991, pp. 214.



Ante esta situación, la violencia que se inicia en 1946 arranca con proclamas del tipo “Ahora si van a saber quienes son los chulavitas”, de tal forma que la Violencia vendría a ser el correlato de una suerte de venganza en la que de la violencia simbólica, imbuida de un fuerte discurso moral, se pasa a la violencia física. Con respecto a la violencia simbólica, sostiene el autor, habría en Boyacá un arraigo muy fuerte de las ideas religiosas confundidas con las doctrinas políticas y expresadas por la ecuación “del conservador = católico, ciudadano de bien, y liberal = masón, comunista, ateo, anticristiano, demoníaco, corrupto, etc., mal que hay que extirpar a cualquier precio”<sup>186</sup>.

En ese contexto, el policía conservador Hilarión Sánchez es nombrado alcalde militar de Muzo (Boyacá), según lo narra en su libro *Las balas de la ley*, publicado en 1953 por la Editorial Santa Fe. Admite que desde muy joven fue soldado y luego policía, y que “la prensa sectaria” le hizo ver como “el más famoso bandolero que pisara tierra boyacense”, aludiendo en realidad a Saúl Fajardo, dirigente y organizador de las guerrillas liberales de Cundinamarca, corresponsal del periódico gaitanista *Jornada*.

El relato se inicia en la República liberal con sus recuerdos de cómo bajo Alfonso López Pumarejo ya había una persecución contra los conservadores y retoma los asesinatos ocurridos en Santander. A los 13 años retorna a su casa, de donde se había marchado en busca de “aventuras”, y estudia en el Colegio de San Bartolomé. Intenta ingresar a las filas del Ejército y lo logra en 1940 pero es expulsado por escapar en busca de “aventuras”. En 1942 ingresa a la Policía, “institución... a la que odiaba con todas las fuerzas de mi sangre goda, porque guardaba de ella el recuerdo de las masacres de los Santanderes y Boyacá, y la más fresca de mi ciudad natal”<sup>187</sup>. Con Ospina Pérez en el poder, se le envía como alcalde militar a la región de Muzo. Dedicó la mayor parte de su relato a describir el tipo de acciones desplegadas para instaurar el “orden” y hacer respetar la “autoridad” en esa y otras regiones del occidente boyacense. Como en la mayoría de los vehículos de la memoria, el punto de quiebre del relato lo constituye el asesinato de Gaitán. El 9 de abril lo vive en Tunja, no en Muzo, y se ve obligado a hacerle frente a la revuelta con la ayuda de los chulavitas. Dado que describe las acciones de sus enfrentamientos con personas de la región de Yacopí (Cundinamarca), nombra en repetidas ocasiones al guerrillero liberal Saúl Fajardo, a quien a su vez considera un simple “bandolero”.

---

186 GUERRERO, Javier, *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la Violencia*.

187 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, pp. 100.

Fajardo, por su parte, escribe un diario titulado *Memorias de un pobre diablo* con el objetivo, completamente idéntico, de contrarrestar la imagen de “bandolero” que la prensa conservadora le ha construido a sus espaldas. En la carta que presenta el diario, escrita por el abogado Guillermo Hernández Rodríguez y dirigida a la Biblioteca Nacional con una copia del documento, el libro es descrito como “el diario que perteneció al guerrillero liberal Saúl Fajardo, quien combatió en la región de Yacopí”, y se dice que “tendrá alguna importancia histórica, como relato y concepto de un militante de filiación liberal y origen campesino”. Ya en el documento, su autor sostiene que inicia el proceso de escritura en la selva, estando en estado de zozobra debido a que debe huir “del terror oficial” y se encuentra perseguido “por cuatrerros de todos los pelajes”. Fajardo, nacido en Yacopí e hijo de campesinos, muere asesinado en 1952 tras haber sido un prominente jefe liberal del departamento de Cundinamarca, seguidor furibundo de Gaitán –dirige su campaña en Cundinamarca–, corresponsal de los periódicos *El Tiempo* y *Jornada*, comerciante, y el principal organizador de las guerrillas liberales en su región.

Según otras fuentes<sup>188</sup>, Fajardo también había sido sargento en la “Guardia de Cundinamarca”, una organización con límites departamentales, y se había desempeñado como jornalero de haciendas cafeteras antes de ingresar a la Policía Nacional. De hecho, Gonzalo Sánchez sostiene que en calidad de policía una de sus misiones, en 1946, habría sido la de impedir invasiones de colonias migrantes del Sumapaz a haciendas ubicadas en inmediaciones del Nevado del Tolima<sup>189</sup>. Por su parte, Hilarión Sánchez es enviado en 1949, en calidad de alcalde militar, a determinados municipios del departamento de Córdoba, en los que se enfrenta a la acción de los “nueveabrileros”. Finalmente, es retirado por Laureano Gómez.

Se trata acá de dos testimonios en los que el cruce de la información permite avanzar en la pregunta por la forma como se da la verdadera lucha de representaciones. En ese sentido, son dos fuentes que van de la mano y cuya lectura debe hacerse paralelamente: la construcción de la identidad de cada autor se realiza a partir de la existencia del otro. El policía Hilarión Sánchez incorpora al guerrillero Saúl Fajardo en la primera hoja de su libro, y éste, a su vez, hace referencia a Sánchez a lo largo de su diario. *Más que imponer identidades estos sujetos históricos intentan defenderse de la que les imponen*. No disponen del poder simbólico para asignar categorías.

---

188 RAMSEY, Russell, *Guerrilleros y Soldados*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1981.

189 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Gaitanismo y el 9 de abril en provincia*, Bogota, 1983, pp. 124.

## 2.1. *Las balas de la ley*: “el orden soy yo”

El primer acápite de *Las balas de la ley* lleva por título “Sin prólogo” en referencia a que los jefes del policía conservador, si bien se comprometieron a prolongarlo, nunca lo enviaron: “Algún valor costó escribir todo esto y por eso el tan anunciado prólogo que prometieron mis jefes, jamás llegó, retardando la salida de este libro”<sup>190</sup>. De ahí en adelante, hasta llegar a la segunda parte del texto, Hilarión narra lo que quiere que sea interpretado como “aventuras” en un intento claro por emular la literatura picaresca: “La suerte me colocó desde mis primeros años en un patio de aventuras”, en el colegio fue apodado “Picaflor de Picamonte” y desde entonces tan “funesta distinción” lo “echó a correr por campos de aventura”, etc<sup>191</sup>.

Convertido en alcalde militar de Muzo, en el departamento de Boyacá, su primer decreto ordena “la limpieza de las casas y solares” y la retirada “de los cerdos de la población”: “el infractor sería sancionado con arresto incommutable”<sup>192</sup>. Dice recordar “las escenas de los sheriffs en las cintas del oeste” y gracias a éstas, siempre vuelve listo para la acción. Sin muchas explicaciones, el mundo rápidamente se divide entre unas personas que son “bandidos” y otras que están con el “alcalde”: esas son las únicas opciones posibles. A sus cortos veintiséis años, le gusta pensar que él personifica la ley; “como alcalde, si en Colombia había justicia, yo era el símbolo de ella”<sup>193</sup>. En vísperas de las elecciones de 1947, llegan al pueblo “200 personas con pañuelos rojos”, es decir “bandidos”, y frente a éstos dice: “Ustedes ya saben que están prohibidos los gritos. ¡Al que eche otro grito lo mato!”<sup>194</sup>.

Entre sus formas de dar “orden” al pueblo aparentemente “bandolero”, que se ve obligado a salvar, emite todo tipo de resoluciones. Con una de éstas, el 25 de noviembre de 1947 ordena requisar las casas y cantinas de la población: “(..) empecé a aprehender revólveres, carabinas y grasses en tal cantidad”, acepta abiertamente, “que después de armar con ellas a todos los policías de vereda, hubo para enviar muchas a la dirección de la policía nacional en Bogotá y al comando de la división Boyacá en Tunja”<sup>195</sup>.

190 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, sin número de página.

191 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 7 y 13.

192 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 112.

193 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 237.

194 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 120.

195 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 138.

En ningún momento explica las razones de su filiación política, pero desde el principio se encuentra en guerra permanente con los liberales. Si bien uno que otro le merece algún tipo de comentario neutral, en general se les asocia con bandoleros. De sus enfrentamientos con ellos, en los que siempre se encuentra en desventaja de cinco contra más de 200, surgen las referencias a “la prensa liberal” y sus “espantables noticias” de “crímenes” hechos por él y “autorizados por la firma” del corresponsal Saúl Fajardo en Yacopí<sup>196</sup>. El relato no va más allá de esto. Expresa su “maniqueísmo” con inusual transparencia y se permite, de esa manera, establecer un “nosotros” que difiere de un “ellos” sin ningún tipo gradación: el conservador que lee *El Siglo*, va a misa, es amigo del cura y tiene como “jefe y señor” a Laureano Gómez, hace parte de un “nosotros”; vale decir, los que no somos “bandoleros” o “liberales”, los que durante los años treinta no iniciamos la Violencia y los que no hicimos lo que ellos sí hicieron el 9 de abril.

Introduce, entonces, el elemento, normalmente presente, de la sacralización de la memoria<sup>197</sup>: no hay olvido de los hechos ocurridos durante la liberalización del departamento en los años 30. Muy por el contrario, el recuerdo se fija en la memoria y le da algún tipo de coherencia al relato; “como ustedes hicieron esto ahora nosotros hacemos esto otro” parece ser la consigna. Es el “ojo por ojo” que hace que la Violencia sea también un compendio de venganzas.

Por otro lado, Hilarión pinta una caricatura de sí mismo: “yo lo admiro, señor alcalde”, supone que le dicen un buen día. “Sabía ya que el alcalde era un muchacho valiente, pero francamente no imaginé encontrar reunidas en usted tantas cualidades. ¡Qué cuadro tan bello ése, el de la ley dignamente representada en un joven solo, que apabulla a los bandidos! Su serenidad, su dón de mando, son cosas de admirar”<sup>198</sup>. Reconoce, dentro de ese “nosotros” que dibuja, la importancia de los chulavitas. Con respecto a Chiquinquirá, plantea lo siguiente: “Pueblo de héroes que en abnegación y valentía tuvieron sólo iguales en esa nueva generación que nacida del rescoldo mismo de los incendios, supo ser fiel al patrimonio godo, por el que dieron la vida y bienes los siete mil muertos de las breñas. Famosa y nueva generación que pasó a la historia con el glorioso nombre de “chulavitas”<sup>199</sup>. Sobre Boyacá, en ese mismo sentido, escribe: “La gente de Boyacá, y en especial

---

196 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 157.

197 El término lo enuncia TODOROV para explicar la existencia de una memoria ejemplar -que permite salir de la frustración del recuerdo eterno- que a su vez se opone a una memoria sacralizada en la que sólo se llega a la venganza, vale decir, a los abusos de la memoria. Ver TODOROV, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*.

198 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 144.

199 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 110.

esos galleros y contrabandistas, gentes de cuadrilla y veteranos en peligrosas lides, no son jamás cobardes, y las balas, por el contrario, los entonan (...) es otra vez Boyacá; los héroes del 7 de agosto, los mismos chulavitas de la batalla de Boyacá”<sup>200</sup>.

La narración no va más allá de lo anterior. A pesar de que se trata de un libro de más de 400 páginas, los simplismos y las reducciones son la norma. Permite acceder, sin embargo, al tipo de justificación que se le da a la existencia y el apoyo a los chulavitas<sup>201</sup>. Y ejemplifica, mejor que ninguna, el tipo de persecución a la que fueron sometidos, tras el 9 de abril, los gaitanistas. Se les acosa y se les hostiga hasta convertirlos en el “otro”, que no tiene cabida en lo social. La representación que de ellos ponen a circular las elites –ya que no son solo los conservadores– se impone con facilidad en el ámbito local: “bárbaros”, “antisociales”, elementos del desorden” son todos adjetivos que ejemplifican cómo las identidades, durante la Violencia, difícilmente pueden escapar de las imposiciones y las relaciones de poder. La autoridad del líder político es prácticamente incontestable en el plano de las representaciones.

Por otro lado, el libro de Hilarión Sánchez es imprescindible para el correcto entendimiento del diario del guerrillero liberal, en donde nuevamente se hace explícita la lucha de la persona por evitar que se le imponga una identidad en la que no se reconoce.

## ***2.2. Memorias de un bandolero – ad hoc***

En 1939, narra Saúl Fajardo<sup>202</sup>, deja el Ejército definitivamente tras unos pocos años de entrenamiento que serían vitales para la organización de las guerrillas. Toma un curso de sanidad, y en 1941 lo designan para ejercer las funciones de inspector departamental de higiene en la población de Medina; después lo trasladan al municipio de Caparrapí. Haciendo su trabajo de “campañas de saneamiento” se enfrenta a los habitantes del sector, pero recibe el reconocimiento del Ministerio de Higiene y del Director del Instituto de Epidemiología, Luis Patiño Camargo. A

---

200 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las balas de la ley*, pp. 151 y 257.

201 Para un análisis antropológico de algunas de sus prácticas, ver URIBE ALARCÓN, María Victoria, *Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*, Norma, Bogotá, 2002.

202 Sobre Saúl Fajardo es muy poco lo que se ha escrito. Existe una novela de la Violencia que lo tiene como uno de sus personajes principales: *-Guerrilleros buenos días* de Jorge VÁSQUEZ SANTOS, Editorial Argra, Bogotá, 1954-, y un corta biografía escrita por Heliodoro Linares *Yo acuso*, Tomo 2, Editorial Iqueima, Bogotá, 1959.

finales de 1942 trabaja en la inspección municipal de higiene de Zipaquirá hasta 1943 y de ahí pasa a la inspección departamental de higiene de Ibama, en Yacopí, en donde ayuda a higienizar las escuelas urbanas y rurales, y construye letrinas. En 1944 se traslada a Yacopí, en donde asume las veces de inspector de la plaza. Toma un curso de “higiene y sanidad” e ingresa como enfermero a la compañía petrolera Shell de Colombia con destino a los Llanos Orientales. Finalmente, con la plata que ha ahorrado, se permite tener su propia droguería en Ibama. Cuando está en el apogeo de su “profesión tegüística” surge “fuertemente la división política”. En su caso, Gaitán es la opción.

“Nunca fueron mis propósitos intervenir en política ni colaborar en la práctica del “Araquiri” de mi partido. Pero fuerzas superiores intervinieron en mi apoliticidad de la hora y me invitaron a formar parte de un comando gaitanista. Había yo oído al Dr. Gaitán en El Colegio en un discurso político, conquistando como es lógico y humano, el afecto y simpatías, ya que en él tocó puntos esenciales de mi sensibilidad de proletario. Nunca consideré una demagogia una disertación anatómica de la realidad nacional y por eso adherí a su política pero manteniéndome firme en la campaña para no contribuir a la división liberal”<sup>203</sup>.

Le proponen constituir un comando gaitanista, a partir del cual desarrolla “una propaganda que no tardó en conquistar el afecto y las simpatías del campesinado”. Desde entonces trabaja igualmente para el periódico *Jornada*.

“(…) agencí desde aquel día por designación de la Dirección del diario, el cual pagaba mi propio peculio para distribuirlo gratuitamente entre los lectores. Pues por entonces ni regalado lo apetecía el público por la poca popularidad, y hasta ahora en circulación”<sup>204</sup>.

En enero de 1948 abre su droguería en Yacopí a pesar de que “era absolutamente prohibido a las gentes hablar de gaitanismo, porque eran apaleadas y ultrajadas en la forma más indigna” por parte de las familias que detentaban el poder (los Bustos-Ortiz-Chacón)<sup>205</sup>. El 5 de mayo de 1946, día de las elecciones para presidente, dice que los Bustos hicieron que ganara Ospina a pesar de que también le hacían fuerza a Turbay: anuncia división entre elites liberales y conser-

---

203 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 76. Material disponible en la Biblioteca Nacional.

204 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 49.

205 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 56.

vadoras frente a los gaitanistas. Llega el asesinato de Gaitán y ocurre un quiebre en el relato, “Fui, soy y seré mientras viva, Gaitanista convencido. Nunca pudo en mi corazón, abrirse herida más tremenda y profunda que aquella que me causó la muerte del Dr. Gaitán”<sup>206</sup>.

A las 7 de la noche del 9 de abril se constituye una Junta Civil, que él preside, para organizar los destinos públicos mientras el orden jurídico se encuentra en jaque. Integrada la junta de organización liberal, a la que según él “las malas lenguas le dieron el calificativo de “junta-revolucionaria”, nombran una junta civil y proceden a proteger a los conservadores que así lo deseen. Sin embargo, sostiene que les responden “con el asesinato de nuestros copartidarios, con el saqueo de la propiedad de los infelices hasta reducirlos a la miseria y con la prisión injusta de inocentes y leales amigos”<sup>207</sup>. Desde ese día, asegura, lo están persiguiendo. Es proclamado jefe único del liberalismo, por los campesinos de la región, y se da la tarea de “asumir el mando y orientar el grupo”<sup>208</sup>.

A los 26 días las cosas vuelven a la normalidad y las personas a sus trabajos habituales gracias a que desde Bogotá, Pedro Eliseo Cruz y Fernando Anzola, Gobernador y Secretario de Hacienda del nuevo gobierno de Unión Nacional, mandan mensajes de apaciguamiento. Sin embargo, culpa al gobierno de Unión Nacional de no haber sabido direccionar a los liberales y de haber consolidado la “bestia destructora que ha venido denominándosele Ejército Nacional”<sup>209</sup>. Lo eligen como Diputado Nacional y miembro del Concejo Municipal y hasta que Ospina Pérez cierra el Congreso el 9 de noviembre, da ejemplos de cómo se plantea la conservatización de la zona.

Se entera, estando en Bogotá, de que el Ejército al mando del oficial Sánchez Ochoa, comete “atropellos” contra su droguería: “Mi casa fue totalmente destrozada; la droguería asaltada y saqueada; los mostradores hechos pedazos; los muebles de la casa, los cuadros y los enseres, destrozados. Las oficinas del directorio liberal que funcionaban allí mismo, fueron totalmente destruidas”<sup>210</sup>. No tiene donde trabajar o vivir, entonces se acomoda en las afueras de la población y escribe que “Las gentes comenzaron a intranquilizarse y el ritmo normal de la vida a entorpecerse. Vino pues el deseo de los habitantes de organizarse para de-

---

206 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 59.

207 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 63.

208 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 69.

209 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 67.

210 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 88.

fenderse contra aquellos esbirros al servicio de las sectas políticas”<sup>211</sup>. Se dirige al gobernador y éste no hace nada para protegerlo. Ya en diciembre de 1949 hechos de violencia empiezan a sucederse y lo culpan a de más de una cosa, por lo cual empiezan a perseguirlo. En tanto que gaitanista, para el gobierno “constituíamos un serio peligro y había que acabarnos sin contemplación”<sup>212</sup>.

Llega la primera alusión directa a lo que será en adelante el problema fundamental del texto: lo tratan de “bandolero” y él no se reconoce como tal. “Comenzaba mi vida trágica y llena de aventuras”, sostiene, “gracias a la fuerza y presión del mismo gobierno que en idénticas condiciones y por motivos semejantes, arrojó del seno de la sociedad y puso fuera de la ley a mil ciudadanos más organizando lo que –por esta época de 1951– llama el «bandolerismo»”<sup>213</sup>.

Se inician los ataques más crudos de los chulavitas y los propios campesinos acuden a él para que les defienda. Llegan las elecciones del 27 de noviembre y como pierde, decide retirarse a una finca apartada de la política “para no causarle disgusto a la reacción”<sup>214</sup>. Aun retirado, el gobierno lo persigue y las guerrillas que conforma –muy “primitivas”– rápidamente se le salen de las manos. Desde entonces, escribe, la “delincuencia común” utiliza su nombre hasta convertirlo en un “vulgar bandido”<sup>215</sup>. A partir del 8 de julio de 1950, su pueblo de Yacopí es apodado “Tierra asada” debido a que la consigna gubernamental de “A sangre y fuego” lo destruye por completo. En el caso de Yacopí, quedan en pie la iglesia y la casa cural. Dice que los ataques ya no provenían de un grupo, sino de todas partes –Policía y Ejército–.

Decide, entonces, fundar una “colina para trabajar y evitar la desocupación que engendra la ociosidad y las malas costumbres entre las mentes desocupadas. Pues la ola de inseguridad rural, los asaltos continuos de la propiedad privada, los asesinatos de campesinos ejercitados por los vagos que aprovechando el estado de emergencia se dedicaron a la delincuencia exigían enfocar el problema con sentido más patriótico y menos sectario”<sup>216</sup>. Según el relato, hasta el 23 de abril de 1951 se emplearon en la colonia que se llamó desde enero “La Collareja” más o menos 4.764 jornales, “según lista de ellos en la que figuran el nombre de los hombres que empuñaron el hacha y la herramienta para transformar aquéllas sel-

---

211 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 89.

212 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 90.

213 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 90.

214 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 95.

215 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 110.

216 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 121.



vas en lugar atractivo y en centro de labor agrícola el cual le llamó la atención al señor Mayor Peñaranda que con mil cuatrocientos hombres de tropa a su mando lo visitaron más tarde” y lo arrasaron el 17 de junio de 1951<sup>217</sup>.

Fajardo se ve obligado a huir con una escolta de 8 personas y, en este punto, todo el relato se encuentra ligado al problema de la designación. De acá que él mismo firme su correspondencia como “bandolero ad hoc”. Sus guerrillas, lejos de ser revolucionarias, se limitan a la estricta autodefensa. No comulga ni con el comunismo ni con los ateos ni con los masones. Su “folleto”, que es como se refiere también a sus memorias, aspira a heredarlo “a todos los campesinos de la región –caso que alguna mano caritativa haga imprimir éstas páginas que le dejo como recuerdo del liberalismo honrado de la región de mi provincia–”<sup>218</sup>.

Exige entonces una señal de reconocimiento y para ello redacta cartas a los dirigentes del liberalismo y a algunos de los periodistas liberales del momento en las que solicita la ayuda de Bogotá. Lee detenidamente la prensa que los propios campesinos le hacen llegar. “Acostumbro leer cuando las circunstancias lo permiten y alguna mano caritativa me alcanza el periódico, las columnas de muchos escritores como don Carlos Dávila, Luis de Zuleta, Enrique Santos, Luis Eduardo Nieto Caballero, Sanín Caro y muchos más. Siento cariño por éstos intelectuales y envidia al sentirme tan desposeído de facultades para asimilarlo todo en cuanto a su valor se refiere”<sup>219</sup>. Se obsesiona, por obvias razones, con el tema de la designación: da cuenta de cómo la construcción de sentido se da inicialmente en la prensa. Introduce, por ejemplo, dos editoriales, uno de *El Liberal* (10 de enero de 1951) y otro de *El Tiempo* (17 de octubre 1951), en donde se habla del bandolerismo y básicamente se dice que es importante diferenciar frente a éste al “bandolero real” del que tuvo que defenderse; es decir, diferenciar al “cuatrero” del “guerrillero”. El editorial de *El Liberal* sostiene al respecto lo siguiente:

“Nosotros sostenemos que el llamado “bandolerismo” es algo heterogéneo en su composición y en sus orígenes. Hay bandoleros profesionales, que están aprovechando la emergencia nacional para ejercer su oficio de salteadores de haciendas y caminos; hay gentes que despla-

---

217 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 132-133.

218 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 172.

219 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 209. Acerca de la cultura letrada de los campesinos, escribe lo siguiente: “Los campesinos en su mayoría están acostumbrados a comprar la prensa cuando las circunstancias se prestan y cuando los policías conservadores no lo decomisan (...) digo que, algunos campesinos se están acostumbrando a leer los periódicos porque en la casa de algunos hallé varios” ( pp. 230).

zadas de sus tierras por la violencia política, que en su peregrinaje por campos y veredas buscan a un mismo tiempo vengar los atropellos de que fueron víctimas (...) hay antiguos guardias que encontraron más prolífico el robo que el trabajo (...) Todo ese multifacético conjunto de núcleos humanos, es lo que ahora se cobija bajo el nombre de “bandolerismo”(…) El bandolerismo fue el resultado lógico, natural e inevitable de la violencia política (...) Luego lo primero que se necesita hacer contra el bandolerismo, es crearle a la nación una atmósfera política distinta (...) La cuestión no se resuelve con un estrategia de tierra asada, aunque es claro que habría casos en que será imperativo el empleo de la fuerza pública. Antes que todo hay que crear en la nación una atmósfera de seguridad, aplicar vigorosamente un política que proteja a todos los ciudadanos (...) Cuando esto se haya hecho, se podrá decir que los “bandoleros” son pandilla de criminales redomados y que el único camino es exterminarlos a sangre y fuego y sin contemplación alguna”<sup>220</sup>.

En el otro editorial, en el mismo sentido, se habla de la necesidad de diferenciar a los inocentes que huyen de los que ingresan a las guerrillas; los que ingresan a las guerrillas pero han incurrido en las sanciones previstas en el código penal; y los simples criminales de guerra. Se menciona un pacto con las personas de Yacopí que aparentemente existió, en el sentido de no continuar con la confrontación, pero fue roto por los cuatros: “Más los vulgares criminales, movidos por la ambición de lucro, no lo han aceptado, y han contestado a él, con la consumación de nuevos delitos que no tienen de manera alguna relación política”<sup>221</sup>. De esta manera, plantea el problema evidente de ser una cosa y parecer otra sin la posibilidad de remediarlo. En su opinión, debido a los “cuatros”, el gobierno insiste en perseguirlo.

Por otro lado, y de ahí nuevamente la importancia de la prensa, marca con precisión las diferencias que se pueden observar en el tratamiento hacia los “bandoleros” por parte de los conservadores. Inserta un editorial de *El Siglo* publicado por *El Tiempo* el 29 de enero de 1952, en el que se dice que los líderes del Partido Liberal son bandoleros:

“Lo que el país ha sacado en conclusión es: a. Que un sector del liberalismo está en connivencia con los forajidos a los cuales suministra

---

220 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 206.

221 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 203.

datos, auxilios en especies, en dinero y en celestinaje (...) El bandolerismo liberal insiste en una postura muy cómoda: apenas nos estamos defendiendo, dice, cuando la verdad es que dondequiera caen soldados, caen ciudadanos, caen mansas acémilas de Dios, rendidas por el plomo de los bandoleros (...) Déjese el país de falsas posturas. Aprenda a conocer las cosas por su nombre. *Que el bandolerismo se llame así. Que los bandoleros se reconozcan por ese mote.* Y entonces empezará una fijación de posición que no deja de ser importante para el futuro de la nacionalidad”<sup>222</sup>.

La palabra “bandolero” es el ápice de la crisis, su punto máximo: cualquiera puede serlo y es precisamente en los bandoleros en donde realmente se juega el poder: el poder para señalar, para dictaminar, para juzgar e imponer (el poder de lo escrito sobre lo oral, el poder de los columnistas, editores, corresponsales, etc.). Como la palabra “bandolero”, otras están siendo redefinidas: es el sentido de la crisis que se vive, que es también crisis en la representación: “liberal” no son todos y los hay, igualmente, “traidores” e “ingratos”<sup>223</sup>. Existen estrategias, sin embargo, que buscan hacerle frente a la situación. El caso más emblemático lo constituyen los apodos

“Os extrañará que encontréis aquí los apodos con que se han señalado a los campesinos que luchan a mi lado. También por los pseudónimos que halléis. Pero la razón es clara: las circunstancias políticas nos ha obligado a renunciar a nuestros nombres y apellidos. Hemos tenido que someternos a usar diferentes maneras para equilibrar la acción de los “soplones” que le suministran datos a la gente oficial con nombres propios”<sup>224</sup>.

La posibilidad de diferenciarse de aquí en adelante más que con el conservador se es con el “cuatrero”; “gentes de baja esfera social, cuya relajación moral les impide aceptar reprimendas distintas a la fuerza material, por medio de la cual, en el tiempo, habrán de ser exterminadas”<sup>225</sup>. Empieza a florecer una retórica del bien y del mal, una postura moralista que ve “gentes honradas” en “número escaso” y “muchachos que ayer fueron decentes y honrados” arrastrados “por el camino del mal”. De aquí que le dirija una carta impregnada de moralismo a Dri-

---

222 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 252.

223 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 316.

224 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 270.

225 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 276.

gelio Olarte, con quien compartió el liderazgo de las guerrillas, y quien se supone pasó a convertirse en un simple cuatrero.

“Abrigo la esperanza de que ustedes habrán de recapacitar y enmendar su conducta, aceptando el consejo honrado que una vez más me permito darles como liberal y como compatriota, sin que mi actitud pueda ser interpretada por ustedes como un acto de cobardía, o como de humillación. No señores: ella persigue tan solo un fin: contribuir a que salven algo de su patrimonio moral que es cuanto vale, ya que un hombre sin dignidad y sin moral no vale nada”<sup>226</sup>.

Ya hacia el final del documento, que recordemos termina intempestivamente, se encuentra abatido por la forma como se lo sigue persiguiendo y el drama, habría que agregar, que le representa el no poder participar de la imagen que de él construyen los demás.

### 3. El “cura guerrillero” y el obispo radical e intransigente

De las regiones más afectadas por la Violencia, Antioquia ocupa el tercer lugar en el número de muertes violentas, con 26.000 registradas entre 1946 y 1957<sup>227</sup>. Sin embargo, argumenta Mary Roldán, “lo que hace que el caso de Antioquia durante la Violencia sea significativo no es el número de muertes o migraciones que causó, sino los lugares del departamento donde se produjo y las razones que la generaron”; en efecto, la Violencia se habría concentrado en las zonas periféricas de Antioquia como las tierras tropicales de Urabá, el Bajo Cauca, el Nordeste y el Magdalena Medio<sup>228</sup>. De hecho, la mitad de más de 4.000 muertes vinculadas a la Violencia entre 1950 y 1953, tuvieron lugar en cinco municipios (Dabeiba, Puerto Berrío, Cañasgordas, Remedios). En éstos y otros transcurre la narración de la novela del cura párroco Fidel Antonio Blandón Berrío, y so-

---

226 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, pp. 369.

227 OQUIST, Paul, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, pp. 16.

228 ROLDÁN, Mary, *A Sangre y Fuego. La Violencia en Antioquia*, pp. 22-23. Las áreas de periferia se distribuían de la siguiente manera: en la diócesis de Santa Rosa de Osos: Caucasia, Cáceres en el Bajo Cauca y Remedios; en la arquidiócesis de Medellín: Puerto Berrío, Maceo, Yolombó en el Nordeste y a lo largo de la línea del ferrocarril; San Luis, San Carlos y San Roque en la zona del Suroriente; en la diócesis de Jericó y Santa Fe de Antioquia: Urrao, Salgar y Bolívar en el Suroeste-occidente; y Dabeiba, Cañasgordas, Frontino, Peque y Urabá en el Nordeste. Ver, MESA, Gustavo, *Representaciones religiosa y la violencia en Antioquia, 1949-1953*, tesis de grado para optar al título de Maestro en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Medellín, 2006, pp. 84.

bre éstos escribe igualmente el obispo de la Diócesis de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes.

A diferencia de lo que se cree, Roldán sostiene que la Violencia en Antioquia no se explica únicamente a partir de factores partidistas y odio heredados y que, por el contrario, diferencias religiosas, étnicas y raciales habrían jugado un papel determinante en la manera cómo se desencadenó la violencia en la región. Sostiene la historiadora que

“El proyecto [de Gobierno] departamental exigía de sus ciudadanos la conformidad con un conjunto de valores como la observancia de los rituales católicos, el matrimonio, la disciplina de trabajo, el capitalismo y la moderación política; por el contrario, en las regiones de la periferia, los antioqueños excluidos por el modelo de régimen político del gobierno departamental se identificaban con el partido liberal o con los partidos socialista y comunista y acabaron desafiando los valores culturales que sustentaban el proyecto de régimen político departamental”<sup>229</sup>.

En ese contexto, el cura párroco de Junta de Uramita, Fidel Antonio Blandón Berrío, defendió a sus feligreses liberales de la persecución de los conservadores. Tal actitud le valió el ser identificado como ayudante de los “bandoleros” y le acarrió la expulsión de su diócesis. La novela consta de 18 capítulos y narra la persecución de liberales por parte de los conservadores en esa misma periferia del departamento antioqueño, que Roldán describe como la más violenta. Narra el nacimiento de las guerrillas liberales, con las cuales se identifica, y da cuenta de diversos hechos de violencia con nombres propios y documentos empleados para sustentar la narración. Parte importante de la novela la dedica a la descripción de las acciones de diversos curas, incluido él, que se lanzaron al monte con el fin de atender las necesidades de las guerrillas liberales a pesar de los insultos y agravios de los conservadores. Por ello, le dedica su obra al Obispo de Santa Fe, Luis Andrade Valderrama, y a monseñor Eleazar Naranjo López, “y a todos sus venerables sacerdotes perseguidos”. Defendía, en últimas, una visión de mundo contraria a la que Ricardo Arias define como el catolicismo “integral e intransigente”:

“(…) visión total, integral, en la que la esfera de lo religioso, lejos de estar separada o aislada, determina todas las actividades del hombre, de la sociedad, del devenir histórico. De acuerdo con esta concepción globalizante, la dicotomía entre el creyente y el hombre social resul-

---

229 ROLDÁN, Mary, *A Sangre y Fuego, La Violencia en Antioquia*, pp. 50 y 56.

ta inconcebible, al igual que la separación entre las instituciones y la religión”<sup>230</sup>.

El enemigo del catolicismo integral, a su vez, sería el mundo laico o secular que el liberalismo intenta poner en marcha. Arias describe cómo tras los intentos del radicalismo liberal de mediados del siglo XIX, sectores del partido liberal durante el siglo XX y liderados por el primer gobierno del presidente Alfonso López (1934-1938) retoman el proyecto de la laicidad. En ese contexto, el obispo Miguel Ángel Builes juega un papel fundamental como ejemplo del catolicismo integral y se convierte rápidamente en uno de los religiosos que ataca con más ahínco al Partido Liberal y “la amenaza comunista”. De aquí que sus innumerables pastorales (contra el liberalismo, los comunistas, los protestantes, el cine, el baile, las reformas a la Iglesia ideadas por *la Revolución en Marcha* (1936-1938) del presidente Alfonso López...) aparezcan reproducidas y comentadas en prácticamente toda la literatura sobre la Violencia (desde el libro pionero de Guzmán, Umaña y Fals Borda hasta Pécaut, Sánchez, Ortiz y Roldán.).

Hacia lo años cincuenta<sup>231</sup>, el territorio de Antioquia se encuentra dividido en cuatro secciones para efectos de la Administración Eucarística: 1. Diócesis de Antioquia, liderada por Luis Andrade Valderrama –quien será reemplazado por Laureano Gómez– con 53 curas en acción pastoral, 19 parroquias y 3.472 habitantes por presbítero, en un territorio que cubre el 44.6% del territorio regional; 2. Diócesis de Jericó, liderada por monseñor Antonio Jaramillo con 32 parroquias, 110 curas diocesanos y 2.418 habitantes por presbítero, en un territorio que cubre el 44.6% del territorio regional; 3. Santa Rosa de Osos, con 61 parroquias y 1.077 habitantes por cura en un territorio que cubre el 35% del territorio antioqueño; 4. Arquidiócesis de Medellín, liderada por el arzobispo García Benítez con 275 presbíteros, 2.156 feligreses por cura y 241 parroquias en una superficie que ocupa el 16.7% de la superficie del departamento<sup>232</sup> Así, la diócesis del obispo Builes pasa a ser la que más control tiene sobre sus feligreses. De hecho, entre 1949 y 1950 el Seminario de Santa Rosa de Osos incrementa el número de alumnos en un 40% con respecto a años anteriores, y se sabe que para ingresar es requisito demostrar el origen blanco y cristiano de los candidatos al ministerio<sup>233</sup>.

---

230 ARIAS, Ricardo, *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850-2000)*, CESO, Uniandes, Icanh, 2003, pp. 17.

231 MESA, Gustavo, “El clero y la violencia en Antioquia, 1949 a 1953”, Ponencia presentada en el Congreso Colombiano de Historia número 11, realizado entre agosto 22 y 25 del 2000 en la Universidad Nacional (la numeración de las páginas es personal).

232 MESA, Gustavo, “El clero y la violencia en Antioquia, 1949 a 1953”, pp. 2.

233 MESA, Gustavo, “El clero y la violencia en Antioquia, 1949 a 1953”, pp. 3.

En lo que tiene que ver con la filiación política de los dirigentes de la Iglesia, se estima que los obispos de Santa Rosa de Osos y Jericó –Builes y Jaramillo– difieren de la manera de pensar del arzobispo de Medellín y del obispo de Antioquia –García y Andrade–. A su vez, los dos últimos se agrupan en el orden nacional con el arzobispo Perdomo, su auxiliar Luis Pérez Hernández y el obispo de Manizales, monseñor Luis Concha, para formar el grupo de los liberales que se enfrenta al resto de obispos, 47 en total, que son tenidos por conservadores. A nivel nacional, los elementos de mayor importancia para la Iglesia son el liberal Ismael Perdomo (Bogotá) y los conservadores Crisanto Luque (Tunja y un tiempo después Primado de Bogotá), Emilio Botero (Pasto), Diego María Gómez (Popayán) y Miguel Ángel Builes (Santa Rosa)<sup>234</sup>.

A pesar de las evidencias, no todos los miembros del clero antioqueño son conservadores. Se observa una fuerte tendencia hacia el liberalismo en un 35 % del total y las diferencias con respecto al resto provienen de las reformas liberales de los 16 años de hegemonía liberal que se iniciaron en 1930 y del recuerdo de las guerras religiosas libradas entre conservadores y liberales a finales del siglo XIX. En opinión de Mesa, el clero de Santa Rosa de Osos es el más solidario con las orientaciones de su obispo y es también el más proclive a apoyar al gobierno conservador. Por el contrario, el obispo de Antioquia, monseñor Andrade, al inclinarse por los liberales pierde el apoyo de la Santa Sede.

Monseñor Miguel Ángel Builes fue Obispo de la Diócesis de Santa Rosa de Osos por más de 47 años; fundó en 1927 el Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal; la congregación de las Hermanas Misioneras de Santa Teresita en 1929; las Misioneras Teresitas Contemplativas en 1939 y las Hijas de Nuestra Señora de las Misericordias en 1951<sup>235</sup>.

Empezó a escribir su diario en 1934, lo que permite identificar su profundo odio hacia el gobierno liberal de Alfonso López y dejó de escribir, intempestivamente, para retomar la escritura del diario el 9 de septiembre de 1945 (a la edad de 57 años). Lo siguió haciendo hasta el 7 de marzo de 1967, cuando por problemas de salud se retira a la ciudad de Medellín.

---

234 MESA, Gustavo, “El clero y la violencia en Antioquia, 1949 a 1953”, pp. 4.

235 De él sostiene Mesa lo siguiente: “Campesino pobre, no tuvo estudios especiales, se formó en el Seminario de Antioquia con clérigos eudistas europeos procedentes de las zonas más católicas de Francia, y fue promovido por Monseñor Maximiliano Crespo, a quien sucedió en el gobierno diocesano de Santa Rosa. Conservador radical, con hondas convicciones espirituales, creativo, audaz, manifestó siempre una línea de continuidad inalterable en relación a lo que él consideraba su fidelidad a la iglesia”. Ver: MESA, Gustavo, “El clero y la violencia en Antioquia, 1949 a 1953”, pp. 4.

Por otro lado, el diario da cuenta de las representaciones realizadas de eventos históricos determinantes, tales como el 9 de abril de 1948 o la caída del presidente Laureano Gómez. De hecho, su relación con los presidentes Ospina y Gómez es estrecha, y en más de una ocasión se reúne personalmente con éstos y otros personajes importantes de la vida nacional. Su apoyo a los conservadores parte de la base de que ser liberal es pecado y como tal lo redacta en diversas pastorales que comenta y corrige en el diario.

Preocupado constantemente por la “amenaza comunista”, dedica tiempo a la lectura de la prensa conservadora y la información que de ahí extrae para mantenerse enterado de la lucha que se libra a nivel mundial entre lo que considera las fuerzas del “bien” y del “mal”. A su vez, la lectura del diario permite conocer sus luchas con aquellos espíritus “liberalizantes” de la Iglesia que pretenden modernizarla. Su intervención en la política es absoluta, no sólo a partir de la redacción de las incendiarias pastorales que redacta y las constantes reuniones que mantiene con políticos a nivel nacional y departamental, sino también de las constantes incitaciones a no votar por el partido liberal esgrimidas desde el púlpito. En ese mismo sentido, su sectario espíritu se expresa en la constante persecución del protestantismo.

### **3.1.1 La Violencia y sus inicios según la novela *Lo que el cielo no perdona***

El cura Blandón Berrío es enfático en cuanto a la validez testimonial de su relato y se esfuerza por enumerar las múltiples pruebas que tiene para justificar los hechos descritos. Se encuentra en el primer capítulo del libro la idea de que se trata de una “narración novelada de hechos que son perfectamente históricos”. Agrega que los “sacerdotes, militares, policías, autoridades, ciudadanos, guerrilleros y contraguerrilleros” que desfilan por páginas han sido todos “amigos” suyos y que por ello ha llegado a conocer tan de cerca los hechos de violencia narrados. Así mismo, afirma que ha querido ser un simple “narrador y recopilador de apuntes y documentos de origen diverso” que “por principio odia el sectarismo político”, pero que, dados los hechos que ha tenido que presenciar y describir, no ha podido permanecer “imparcial”<sup>236</sup>. A pesar de ser católico y una persona que “ama” la Santa Iglesia y “venera” a sus ministros –sostiene– nada le impide decir la “Verdad”. Plantea, como en los casos anteriores, que quiere ser verídico y ello incluye,

---

236 HERRERA, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, Editorial Argra, Bogotá, 1954, pp. 29.



por ejemplo, culpar de los hechos del 9 de abril a la influencia “comunistoide” desatada por lo que él llama las “teorías de la revolución en marcha”<sup>237</sup>.

Sobre la Violencia y sus inicios, para de esa manera entrar a describir lo presenciado en algunas pequeñas localidades de Antioquia entre 1949 y 1953, argumenta lo siguiente:

“La gangrena fue obrando lenta pero despiadadamente hasta podrir todo el organismo patrio que quiso desintegrarse aquel viernes 9 de abril del 48. Las teorías de la revolución en marcha y de las reivindicaciones proletarias habían calado en la medula social, y ese virus comunistoide criollo produjo su efecto destructor. Afortunadamente el pueblo, viciado por su inclinación al robo y al alcohol, no fue capaz siquiera de una revolución, y los políticos, con sus arengas desordenadas, lo desorientaron, dando tiempo a que las gloriosas Fuerzas Militares salvaran la situación y la Patria, defendiendo el principio de autoridad y de gobierno”<sup>238</sup>.

La “revolución”, iniciada por el primer gobierno del presidente Alfonso López (1934-1938) habría desatado el “germen” del “comunismo criollo”, y juntos vendrían a justificar lo sucedido el 9 de abril tras el asesinato de Gaitán. A su vez, y para fortuna del cura, el pueblo no habría sido capaz de dirigir su revuelta hacia una “verdadera” revolución, debido a una inclinación natural hacia el “robo” y la chicha, y a que sus dirigentes políticos habrían vacilado ante la situación. Al respecto, cabe recordar que los dirigentes liberales transaron con el gobierno del presidente Ospina y de esta manera una usual unión de notables<sup>239</sup> volvió a instaurarse en el seno de las elites políticas. Finalmente, las “gloriosas Fuerzas Militares” habrían obligado a los colombianos revoltosos al orden y al respeto por la autoridad y el gobierno.

A continuación, se analiza una interpretación que tiene mucha sintonía con la época en la que fue proferida; en la medida en que las descarnadas acciones que narra el libro terminan en 1953, con el golpe de Estado del general Rojas Pinilla, en el ejercicio de rememoración algunos hechos del pasado son interpretados a

---

237 HERRERA, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, pp. 34.

238 HERRERA, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, pp. 34.

239 PÉCAUT, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, pp. 562. Para una mirada al 9 de abril y sus repercusiones en la Violencia, ver ARIAS, Ricardo, “Los sucesos del 9 de abril como legitimadores de la violencia oficial”, en *Historia Crítica*, No. 17, pp. 40-46, 1998.

la luz de esa situación. En el relato puede verse cómo la Policía, a diferencia de los militares, es la principal culpable de los hechos sucedidos. En esta oportunidad, los “héroes” del 9 de abril son las mismas Fuerzas Militares que deponen a Laureano Gómez y permiten pensar que el fin la violencia y las persecuciones conservadoras han llegado a su fin. Se condena por igual al gobierno de Ospina y la forma como, ante las jornadas del 9 de abril, decide iniciar una “contrarrevolución” en defensa ya no de la “patria” sino de un “partido”<sup>240</sup>. Así mismo, el cura estima que en su momento el gobierno ha debido acabar con todo brote de “subversión”, sin “miserandas contemplaciones partidistas” y que desde entonces se desató “el quinquenio de la masacre, de las depredaciones, de las guerrillas y de las chusmas antiguerrilleras”<sup>241</sup>.

Con respecto a la visión del 9 de abril es justo decir que el cura no sería el único en opinar de esa manera. Como ya se dijo, la unión entre elites políticas, sin distingos partidistas, permitió que la “desordenada” situación retornase a su normalidad. Las elites tuvieron miedo. Las hordas de personas que sacudieron a Bogotá dieron muestras de un poderío que amenazaba con arrebatarles, en cualquier momento, sus muchos privilegios –incluido el bipartidismo. Ante la amenaza internacional del comunismo y sus supuestas relaciones con algunos “peligrosos” elementos criollos, el acuerdo entre dirigentes partidistas sería entonces la solución. El comunicado que dirigen los partidos a los colombianos, tras la reunión de los partidos con el presidente Ospina, sostiene lo siguiente:

“El grave clima de exacerbación política creado por el execrable asesinato del señor Jorge Eliécer Gaitán constituye un serio peligro para la paz pública y amenaza con torcer el rumbo histórico de la Nación. Los directorios de los dos partidos se hallan de acuerdo en la necesidad de restablecer la calma y la normalidad, no sólo para salvar al país de esos gravísimos peligros, sino también para poder encauzar el esfuerzo unido de todos los colombianos hacia la reconstrucción moral y material del país, tan seriamente quebrantada por designios extraños que sorprendieron a los dos partidos históricos en sus métodos de lucha cívica”<sup>242</sup>.

La dominación elitista, más allá de los acuerdos bipartidistas, se asienta entonces en una particular manera de concebir lo social: se fomenta la idea de su

---

240 HERRERA, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, pp. 35.

241 HERRERA, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, pp. 35.

242 *Revista Javeriana*, No. 144, 1948, pp. 194.

heterogeneidad y se la funda en una diferenciación que sería natural<sup>243</sup>. A su vez, se apoya en un lenguaje dirigido hacia la estigmatización social que permite que, en días y momentos como los del Bogotazo, se hable de “bárbaros” y “salvajes”: desde entonces, existe ese “exterior de lo social”, en el que caben todos los elementos que pueden parecerle peligrosos a un sector de la sociedad. Lo paradójico del asunto, siguiendo a Pécaut, reside en que ese tipo de lenguaje utilizado por las élites les es transmitido, a su vez, a los protagonistas de la Violencia.

Afirma igualmente el cura que el Ejército intervino en los hechos del 9 de abril, pero el poder se le dejó a “manos partidistas” que no vacilaron en proferir “la consigna maldita de exterminar uno de los partidos tradicionales”. Las persecuciones se inician y se cae en los ataques contra los “otros”, los que son, a pesar de todo, “hijos del mismo Santo Evangelio y de la misma Santa Madre Iglesia”. Es así como surgen, “por simple instinto natural de conservación y de defensa”, los primeros grupos de autodefensa. Termina la introducción de su libro aceptando el valor de algunas de las guerrillas que se deciden por “la libertad” y “la justicia”.

La narración, como el mismo autor lo señala, deja de ser imparcial ante los hechos evocados. El tercer capítulo, titulado “A morir o a defenderse”, ahonda en el sentido y las razones de los primeros movimientos de autodefensa y se enlaza con otros posteriores, como el octavo capítulo titulado “Es más pecado dejarse matar”, para construir un relato en el que la religión y las guerrillas se tornan centrales en las regiones antioqueñas de Cañasgordas, Urama y Juntas de Uramita: en ciertas ocasiones, algún cura deja la seguridad de su parroquia para internarse en el “monte” y acudir a las necesidades de los guerrilleros en materia de religión; en otras, se narra la persecución de la que son presa los curas por parte de las personas que viven en los pueblos y rechazan la “ayuda” que se le brinda a los supuestos “bandoleros”; finalmente, en la mayoría de escenas se destacan los atentados y hechos de violencia que denotan sevicia y terminan por arrasarse con los individuos miembros del Partido Liberal.

A su vez, la novelización de algunos personajes históricos (líderes guerrilleros, entre otros, como Manuel Giraldo, Arturo Rodríguez, Anibal Pineda, Jesús Emilio Arenas y Jesús Franco) le da cuerpo a la mayoría del libro. De esta manera, el lector se entera de los supuestos perseguidores y perseguidos con nombre propio. El último capítulo, tras haber conocido de primera mano diversos hechos de violencia, cierra el libro con una total devoción hacia el general Rojas Pinilla.

---

243 PÉCAUT, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, pp. 603.

“¡Bendito sea! Él, que había hecho descubrir a Colombia, y la había redimido en Boyacá. Él, que la había recibido bajo su protección divina y soberana, abrió una ceja de luz sobre ese abismo de tinieblas y de sangre, de ruinas y de muerte. Y como envió a Colón, y como envió a Bolívar, así envió ahora un hombre valiente y sin miedo, ecuánime y digno que abatiera en nombre de la misma Patria y para siempre al basilisco, y dejara oír su voz vibrante y firme de paz, de libertad y de justicia: ‘¡No más sangre, no más depredaciones a nombre de ningún partido político! ¡No más rencillas entre hijos de la misma Colombia inmortal!’”<sup>244</sup>.

Haciendo uso de un prisma religioso, el cura teje, entonces, un testimonio en el que los diversos feligreses desfilan por las páginas del libro para solicitar la ayuda y los servicios de la Iglesia; la religión, a su vez, se ejerce como elemento cohesionador de lo social. La “aparición” de Rojas, en este contexto, parecería fruto de la Providencia y de ahí el carácter mesiánico que se le adjudica al personaje histórico que, un año después, será considerado un dictador.

### 3.1.2. ¿Curas “bandoleros”?

Ante los ataques del gobierno contra la población liberal, diversos curas que colaboran con las personas damnificadas y decididas a defenderse se ven obligados a dejar sus parroquias. Una situación en la que, según Blandón Berrío, “los pueblos se derrumban hacia la ruina espiritual, moral y material”. Cuando el cura no cae en extremismos partidistas –relata el autor–, la engorrosa tarea de visitar a las guerrillas y granjearse enemigos conservadores cobra particular importancia en el texto. El séptimo capítulo, por ejemplo, lleva por título “Las guerrillas oyen misa” y describe las acciones del padre Jiménez, quien llega a Dabeiba, población que para entonces lleva un año sin cura, y decide dirigirse hacia Camparrusia, donde se congregan las personas que huyen de los ataques de la policía conservadora y entran a formar parte de las guerrillas de autodefensa. En compañía de estas personas, que lo reciben animosamente, el cura se entera de los múltiples apellidos y razones que explican su situación.

En lo que tiene que ver con las guerrillas, el autor afirma que mientras las persecuciones crecían en Antioquia, en regiones como los Santanderes, Cundinamarca, Boyacá, el Huila, Tolima, y el Valle la “necesidad lógica” de un “mo-

---

244 HERRERA, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, pp. 316.

vimiento defensivo de contraviolencia” ya había empezado. Y agrega que a pesar de lo legítimas y justas que eran sus acciones, el editorial de *El Colombiano del* 31 de marzo de 1952 afirmó que “es monstruoso intentar llamar guerrilleros a los actores de la contraviolencia”<sup>245</sup>.

En ese mismo sentido, cita una carta del mayor Juan de Jesús Franco, comandante general de las fuerzas revolucionarias del suroeste y occidente antioqueños, dirigida al gobernado Militar de Antioquia el 1 de julio de 1953, en la que el guerrillero explica las razones por las que se decidió por la autodefensa al ser “aplanchado”<sup>246</sup> en la Casa Liberal de Medellín. En el mismo documento, el comandante guerrillero hace énfasis en lo justas que han sido sus actividades –siempre respetuosas de los indefensos– y se declara molesto con el hecho de que sus hombres y él, a pesar de haber defendido a muchas personas, sean descritos con el calificativo de “bandoleros”.

En un informe de comisionados enviado por el gobernador a 30 municipios se calcula que operaban 3.650 chusmeros liberales, en occidente y suroeste, y 1.560 en el Magdalena Medio para un total de 5.210 combatientes activos. Se sabe de 3.419 voluntarios conservadores que pedían “se les arme contra los chusmeros”, y en el mismo documento se da un juicio sobre la actuación de los párrocos en el que su grado de colaboración con el conservatismo es calificada de “muy buena” a “peligrosa”. De cuatro curas, incluido Blandón Berrío, se pide su retiro explícito e inmediato de la parroquia.

“Deben ser retirados por connivencia los señores curas párrocos de: Anzá: R.P. Ramírez; Juntas de Uramita: RR.PP. Blandón y Gómez; Dabeiba: R.P. Gaviria; Urao: R.P. Ramírez. Asumen actitud sospechosa los de Caycedo (extranjero), Guasabra y Caracolí”<sup>247</sup>.

La oposición conservadora, por su parte, hizo circular un panfleto titulado *De caín a pilatos o Lo que el cielo no perdona* en el que su autor, bajo el seudónimo de Testis Fidelis –testigo justo– se da a la tarea de replicar la información que aparece en el testimonio del cura y en la novela titulada *Viento Seco*, escrita por el médico liberal Daniel Caicedo para narrar matanzas como las perpetradas

245 HERRERA, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, pp. 58.

246 Nombre con el que se le conoce a la práctica implementada por la policía conservadora, mediante la cual se golpeaba a las personas con la plancha del machete como primera advertencia.

247 Resumen de los informes y solicitudes de los comisionados de 30 poblaciones afectadas por la Violencia, Departamento de Antioquia, Agencia Fiscal en Bogotá. Medellín: documento de finales de 1952, citado en MESA, Gustavo, Representaciones religiosa y la violencia en Antioquia, 1949-1953, pp. 370 nota de pie No. 1088.

por los “pájaros” el 22 de septiembre de 1948 en la Casa Liberal de Cali. Dicha novela, bastante rica en información, permite identificar con mayor nitidez el tipo de argumentos utilizados para contrarrestar una narración como la del cura, en la que se enjuicia a un sector grande de la Iglesia, se recrimina a los políticos conservadores y se realza el valor de las guerrillas de autodefensas. Se trata, si se quiere, del testimonio de un “contradestinatario”. Se inicia el texto con un prólogo escrito por Juan Roca Lemus (Rubayata) en el que se lee lo siguiente:

“Y eso ha sido Colombia: el primero y más preciso conejo de indios del Laboratorio comunista, a cuyo servicio ha estado y estará y pretenderá estarlo, esa cosa crasa, gorda, tocinera, ruda, primitiva y canalla que se llamaría siempre el ‘ Gran Partido Liberal ’”<sup>248</sup>.

Acabado el prólogo, con el que se ataca al Partido Liberal, el libro empieza a cuestionar algunas de las más variadas estrategias empleadas por determinadas personas para narrar los trágicos hechos ocurridos en el país. Así, por ejemplo, ante una publicación de la revista *Latin America Today* (Junio, 1953, Vol. 3, No. 6) en la que se comenta el asesinato de protestantes, el texto se pregunta lo siguiente:

“¿Si la Constitución de Colombia garantiza que “nadie será molestado por razón de sus opiniones religiosas” (Art. 53), podrá la Constitución de Colombia dar libertad en el país, para que la propaganda protestante prosiga esparciendo la calumnia contra todo nuestro pueblo colombiano y contra su religión?”<sup>249</sup>.

Se trata, así, en un tono doctrinario de hacerle frente a la información publicada para divulgar las injusticias cometidas durante la fase inicial de la Violencia. A su vez, se busca relacionar los hechos de violencia ocurridos con la existencia de diversos grupos de “bandoleros” diseminados a lo largo del territorio. Sobre éstos llueven las asociaciones más diversas y en algunas ocasiones se publican fotos de personas desfiguradas en otros países por “bandoleros comunistas” para compararlos con los supuestos crímenes que los bandoleros colombianos habrían cometido.

---

248 TESTIS FIDELIS, *De Caín a Pilatos o Lo que el cielo no perdonó*, sin fecha ni indicaciones de publicación. El docente del Liceo Antioqueño, Juan Manuel Saldarriaga, en realidad escribió cuatro textos más bajo el mismo pseudónimo y con el mismo objetivo de hacerle frente a los liberales: *Laureano Gómez o la tenacidad al servicio de la justicia y la patria* (Granamérica, Medellín, 1950), *El régimen del Terror o 16 años en el infierno* (s.p.i., Medellín, 1951), *El basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo* (Tipografía Olímpica, Medellín, 1953), *Del humorismo al asfalto* (1955).

249 TESTIS FIDELIS, *De Caín a Pilatos o Lo que el cielo no perdonó*, pp. 2.

Una novela que hace las veces de “Introducción” en el libro, titulada *La noche quedó atrás*, narra los hechos de violencia ocurridos a partir del 9 de abril, ubicando a los gaitanistas como los culpables de desatar una revolución que tendría por objetivo vengar la muerte del cuadrillo liberal. El comunismo, nuevamente, sería la amenaza que se yergue sobre el país. Un capítulo entero reproduce “el famoso plan A” –escrito por liberales para orientar la lucha clandestina y los movimientos de autodefensa– y se sugiere que el apoyo a los “bandoleros del Llano” era considerado por los dirigentes liberales como un “deber”. Cuando la transcripción del documento liberal ha tocado su fin, se le dirigen las siguientes frases al cura Blandón Berrío:

“¿Qué es lo que el cielo no perdona? Lo que el cielo no perdona, don Fidel Blandón Berrío, es haber desatado la violencia política en este país en 1930 asesinando 10.000 conservadores para imponer un régimen de minoría; luego cuando perdieron el poder en 1946 conspirar colaborando hasta abortar la revolución en la cloaca del 9 de abril en la cual no hubo crimen que no se cometiera y finalmente cuando no pudieron tumbar el gobierno conservador retirarse a la aldea lejana o a la encrucijada aleve para asesinar ancianos, mujeres y niños arrodillados!”<sup>250</sup>.

El libro continúa en el mismo tono y ataques contra los “bandoleros”, protestantes, comunistas y liberales. El sentido del título, *Lo que el cielo no perdonó*, se fundamenta en la creencia en una justicia divina, según la cual como los “bandoleros” asesinaron personas, alguien o algo (en el libro se menciona la muerte de algunos “bandoleros” ocasionada por derrumbes) los asesinará a ellos (“lo que hicieris al menor de mis hermanos, a Mí me lo habéis hecho”; “el que a hierro mata a hierro muere”, etc.). En lo único que concuerdan, y ello hace pensar que el libro de Testis Fidelis fue escrito rápidamente para contrarrestar el del cura Blandón Berrío, es decir fue escrito hacia 1954, es en la segura confianza en el gobierno de Rojas Pinilla y en el papel de las Fuerzas Armadas.

### **3.2. La autoridad para hablar: el caso del obispo Miguel Ángel Builes**

Si algo caracteriza al obispo de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes, es el hecho de desplegar todos los medios de los que dispone para imponer sus miradas de los otros. En su trabajo sobre las representaciones religiosas durante la Violencia

---

250 TESTIS FIDELIS, *De Caín a Pilatos o Lo que el cielo no perdonó*, pp. 60.

cia en el departamento de Antioquia, el historiador Gustavo Mesa arremete contra la participación directa de la Iglesia en la Violencia. Al respecto, sostiene que

“(…) más que sobre unos episodios, a los curas párrocos, o a sus coadjutores, cuya función mediadora entre sectores sociales era el cemento del andamiaje del poder clientelar en un municipio paisa, se les puede responsabilizar de hacer uso del aspecto religioso de la vida pueblerina dominada por ellos para lograr unos objetivos políticos sin asumir todas las consecuencias que ello acarrearía. Todos los recursos de las representaciones religiosas y, dentro de ellos la liturgia, fueron puestos al servicio de un propósito político, hasta comprometer al sacerdote al mismo tiempo con la vida y con la muerte”<sup>251</sup>.

Según su propia reconstrucción del periodo, fueron 6159 hechos de violencia además del número de muertos; entre estos hubo 756 heridos, 22 violaciones, 160 ataques a pueblos, edificios o residencias, 88 movimientos de desplazamientos humanos, 5 ataques a edificios públicos, 77 robos y 199 incendios o saqueos, 21 ataques al ejercicio del sufragio, 20 casos de destrucción de símbolos relacionados con los partidos y 74 ataques religiosos. El clero de la diócesis de Santa Rosa de Osos, por su parte, a lo largo de todo el periodo ocupa el primer lugar en acciones relacionadas con violencia y va aumentando a medida que crece la Violencia; le sigue la diócesis de Antioquia y la de Jericó. La arquidiócesis de Medellín, a pesar de ser la del clero diocesano más numeroso, con más del 53% del total de los 513 efectivos en 1953, tuvo una participación moderada<sup>252</sup>.

La influencia de Builes aumenta al fundar la única imprenta del Norte de Antioquia para divulgar las verdades incontestables de la Iglesia y al crear un seminario de párrocos en Santa Rosa con el único objetivo de proteger a los seminaristas de lo que llamaba el “modernismo” y de las distracciones que podían sacudir las costumbres protegidas. En Yarumal, abre otro seminario, pero esta vez para misioneros que se desplazan a promulgar las enseñanzas de la Iglesia entre los indios de la diócesis. Si anteriormente los misioneros que divulgaban la palabra de la Iglesia provenían de España, sostiene Christopher Abel, hacia 1936 el seminario de Yarumal contaba con 100 alumnos<sup>253</sup>.

La importancia del obispo con el tiempo irá aumentando a nivel nacional. Pese a sus referentes decimonónicos y de cruzada religiosa, su cercanía con los

---

251 MESA, Gustavo, Representaciones religiosa y la violencia en Antioquia, 1949-1953, pp. 31.

252 MESA, Gustavo, Representaciones religiosa y la violencia en Antioquia, 1949-1953, pp. 109.

253 ABEL, Christopher, Política, *Iglesia y partidos políticos en Colombia*, pp. 305.



futuros mandatarios, Ospina Pérez y Gómez, le permiten ganar visibilidad. Ya en 1946, antes de las elecciones, el Nuncio le pide un informe sobre el estado de la Iglesia y los males que la aquejan. El folleto que entrega plantea que el gobierno liberal, fuente de todos los males, “es realmente hostil a la iglesia aunque aparentemente favorable”. El liberalismo colombiano sostiene en un tono que hace recordar las guerras civiles del siglo XIX, “ha sido y es enemigo de la iglesia y no puede ser aceptado por los católicos”. La mayoría del episcopado, dice, es enemiga “de la condescendencia con el Gobierno en sus actuaciones perjudiciales a la religión”, y afirma que se debe luchar con mayor ahínco para defender la fe y las costumbres”. Para terminar, sostiene que “La provincia piensa muy distinto a como piensa la Curia Primada”<sup>254</sup>.

El tema de la relación entre provincia y ciudad es de crucial importancia; en tanto que representante de la primera, se niega a los embates de la segunda: determinados cambios en la esfera moral (desconfía del cine, del baile, de la enseñanza mixta) le significan perder el control del orden social. Así, de sus viajes a diferentes ciudades plantea representaciones igualmente contrarias: de Cuacasia dirá que es “una horrenda Babilonia, un nido de culebras emponzoñadas, un gran prostíbulo” y de los bugueños, por el contrario, dirá que “son tan buenos y leales”<sup>255</sup>.

Hacia abril de 1946, es claro en su diario la forma cómo participa en política. Escribe que empezó “una novena a San Miguel Arcángel, unidos ambos conventos de Activas y Contemplativas, ofreciendo al Señor todas nuestras obras de los 9 días” para que “nos dé el próximo 5 de mayo el triunfo del candidato católico a la Presidencia” y pierda entonces Turbay, “turco y por lo mismo extranjero, apoyado por el liberalismo oligárquico, por el comunismo y por la masonería” y Gaitán, “jefe de la demagogia” y “peligroso por sus antecedentes izquierdistas y comunizantes”. A su vez, predica desde el púlpito para que se elija “al candidato de la iglesia” y narra cómo hizo resaltar “el hecho de que las manos realizan las obras, buenas o malas. Abominable acción tomar en la mano diestra una boleta para elegir un presidente enemigo de la Iglesia y meterla en la urna por un enemigo de Cristo”<sup>256</sup>.

Ante el triunfo de los conservadores se le ve eufórico, y, de hecho, dice que le dan las gracias por el mismo; “Empiezo a recibir telegramas por cargas, en que

---

254 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, Manuscrito sin publicar, Archivo Diocesano, 1946, pp. 151-152.

255 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, Manuscrito sin publicar, pp. 158.

256 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, Manuscrito sin publicar, pp. 166.

me felicitan porque dizque he tenido buena parte en este triunfo”<sup>257</sup>. Insiste en la tarea de atacar todo lo que considera “liberalizante” en su diócesis e intenta imponerlo afuera: “o están dispuestos a sujetarse en todo al yugo suave de la obediencia”, les dice en el seminario de Misiones, “o se van a sus casas y a sus pueblos donde podrán quizás hacer su voluntad sin pecar”<sup>258</sup>.

A los protestantes, “esos incircuncisos”, les sigue la pista a través de su ejército de curas párrocos y religiosos dispuestos a imponer su visión del orden social. Escribe en diciembre del mismo año que el Reverendo Padre Francisco Gallego trae “muy malas noticias” de Segovia, debido a que “el grupo de misioneros protestantes está ya establecido y difícilmente se les podrá arrojar”<sup>259</sup>.

Cuando llega el 9 de abril, que marca un quiebre como en el resto de narraciones, su lucha contra el liberalismo sólo ha empezado. Dice que le “Achacan su muerte al Gobierno de Ospina Pérez” pero ya “veremos que los autores son los mismos que están hablando, o mejor, el mismo liberalismo disfrazado de comunismo y ayudado o movido por éste”<sup>260</sup>. El 5 mayo narra su reunión con Laureno Gómez, quien “Está decaído y pesimista, sobre todo por la impunidad de los incitadores a la rebelión contra el legítimo gobierno y a los horrendos crímenes de los días rojo”, así como por su “biblioteca de Fontibón y su edificio del Siglo y cuanto en su Siglo y su casa había sido destruido”<sup>261</sup>.

El 9 de abril le genera serios disturbios, y de ahí que felicite la mano dura del gobernador, “que tiene algo de fierro o de templado acero” e intenta pacificar a Antioquia.<sup>262</sup> Como en los casos anteriormente vistos, el 9 de abril causó pánico entre las elites, y con mayor razón aun entre las elites eclesiásticas dado, que sus símbolos fueron destruidos. Ese sentimiento lo supieron plasmar los obispos en sus pastorales colectivas del 6 de mayo y del 29 de junio. Con el 9 de abril, la Violencia adquiere características de guerra civil. Un día después del Bogotazo, el gobernador desencadena la represión, especialmente en el área rural, con el objetivo de sacar a los gaitanistas de las periferias como el nordeste, en Zaragoza y Caucasia, en Peque y en Puerto Berrío. De ahí las voces de aliento del obispo Builes. Mesa explica que se utilizaron “guardias civiles” conformadas de civiles reclutados de Abejorral y en poblaciones del oriente conservador como en el caso

---

257 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 166.

258 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 189.

259 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 561.

260 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 616.

261 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 618.

262 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 628.

de Sonsón, de la misma forma que el gobierno central se supo servir de los chulavitas de Boyacá.<sup>263</sup> Como en otros departamentos, una vez se rompe la colaboración instaurada entre liberales y conservadores tras el 9 de abril, se desencadena una violencia de la cual ya no habrá retorno.

Un mes y un día después del Bogotazo, con lo que sólo se contribuye a la polarización, Builes se queja de que el liberalismo en sus periódicos “sigue revolviendo e intranquilizando, pidiendo la impunidad por los culpables intelectuales de la revuelta, las masacres, los incendios, el saqueo, los sacrilegios, los sufrimientos de la patria, etc.”<sup>264</sup>. Narra que acabó de redactar su pastoral del 9 de abril, cuya esencia “será probar que el liberalismo es el causante del triste 9 de abril” y escribe “Quiero lanzar mi verdad, esa verdad que nos hará libres”<sup>265</sup>. Preocupado por dónde la publicarán, menciona que “Al menos los directorios conservadores departamentales y el nacional, reunidos en Medellín, la conocerán porque me lo ha rogado el Doctor Betancur, presidente del Directorio Conservador de Antioquia. Quién sabe si temerán”. La pastoral, de la que espera un efecto superior al que produjo la del comunismo, se la publican en *El Colombiano*, “único diario conservador en Antioquia en la actualidad”<sup>266</sup>.

De pueblo en pueblo, porque lo cierto es que no para de redactar cartas y comunicados, de visitar los confines de su Diócesis y dirigirse a sus curas párrocos, en algún momento llega a recibir un arma de la mano de un “Don Miguel Bedoya”, quien le pregunta si anda armado para en caso de un ataque sorpresivo pueda defenderse.

“(…) Excelencia, me dice: si me recibe el obsequio de uno, calibre 32, mi socio que viene aquí con nosotros me cede el de él, nuevo y estupendo. No le regalo el mío porque está ya muy viejo. Yo le agradezco su fineza y un revolvercito calibre 32 con sus cinco “registros” (como los llamamos ahora por cargarles los sacerdotes a manera de “breviarios” de metal) brilla en mis manos y en el bolsillo de mis zamarros. Es un regalito que vale 300 pesos. Mil gracias Don Miguel”<sup>267</sup>.

---

263 MESA, Gustavo, Representaciones religiosa y la violencia en Antioquia, 1949-1953, pp. 132.

264 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 630.

265 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 631.

266 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 631.

267 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 673.

En adelante, duerme “acompañado” de sus “«tres caballos» bien aceitados”<sup>268</sup> y continúa ejerciendo presión sobre el liberalismo. La intensidad de la violencia que azota al departamento antioqueño empieza a reflejarse en su diario. Su reacción, cada vez más vehemente, es la de fustigar a los liberales con sus pastorales. Goza del agradecimiento de “los políticos cristianos de Medellín”, refiriéndose al doctor Luis Navarro Ospina, y entonces saca adelante su pastoral titulada “La batalla contra la Iglesia” con un tiraje de 500.000 ejemplares. Se acercan las elecciones del 5 de junio y entonces se hace necesario incentivar la intervención directa en la política desde el pulpito. Da órdenes en ese sentido y como pierden, extrañado decide empezar a negar los sacramentos.

La lectura que hace de la prensa internacional lo lleva a interiorizar la idea de que Moscú se opone a Roma, la idea de que el mal se enfrenta al bien, como habría quedado claro con el 9 de abril. Cristianismo y comunismo deben entonces separarse, como bien lo señaló el Papa (Pío XIII) al excomulgar a los comunistas. Es “mejor no andar en esa mezcolanza de trigo y de cizaña”, sostiene<sup>269</sup>.

Ante el recrudescimiento de la violencia, los industriales y comerciantes de los dos partidos políticos se unen a los de Bogotá clamando por la paz, ante lo cual el obispo se pregunta si es que están en guerra. Después de todo, y esto lo asumirá durante toda la Violencia, “no hay paz con los impíos”<sup>270</sup>. Por el contrario, contribuye a que la violencia se expanda. En un viaje a Segovia, ante las amenazas de las que ha sido objeto, celebra y exalta el hecho de que el alcalde reparta “cajas y cajas de pertrecho y cartuchos de dinamita y ametralladoras, significando a los liberales del lugar –el 90%– que bien pudieran disuadirse una línea o dar un abajo al señor Obispo o al clero o a la religión para que vieran cómo se va a la cárcel, o al cementerio. ¡Qué útil y provechosa actitud!”<sup>271</sup>.

Ante la elección de Laureano Gómez como presidente, ocurrida ante la abstención de los liberales y la persecución de los conservadores, amanece contento y unos días después, lo felicita por su triunfo, “que garantiza la paz de la iglesia y la libertad y progreso de la patria”<sup>272</sup>. A pesar de que avanza el tiempo, los hechos del 9 de abril adquieren mayor relevancia. En ocasiones parecería como si todo volviese a ese día, del que dice “la capital...nada aprendió”, refiriéndose al

---

268 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 673.

269 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 200.

270 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 218.

271 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 267.

272 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 280.

hecho de que algunos prelados de la ciudad abogan por la paz<sup>273</sup>. Desde su punto de vista, y dado que la Violencia va en aumento, la guerra fue declarada por los liberales disfrazados de comunistas el mismo 9 de abril en que a nivel nacional fueron atacados los mayores símbolos religiosos.

En agosto de 1950, puede leerse por primera vez el uso de la palabra “bandolero” para referirse a un ataque que hubo de la chusma a Caucasia. Emite entonces un comunicado al gobernador de Medellín, que hace explícitas sus relaciones con el poder local y su responsabilidad en la forma como la Violencia, ya en el año de 1952, llegará a sus niveles más altos. Con respecto al ataque a Caucasia escribe que es “urgente necesidad castigo ejemplar autores intelectuales tantos horrores (...) Merecen sin comparación castigos ejemplares”<sup>274</sup>. Empieza a divulgar, por toda su diócesis, “los horrores que están cometiendo contra los sacerdotes y los conservadores los bandolero-político-rojos del occidente antioqueño, los Llanos y Santander del Sur. Yo procuro no exasperar pero hacer conocer la verdad”<sup>275</sup>.

Ya hacia finales de 1951, la violencia en la periferia de su diócesis es cada vez mayor y por ello en más de una ocasión lo incitan a colaborar con la paz ante lo cual insiste en que “no hay paz con impíos” y “todas las corrientes liberales, derechistas, izquierdistas e intermedias” son “corrientes de impíos”<sup>276</sup>. Prefiere que frente a los bandoleros “se establezca la pena de muerte, fusilen unos cuantos y entonces los demás cesarán en sus horrendos crímenes”<sup>277</sup>. Su participación en los hechos, ya alta, deriva en la completa aceptación de la formación de contrachusmas. Narra una conversación que tiene con el gobernador, en la que éste acepta la “casi imposibilidad de vencer la chusma por los métodos de guerrilla que están empleando”; “que ni el gobierno central, ni el departamental han podido debelar a los bandoleros pero que emplearán otros procedimientos según convenio de tres días antes: nombrar policías de la región donde se ha de laborar, ya que conocen los lugares y las familias y están dados al clima y pueden dar un resultado más eficaz”<sup>278</sup>.

Para marzo, la Violencia en el departamento de Antioquia ya ha alcanzado sus niveles más altos y él mismo lo puede notar a su manera.

---

273 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 370.

274 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 403-406.

275 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 406.

276 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 704.

277 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 717.

278 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 776.

“El estado de nuestro departamento es deplorable, el occidente con la ciudad de Antioquia por capital, ya es el liberalismo; el suroeste aunque tradicionalista hasta la médula, está bien saturado de bandoleros por todas partes hasta el Chocó; el nordeste quedó asolado, y según carta del Señor Cura de Remedios, su oficio en la actualidad es recoger en esos campos... los esqueletos de los asesinados hace pocos meses y que no habían podido ser sepultados; el norte no puede ser más desgraciado en toda la región de Caucasia, es decir, el Bajo Cauca”<sup>279</sup>.

La unión de los gremios por la paz se intensifica. El temerario gobernador, Braulio Henao Mejía, realiza una reunión en la que nuevamente “Se habla de paz” y “de pacificar el Departamento”, pero como él no cree que estén en guerra, insiste en que “Lo que existe es un bandolerismo aterrador que al grito de “Viva el partido liberal” asesina todo conservador... Paz entre verdugo y víctimas... No es paz lo que se ha de buscar, es la represión de los bandidos y su extinción si es preciso”. La radicalización de su discurso no da tregua. El propio guerrillero liberal de Yacopí, mientras escribe su diario escondido en el monte, recibe lo suyo: “¿Paz con Saúl Fajardo por ejemplo que ha asesinado dos centenares de inocentes con aterradora sevicia? ...No, paz no es lo que se pacta: el pacto ha de ser que eliminen estos demonios de carne humana... Vuelvo a repetir: paz con quién? Represión es lo que se necesita”. Al final dice que salió satisfecho de la reunión “porque parece que han entendido mi modo de pensar al respecto”<sup>280</sup>.

Como Saúl Fajardo, y de hecho peor, el cura párroco Blandón Berrío es objeto de todo tipo de señalamientos por parte del obispo Builes. Por colaborar con las guerrillas, recibe todo el peso de su enemistad. El coronel Gómez, a quien le encargan la odiosa tarea de “pacificar” el Departamento en el momento de su mayor violencia, visita el 11 de septiembre al obispo para pedirle que interceda ante la diócesis de Antioquia para que los curas que son permisivos con los “bandoleros” sean expulsados o, en su efecto, recibidos en su propia de Diócesis de Santa Rosa de Osos. “A la pregunta de si después de matarlos por “estar estos sacerdotes en los grupos armados”, le responde que “el ejército estaba obligado antes bien a cumplir su deber... Le referí la historia de Franco, Generalísimo de España, quien tuvo que fusilar varios sacerdotes vascos por traidores a la Iglesia y a España al enfilar con los comunistas españoles”<sup>281</sup>. Finalmente cinco párrocos son arrestados en Urabá por el delito de colaboración. A pesar de que está feliz, dice que

---

279 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp 50.

280 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 66.

281 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 145.

“son 8 y no 5 los sacerdotes así pervertidos”<sup>282</sup>. Entre los cuales está el párroco Blandón Berrío que para ese entonces ya habrá sido expulsado de su diócesis.

Hacia noviembre 3, y nuevamente ante una consulta del nuevo gobernador Arango Ferrer, incentiva la destrucción del pueblo entero de Peque. Escribe en su diario que el gobernador, argumentando que se trata de un “nido del protestantismo y centro de operaciones de bandolerismo”, considera que lo oportuno es “destruir” el pueblo, cuidando de no tocar los “vasos, ornamentos y vasos sagrados”. Pregunta el gobernador que si esa acción será permitida y el responde que “¡La guerra es guerra!... y la táctica de la guerra se lo exige. En consecuencia bien pueda preceder. Así se recuperará el pequeño estado liberal que tienen por allá y cesarán tan espantosos crímenes”<sup>283</sup>.

Por esos días, ya estará en marcha el proyecto de reforma a la Constitución adelantado por Laureano Gómez. Con respecto al corporativismo, sostiene que es “el único medio de eliminar los partidos tradicionales, quitarle al menos mucha fuerza al liberalismo que ya se fue a las izquierdas. El viejo individualismo mancheteriano o liberalismo individualista ya no existe: se fue a otro extremo, trocándose en comunismo ruso... (el liberalismo) es destructor del orden, es asesino, es ladrón, es “liberalismo”, la pocilga de todos los errores”<sup>284</sup>. Pese a la buena amistad, las diferencias con Laureano Gómez comienzan en el momento en el que éste decide arremeter contra Ospina –“la enorme injusticia de los deselengados contra marianito...”<sup>285</sup>. Se pregunta, dada la intensidad que adquieren las diferencias entre los dos políticos conservadores, si se le estará “reblandeciendo” el cerebro” a Gómez. Llega incluso a escribir, ante “la tragedia de aviación ocurrida... cerca de Magangué”, en la que fallece el hijo de Laureano Gómez, Rafael Gómez Hurtado, lo siguiente: Una sola voz se oye: castigo de Dios por la horrenda injusticia con marianito”<sup>286</sup>.

Llega junio 13 y el general Rojas Pinilla se toma el poder. Escribe que notó “un aura de satisfacción general en todos los rostros”<sup>287</sup>, pero ya de entrada reniega por las amnistías a los “bandoleros”, “además de dar amnistía a todos los bandoleros de la república después de tan escalofriantes y numerosos crímenes, asesinatos y robos”.

---

282 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 151.

283 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 177.

284 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 184.

285 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 237.

286 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 265.

287 BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, pp. 263.

## CONCLUSIÓN:

### CONSIDERACIONES FINALES: ACERCA DEL RECONOCIMIENTO

A pesar de sus incendiarias pastorales convertidas en material de lectura obligatoria en más de una parroquia y publicadas varias veces en distintos periódicos, de sus incitaciones abiertas a la violencia contra todo el que pudiese parecer liberal o intentase oponerse a los preceptos de la Iglesia católica, y de sus esfuerzos por evitar cualquier acuerdo que condujera a la paz con los que llamaba los “impíos”, el 2 de julio de 1952 el gobierno del presidente Laureano Gómez condecora con la cruz de Boyacá al obispo de la Diócesis de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes, con motivo de los 25 años de la fundación del Seminario de Yarumal.

Se premia, así, a uno de los responsables directos de las angustiantes horas vividas en el departamento con la tercera mayor cantidad de muertos registrados en el país durante la Violencia. La condecoración termina por reconocer la utilidad de las múltiples representaciones del “otro” que el obispo forjó y a través de las cuales le impuso una etiqueta a aquéllos a quienes consideraba contrarios a la moral cristiana y sus costumbres más decimonónicas y parroquiales: liberales, protestantes, indígenas, negros, prostitutas, miembros del clero, obispos, bandoleros y guerrilleros fueron en algún momento juzgados como diferentes por el prelado a partir del poder simbólico –la autoridad para señalar y construir al “otro”– que le confería el obispado, el respaldo de la clase política local conservadora y el apoyo de una facción importante del clero radical e intransigente.

Fueron pocos los que en su incesante obra de misionero y en su ardua labor diaria de lectura y redacción de cartas, periódicos y comunicados pudieron escapar de la pluma y el verbo del obispo más citado en la historiografía de la Violencia<sup>288</sup>. La condecoración, en el año de la Violencia en el que más muertos hubo en

---

288 Desde el libro clásico de Fals Borda, Guzmán y Umaña hasta el imprescindible texto de Mary Roldán sobre la Violencia en Antioquia, pasando por Pécaut, Arias, Acevedo, Sánchez, Abel, Henderson y otros, las referencias a las pastorales del obispo Miguel Ángel Builes son recurrentes.



Antioquia, viene a ser un reconocimiento al obispo por el orden social defendido –la recristianización de la sociedad, la revolución del orden nuevo, etc.– y los valores impuestos con espíritu de cruzada. El diario que escribió, entre los años de 1945 y 1952 –se sabe que escribió un tiempo más, hasta el 7 de marzo de 1967, pero no fue posible acceder al resto del material– reposa en el Archivo Diocesano de la diócesis de Santa Rosa de Osos. A la fecha pocos han accedido a su lectura<sup>289</sup> debido a que se lo cuida celosamente a la espera del proceso de *canonización* del obispo, para lo cual el manuscrito fue transcrito en una edición especial.

Un día después del evento de la Cruz de Boyacá, el obispo de la Diócesis de Santa Fe de Antioquia, Luis Andrade Valderrama, se ve obligado a huir hacia los Estados Unidos y a dejar su diócesis para siempre ante la persecución que se desata contra los eclesiásticos que no comparten la idea de que todas las guerrillas liberales son simples grupos de bandoleros. Los acosos verbales e intrigas del obispo de Santa Rosa de Osos cobran entonces otra víctima. A manera de reacción el cura párroco de Juntas de Uramita, Fidel Blandón Berrío, le dedica su novela histórica *Lo que el cielo no perdona* al obispo Andrade Valderrama con el objetivo explícito de reconocer el mérito y el valor del prelado amenazado. Habiendo sido él mismo una víctima más de la insufrible persecución, es obligado a abandonar su feligresía como lo hicieran otros de los curas a los que les da la palabra en su texto.

Apodado “godo empedernido y estrafalario”, “chusmero”, “patiamarillo” y “guerrillero” en más de una ocasión<sup>290</sup>, tras la publicación de su novela, la vida del cura párroco Blandón Berrío se torna en una pesadilla aún más angustiante que la vivida durante los años de la Violencia. Su cercanía a los guerrilleros liberales liderados por el comandante Franco y sus intentos por llegar en más de una ocasión a acuerdos de paz, con el apoyo del obispo Luis Andres Valderrama, que permitieran ponerle fin a la violencia desatada por los chulavitas le crearon más de un enemigo. Los que no tenía le surgieron con el libro.

Antes de su escritura, el cura adopta el nombre de Antonio Gutiérrez Berrío, que es como muchos le conocieron, y al dejar su parroquia se dirige hacia Medellín en donde se topa con una multitud de personas que huyen de la Violencia. Decide que su labor es la de regresar a miles de familias del occidente antioqueño a los lugares de los que fueron desalojados, y en una marcha, cuyo testimonio

289 De aquí que libros tan completos como el de Mary Roldán sobre la Violencia en el departamento de Antioquia no lo utilicen.

290 HERRERA, Ernesto León, *Lo que el cielo no perdona*, pp. 31.

quedó grabado en un folleto escrito por el periodista Alberto Yepes<sup>291</sup>, se dirige hacia el municipio de Peque, que ha sido previamente arrasado por las fuerzas departamentales con el beneplácito del obispo Miguel Ángel Builes.

Tras liderar la marcha, se ve forzado a huir de nuevo. Se asienta en Bogotá y es aquí en donde escribe su relato bajo el pseudónimo de Ernesto León Herrera. La conmoción ocasionada por el texto, en el que narra con nombres propios los hechos de violencia que presencia en el occidente antioqueño, le exige esconderse una vez más. Cuenta el prólogo a la cuarta edición de su libro, escrito por Ferdinando Casariego Cáceres, que

“Se dijo entonces que se había ido a los Llanos para llevar a los guerrilleros parte del dinero de su libro. Otros afirmaron que había puesto tierra de por medio y que se encontraba por la Costa Atlántica. Se rumoró que había sido asesinado y su cadáver lanzado al río Sogamoso. Curas y religiosas sostenían que había viajado a Roma a denunciar a los obispos politiqueros”<sup>292</sup>.

Lo cierto es que habiendo Rojas concedido las primeras amnistías a los guerrilleros y tras renunciar a la vida eclesiástica, intenta radicarse en diferentes lugares del territorio nacional (Cúcuta, Villa del Rosario, la Serranía de Bobalí, Bucaramanga, El Dificil) en los que funda colegios y ejerce como profesor. De todos los sitios a los que llega, tras ser reconocido, se le persigue y obliga a desplazarse hasta que un día es encontrado y obligado a dirigirse rumbo a Bogotá, “de juzgado en juzgado y de cárcel en cárcel, sin que conociera los motivos de su detención”<sup>293</sup>.

Aparece encerrado en la cárcel de Santa Rosa de Viterbo (Boyacá), cuyo director no logra explicar la razón por la cual se le detiene. De ahí, gracias a que algunos amigos que lo protegían en El Dificil (Magdalena) interceden ante el Procurador General de la Nación, Hidalgo Bueno, es conducido a Bogotá. Dos detectives lo trasladan a las dependencias del antiguo Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC), hoy DAS, en donde permanece varios días hasta que se establece que existe una orden de captura en su contra por haber escrito *Lo que el cielo no perdona*. Del SIC se le remite a distintos juzgados de instrucción criminal que se niegan a recibirlo por no tener un proceso en su contra; finalmente, un juzgado lo

---

291 YEPES, Alberto, *En el corazón de la violencia. Peque, su destrucción y su resurgimiento*, 1953.

292 CASADIEGO CÁCERES, Ferdinando, “Prólogo” a *Lo que el cielo no perdona* de HERRERA, Ernesto León, Editorial Arga, Bogotá, 1954, pp. 12.

293 CASADIEGO CÁCERES, Ferdinando, “Prólogo” a *Lo que el cielo no perdona* de HERRERA, pp. 16.

recibe y dicta boleta de encarcelación para la Cárcel Nacional Modelo, “mientras definía su situación”. Es recluso 28 días.

Gracias al jefe de la dirección nacional liberal, Julio Cesar Turbay Ayala, el penalista Santiago Romero Sánchez logra que el Procurador investigue las razones por las cuales el cura permanece sin su situación jurídica resuelta. Tras constatar que se lo sindicaba por haber escrito *Lo que el cielo no perdona* se lo deja en libertad. El diario *El Tiempo* da cuenta del suceso. Se traslada a Santa Marta y trabaja como profesor del Liceo Celedón al tiempo que escribe para el periódico *El Informador*. Finalmente en 1967 legaliza su matrimonio en Medellín y hacia 1971 se desempeña como vicerrector del Colegio Nacional Emilio Cifuentes de Facatativá (Cundinamarca). Muere el 3 de diciembre de 1981 sin publicar las obras *El hombre que era otro hombre* (novela) y *Carmen la del Carmen* (ensayos y poemas), las que reposan en poder de su familia.

A diferencia de lo desatado con *Lo que el cielo no perdona*, el policía conservador en el departamento de Boyacá, Hilarión Sánchez, corre mejor suerte con su novela *Las Balas de ley*. Ideada para hacerle frente a las representaciones que de él hacen “senadores y representantes liberales” y corresponsales liberales como el dirigente de las guerrillas liberales de Cundinamarca, Saúl Fajardo, su novela testimonial escapa a la censura.

Las numerosas reivindicaciones de las acciones de los tristemente célebres chulavitas, narradas como si se tratara de simples aventuras copiadas del estilo de la novela picaresca de la Edad Clásica Española, circulan ante la opinión pública durante el gobierno de Rojas Pinilla y a lo largo del Frente Nacional. Con algunos miembros de estos mismos grupos bajo sus órdenes, el policía conservador –convertido en alcalde militar de Muzo– instauro el “orden” en el departamento de Boyacá, al tiempo que los liberales se ven obligados a huir o a engrosar las filas del guerrillero liberal Saúl Fajardo. El relato exalta los valores católicos y la completa subordinación al líder conservador Laureano Gómez, de quien Hilarión Sánchez obtendrá unos años después el reconocimiento como escritor consagrado.

De esta manera, en el prólogo a su segunda novela –*Hato Canaguay*<sup>294</sup>– escrita en 1967, y publicada por la propia Secretaría de Educación de Boyacá–, el lector se topa con una nota escrita por Laureano Gómez el 6 de enero de 1966 para *El Siglo* en la que se realzan las calidades literarias de Hilarión Sánchez y se

---

294 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Hato Canaguay*, Secretaría de Educación de Boyacá, Tunja, 1967.

dice de *Las Balas de la ley* que es “un libro muy importante”<sup>295</sup>. Otros conservadores como el leopardo Ramírez Moreno –“Jamás he leído una novela nacional o extranjera que pueda parecerse con “Balas de la ley” en el interés siempre creciente”– compartirán la misma opinión. Acerca de Hilarión Sánchez, el crítico literario Javier Arango Ferrer dirá incluso que

“El simple cabo de policía que llegó a teniente, narró su aventura durante la violencia como no supieron hacerlo los letrados y los universitarios en sus novelas. De este hombre dijeron los demagogos que era un bandolero, como si se tratara de cualquier bribón nueveabrileño y no de lo que pudiera ser la autoridad colombiana si el tipo humano primordial tuviera la calidad humana de Hilarión Sánchez”<sup>296</sup>.

Unos años después, en 1979, el ahora consagrado escritor publica su tercera novela titulada *Contrabando*<sup>297</sup> seguida de *Las embrujadas del Cinaruco*<sup>298</sup> en 1985 y de *La noche de la guacherna*<sup>299</sup> en 1993.

Otra suerte muy distinta correrá el guerrillero liberal Saúl Fajardo, quien para contrarrestar la forma como se lo tilda durante un buen par de años de “bandolero”, emprende la escritura de su diario titulado *Memorias de un pobre diablo* sin el reconocimiento necesario para que éste sea algún día publicado. Actualmente, en el 2007, el manuscrito original permanece extraviado y se conoce únicamente la copia que reposa en la Biblioteca Nacional en muy mal estado, incompleta e inconclusa. En sus últimas hojas, coincidentalmente, el tema es Miguel Ángel Builes con motivo de una de sus pastorales escritas en 1952 y divulgada por el periódico *El Tiempo*. Fajardo, visiblemente molesto, lanza todo tipo de improperios contra el “irresponsable fraile”<sup>300</sup> en quien encuentra una de las razones por las que la anhelada paz en su región de Yacopí se resiste a llegar y por el contrario sí se sigue insistiendo en las persecuciones de los denominados “líderes del bandolerismo”.

---

295 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Hato Canaguay*.

296 ARANGO FERRER, Javier, *Horas de literatura colombiana*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1978 (Primera edición: 1963).

297 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Contrabando*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1979.

298 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las embrujadas del Cinaruco*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1985.

299 HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *La noche de la guacherna*, Ediciones Antropos, Bogotá, 1993.

300 FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo* o *Memorias de un bandolero ad hoc*, pp. 393, manuscrito sin publicar.

Gracias al interés del entonces especialista de la crónica roja, Felipe Toledo, y su semanario *Sucesos* –el cual codirige con el poeta Rogelio Echavarría–, se divulga la última hoja del diario del guerrillero liberal. Obsesionado con la muerte del personaje, ocurrida el 2 de diciembre de 1952, Toledo inicia su semanario del 9 de agosto de 1957 con la noticia de la reapertura de la investigación de la muerte de Saúl Fajardo<sup>301</sup>. Ocurrió que Fajardo, ante los ataques a las guerrillas del noroeste de Cundinamarca, se ve acosado y decide viajar a Bogotá para aislarse en la embajada de Chile, la que está a cargo del poeta y diplomático Julio Barrenechea. El gobierno de Chile, en cabeza de González Videla, tras escuchar el concepto del Embajador Plenipotenciario de Colombia en Santiago de Chile, Joaquín Estrada Monsalve, decide no conceder el asilo, y Barrenechea opta por renunciar a su cargo diplomático como señal de protesta.

Monsalve, el ex ministro de educación del presidente conservador Ospina Pérez, se habría encargado de emitir su propio concepto del “asesino vulgar” que en su opinión era Saúl Fajardo. Una opinión parecida a la que ya había esbozado en su libro *Así fue la revolución del 9 de abril al 27 de noviembre*<sup>302</sup>, en donde emite todo tipo de descalificaciones para referirse a las personas que participaron en la revuelta del 9 de abril y los días que le siguieron. Negado el asilo, Fajardo pasa a poder de las autoridades y comparece ante un juez especial designado para las actividades subversivas que había acometido en el noroeste de Cundinamarca. Se le acusa, principalmente, de haber tomado parte en el asalto al Alto de Piedras, dentro de los términos municipales de Caparrapí. Mientras se adelanta la investigación, es internado en la cárcel de La Picota. Más tarde, a la espera de la convocatoria del Concejo de Guerra es enviado a la penitenciaría de Tunja en donde sufre todo tipo de vejámenes y privaciones. “Aquí será mi última morada”, escribe el guerrillero en las últimas hojas de su diario, “dadas las condiciones en que me tienen”<sup>303</sup>. Se inician las sesiones del tribunal castrense en los cuarteles de Usaquén y de ahí debe ser conducido, por el cabo segundo Jaime Rivas, hacia la cárcel La Modelo. Al llegar a ésta, la tarde del 2 de diciembre de 1952, Rivas le dispara 4 veces y después sostiene que Fajardo le ofreció 2.000 pesos para que lo dejara huir, pero que ante la negativa empezó a caminar y después a correr: “Un tiro de fusil Belga, modelo 30, otro tiro y dos más, les descarrajó (sic) el cabo Rivas

301 *Sucesos*, “Se reabre la investigación por la muerte de Saúl Fajardo”, No. 61, Agosto 9 de 1957.

302 ESTRADA MONSALVE, Joaquín, *Así fue la revolución del 9 de abril al 27 de noviembre*, Editorial Iqueima, Bogotá, 1950.

303 *Sucesos*, “La última página inédita de un documento humano sensacional: el diario de Saúl Fajardo”, No.62, Agosto 16 de 1957.

al guerrillero”, escribe Felipe Toledo para *Sucesos*. El suboficial en su indagatoria “confesó que al haberse agotado la carga de su fusil belga había echado mano de su revólver, arma con la cual le hizo dos tiros más”<sup>304</sup>.

Ya en el número siguiente de su semanario, Toledo abre con la noticia de “La última página inédita de un documento humano sensacional: El diario de Saúl Fajardo”, y acompaña el titular de su historia con una foto del guerrillero liberal muerto en el piso y acompañado de la guardia de la cárcel y agentes de la policía posando para el fotógrafo Sady González. Fajardo escribe, como lo había hecho repetidamente en los últimos años, que él no es “un bandido” o “vulgar asesino” como lo ha hecho creer una “propaganda malévola”. Su único crimen, mantiene, “no ha sido otro que el de ser liberal”<sup>305</sup>. Condenado a 48 años de prisión, cuando reabren la investigación por su muerte –le aplican “la ley de fuga” según el comunicado oficial emitido por el presidente Urdaneta–, increíblemente el encargado de la misma es el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, Joaquín Estrada Monsalve.

Las luchas por el reconocimiento, aun en el Frente Nacional, persisten. Los bandoleros, y ya no los guerrilleros liberales, serán partícipes de una pelea en la que en el plano de lo simbólico presentan una enorme desventaja. El ejemplo cumbre lo constituye el libro de Evelio Buitrago Salazar, *Zarpazo. Otra cara de la violencia, Memorias de un suboficial del Ejército de Colombia* escrito en el año de 1968, bajo el gobierno liberal de Carlos Lleras Restrepo e impreso por las Fuerzas Armadas. El relato, uno de los registros más descarnados de la época de la Violencia, consta de un prólogo realizado por el general y también historiador Guillermo Plazas Olarte, de 59 capítulos cortos y de un epílogo, y narra las acciones militares emprendidas por el suboficial del Ejército Evelio Buitrago Salazar en las regiones de el Quindío, el Valle del Cauca y el Tolima, entre los años de 1956 y 1964; un año antes de la instauración del Frente Nacional y cuando la violencia estrictamente partidista que se desatara a partir de los años treinta se acerca a su final.

Como su título y subtítulo lo indican, el libro tiene dos propósitos: evocar la vida del suboficial, quien es uno de los militares más reconocido y publicitado durante el Frente Nacional por su papel en la desarticulación de numerosas bandas armadas y por haber asesinado el mayor número de bandoleros colombianos; y contrastar la experiencia vivida con otros discursos existentes sobre la Violencia

---

304 *Sucesos*, “Se reabre la investigación por la muerte de Saúl Fajardo”, No. 61, Agosto 9 de 1957.

305 *Sucesos*, “La última página inédita de un documento humano sensacional: el diario de Saúl Fajardo”, No.62, Agosto 16 de 1957, pp. 8.

y, en particular, sobre el fenómeno del bandolerismo. De ahí el título, *Otra cara de la violencia*, y las constantes referencias que se hacen en el texto al trabajo de los novelistas. Al respecto, puede verse cómo el prologuista habla de “escritores ligeros, espíritus quiméricos” y “drogados soñadores”<sup>306</sup>, de la misma forma que el autor menciona la existencia de “novelones empalagosos y absurdos” que tildan de “héroes” a quienes no pasan de ser “adversarios sangrientos y analfabetos”<sup>307</sup>. Otro tanto ocurre con los sociólogos, “tristemente célebres delincuentes a quienes científicos de la “nueva ola” han tratado de defender”<sup>308</sup>, en referencia directa al libro de *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* escrito por Guzmán, Fals Borda y Umaña.

Realiza el autor una intensa campaña de deslegitimación de los bandoleros, en la que se los convierte en “monstruos que se hastiaron de víctimas”, “cuadrillas de malhechores”, “maleantes”, “antisociales”, “individuos sin ideales, sin sentimientos, colocados por voluntad propia al margen de las leyes divinas y humanas”, “desalmados”, “cuadrilleros”, “chusma”, “guerrilleros”, “secuestradores”, “atracadores”, y otros adjetivos. El rango de opciones es amplio y lo único que contribuye a su homogeneización es la presencia del “mal” y la necesidad de deshumanizar al bandolero para así presentar la “otra cara de la violencia”.

“Que los sociólogos escudriñen”, se lee en el texto, “y hagan análisis exhaustivos de las causas de la nueva violencia. Allá ellos con sus interesantes teorías. Lo cierto es que aparecieron los bandoleros, sujetos dedicados al pillaje, al robo, al asesinato, al secuestro, al chantaje...”<sup>309</sup>. A pesar de que reconoce que los bandoleros tienen alguna relación con la violencia partidista, y además de que está consciente de que las bandas recibían ayuda “de acaudalados propietarios o de políticos de alguna significación en las provincias”, estima que los bandoleros resurgen “de la nada” tras un corto periodo de calma instaurada por Rojas Pinilla.

Unos años antes de la publicación de su libro, el 7 de abril de 1965, Evelio Buitrago Salazar es condecorado por el presidente conservador Guillermo León Valencia con la Cruz de Boyacá. Al día siguiente, el periódico *El Colombiano* titula la noticia “Ejemplo para los colombianos es el valor del sargento Buitrago” y reseña la forma cómo el jefe de Estado elogió las aptitudes del militar, lo estableció como modelo para jefes, oficiales, soldados y colombianos de todas las

306 BUITRAGO SALAZAR, Evelio, *Zarpazo. La otra cara de la violencia*, Imprenta de las Fuerzas Militares, Bogotá, 1968, pp. 7.

307 BUITRAGO SALAZAR, Evelio, *Zarpazo. La otra cara de la violencia*, pp. 19.

308 BUITRAGO SALAZAR, Evelio, *Zarpazo. La otra cara de la violencia*, pp. 12.

309 BUITRAGO SALAZAR, Evelio, *Zarpazo. La otra cara de la violencia*, pp. 15.

profesiones, y mantuvo que su nombre figuraría entre los grandes de la historia nacional<sup>310</sup>. De esta manera, el militar se convirtió en un “héroe nacional” e incluso se le concedió la oportunidad, por sus servicios prestados a la patria, de convertirse en Secretario del Agregado Militar y Aéreo de la embajada de Colombia en Lima. Tras diez años de combatir bandoleros, decide aprovechar el reposo y la calma para escribir sus memorias. Su relato se inserta con comodidad en la política del gobierno de Guillermo León Valencia. Para la época, y de ahí que se le reconozca con la Cruz de Boyacá, los bandoleros empiezan a desaparecer ante el compromiso del gobierno nacional con la “pacificación” del país: los principales cabecillas, como es el caso de “Desquite”, “Chispas” y “Sangrenegra”, ya han sido asesinados.

Se dice que meses después de la publicación del libro, el Ejército lo consideró un error y decidió recoger los pocos ejemplares que alcanzaron a conocerse<sup>311</sup>; el relato, a pesar de ello, le abrió innumerables puertas a su autor. Pasó al servicio privado del presidente Carlos Lleras Restrepo y durante el gobierno del presidente Misael Pastrana viajó a España y realizó un curso “en custodia y defensa de personajes importantes”<sup>312</sup>. De conferencia en conferencia a nivel internacional, su fama llegó a oídos del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Para ese entonces, ya era el guardaespaldas del presidente Alfonso López Michelsen. En uno de sus viajes a los Estados Unidos, cuenta el periodista Pedro Claver, le ofrecen 90 mil dólares por la publicación del libro en inglés<sup>313</sup>. Lo traduce M. Murria Lasley y lo edita la Universidad de Alabama en 1977 con notas introductorias y elogiosas del ex integrante del Ejército americano Russell Ramsey, autor del libro sobre la Violencia en Colombia *Guerrilleros y Soldados*<sup>314</sup>. Se convierte en texto de consulta para la contrainsurgencia en América Latina y su autor, muchos años después, es arrestado por nexos con el narcotráfico.

---

310 *El Colombiano*, jueves 8 de abril de 1963.

311 CLAVER TÉLLEZ, Pedro, “Un narcotraficante condecorado con la Cruz de Boyacá”, en *Crónicas de la vida bandolera*, Planeta, Bogotá, 1987, pp. 202.

312 CLAVER TÉLLEZ, Pedro, “Un narcotraficante condecorado con la Cruz de Boyacá”, pp. 203.

313 BUITRAGO SALAZAR, Evelio, *Zarpazo The Bandit (Memoirs of a undercover agent of the Colombian Army)*

314 RAMSEY, Russell, *Guerrilleros y soldados*.



## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes primarias

#### *Diarios*

BUILES, Miguel Ángel, *Mi diario*, Archivo Diocesano de Santa Rosa de Osos.

FAJARDO, Saúl, *Memorias de un pobre diablo*, Biblioteca Nacional.

#### *Novelas, novelas históricas, testimonios*

ALMOVA, Domingo, *Sangre*, Editorial Bolívar, Cartagena, 1953.

ARIAS RAMÍREZ, Fernando, “*Sangre campesina*”, Tercera Época Vol 24, Manizales, 1965.

AZULA BARRERA, Rafael, *De la Revolución al orden nuevo: proceso y drama de un pueblo*, Editorial Nelly, Bogotá, 1956.

BAYER, Tulio, *Carretera al Mar*, Editorial Iqueima, Bogotá, 1960.

BAYER, Tulio, *Carta a un analfabeta político*, Ediciones Hombre Nuevo, Medellín, 1968.

BUITRAGO SALAZAR, Evelio, *Zarpazo. La otra cara de la violencia, Imprenta de las Fuerzas Militares*, Bogotá, 1968.

BUITRAGO SALAZAR, Evelio, *Zarpazo The Bandit (Memoirs o fan undercover agent of the Colombian Army)*, The University of Alabama Press, Alabama, 1977.

CABALLERO CALDERÓN, Eduardo, *El Cristo de Espaldas*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1952.

CABALLERO CALDERÓN, Eduardo, *Siervo sin tierra*, de Eduardo Caballero Calderón, Ediciones El Alcázar, Madrid, 1954.

CABALLERO CALDERÓN, Manuel Pacho, Editorial Bedout, Medellín, 1954.

CABALLERO CALDERÓN, Eduardo, *Siervo sin tierra*, Ediciones El Alcázar, Madrid, 1954.

- CARTAGENA, Donato, *Una semana de miedo*, Editorial El libertador, Medellín, 1954.
- CANAL RAMÍREZ, Gonzalo, *El 9 de abril de 1948*, Editorial Cahur, Bogotá, 1949.
- CANAL RAMÍREZ, Gonzalo, *Estampas y testimonio de la violencia*, Imprenta Canal Ramírez, Bogotá, 1966.
- CAICEDO, Daniel, *Viento seco*, Cooperativa Nacional de Artes gráficas, Bogotá, 1954.
- Comisión del Comité Central del Partido Comunista de Colombia, *Treinta años de lucha del Partido Comunista en Colombia*, Ediciones Paz y Sindicalismo, Bogotá, 1960.
- ECHAVARRÍA, Echavarría, *Historia de una monstruosa farsa*, Musigraf Arabí, Madrid, 1964.
- ESGUERRA FLÓREZ, Carlos, *Los cuervos tienen hambre*, Mattos, Litografía Editorial, Bogotá, 1954.
- ESTRADA MONSALVE, Joaquín, *Así fue la revolución del 9 de abril al 27 de noviembre*, Editorial Iqueima, Bogotá, 1950.
- GÓMEZ CORREA, Pedro, *El 9 de abril*, Editorial Iqueima, Bogotá, 1951.
- GÓMEZ, DÁVILA, Ignacio, *Viernes 9*, Impresiones Modernas, México, 1953.
- GONZÁLEZ PATIÑO, Francisco, *Bienaventurados los rebeldes*, Bibliográfica Colombiana, 1958.
- HERRERA, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, Editorial Argra, Bogotá, 1954.
- HILARIÓN SANCHEZ, Alfonso, *Balas de la ley*, Editorial Santa Fe, Bogotá, 1953.
- HILARIÓN SANCHEZ, Alfonso, *Hato Canaguay*, Secretaría de Educación de Boyacá, Tunja, 1967.
- HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Contrabando*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1979.
- HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *Las embrujadas del Cinaruco*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1985.
- HILARIÓN SÁNCHEZ, Alfonso, *La noche de la guacherna*, Ediciones Antropos, Bogotá, 1993.
- LLERAS RESTREPO, Carlos, *De la República a la Dictadura (testimonio sobre la política colombiana)*, Editorial Argra, Bogotá, 1955.

- LINARES, Heliodoro, *Yo acuso*, Tomo 2, Editorial Iqueima, Bogotá, 1959.
- MANRIQUE, Ramón, *A sangre y fuego (Un dramático reportaje del 9 de abril en todo Colombia)*, Librería Nacional, Barranquilla, 1948.
- MANRIQUE, Ramón, *Los días del terror*, Editorial A.B.C., Bogotá, 1955.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, Fernando, *Horizontes cerrados*, Tipografía Arbeláez, Manizales, 1954.
- NIETO ROJAS, José María, *La batalla contra el comunismo en Colombia. Capítulos de historia patria, que deben ser faro y brújula para las futuras generaciones de Colombia*, Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1956.
- OJEDA, de Aristides, *El Exiliado*, de Aristides Ojeda, Editorial Argra, Bogotá, 1954.
- ORTIZ MÁRQUEZ, Julio, *Tierra sin Dios*, Edimex, México, 1954.
- PONCE DE LEÓN, Fernando, *Tierra asolada*, Editorial Iqueima, Bogotá, 1954.
- SÁNCHEZ, Gonzalo, *Gaitanismo y el 9 de abril en provincia*, Bogota, 1983.
- SANTA, Eduardo, *Sin tierra para morir*, de Eduardo Santa, Editorial Iqueima, Bogotá, 1954.
- SIERRA OCHOA, Gustavo, *Las guerrillas en los Llanos Orientales*, Imprenta Departamental de Caldas, Manizales, 1954.
- TESTIS FIDELIS, *El basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo*, Medellín, Tipografía Olímpica, Medellín, 1953.
- TESTIS FIDELIS, *Laureano Gómez o la tenacidad al servicio de la justicia y la patria*, Granamérica, Medellín, 1950,
- TESTIS FIDELIS, *El régimen del terror o 16 años en el infierno*, s.p.i., Medellín, 1951.
- TESTIS FIDELIS, *El basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo*, Tipografía Olímpica, Medellín, 1953.
- TESTIS FIDELIS, *Del humorismo al asfalto*, sin fecha ni editorial, 1955.
- VELÁSQUEZ VALENCIA, Galo, Editorial Iqueima, Bogotá, 1954.
- YEPES, Alberto, *En el corazón de la violencia. Peque, su destrucción y su resurgimiento*, Editorial Gloria, Medellín, 1953.
- ZALAMEA, Jorge, *El Gran Burudún-Burundá ha muerto*, Buenos Aires, 1952.

### **Publicaciones periódicas**

*Sucesos*, Bogotá, 1957.

*Revista Mito*, Bogotá, 1955-1962.

*El Siglo*, Bogotá, 1958.

*La República*, Bogotá, 1962.

*El Espectador*, Bogotá, 1962.

*La Nueva Prensa*, Bogotá, 1962.

### **Fuentes secundarias**

ARIAS, Ricardo, *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850-2000)*, CESO, Uniandes, Icanh, Bogotá, 2003.

ARIAS, Ricardo, *Los leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2007.

ARIAS, Ricardo, “Los sucesos del 9 de abril como legitimadores de la violencia oficial”, en *Historia Crítica*, No. 17, 40-46, 1998.

ACEVEDO, Darío, *La mentalidad de las elites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)*, IEPRI/El Áncora Editores, Bogotá, 1995.

AGAMBEN, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Pre-textos, Valencia, 2000.

AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Alianza, Madrid, 1996.

ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo, “México y Colombia: Violencia y revolución en la novela”, *Mundo Nuevo*, No. 57-58, 1971.

ARANGO, Gonzalo, “Los cuentos y la violencia”, en *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, 5 de julio 1959.

ARANGO FERRER, Javier, *Horas de literatura colombiana*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978 (Primera edición: 1963).

AROCHA, Jaime, *La Violencia en el Quindío, determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio caficulator*, Tercer Mundo, Bogotá, 1979.

ATEHORTÚA, Adolfo León, *El poder y la sangre. Las historias de Trujillo (Valle)*, Cinep-Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Cali, 1995.

- AUGÉ, Marc, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- BEJARANO, Jesús Antonio, “Historiografía de la violencia en Colombia” en *Once ensayos sobre la Violencia*, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1985, pp.- 297-324.
- BLAIR, Elsa, “Memorias e identidades colectiva: desafíos de la violencia”, *Revista de Estudios políticos*, No. 12,1999.
- BOLÍVAR, Ingrid, *Violencia política y formación del Estado: ensayo historiográfico sobre la dinámica regional de la violencia de los cincuenta en Colombia*, Uniandes-CESO, CINEP, Bogotá, 2003.
- BURKE, Peter, *Formas de historia cultural*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- CASTORIADIS, Cornelius, *Figuras de lo pensable (las encrucijadas del laberinto 6)*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- CLAVER TÉLLEZ, Pedro, “Un narcotraficante condecorado con la Cruz de Boyacá”, en *Crónicas de la vida bandolera*, Planeta, Bogotá, 1987.
- Colombia: violencia y democracia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.
- CONAN, Eric y ROUSSO, Henry, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Fayard, París, 1994.
- CHARTIER, Roger, *El mundo representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1995.
- DÁVILA, Andrés, *Democracia pactada: El Frente Nacional y el proceso constituyente del 91*, IFEA, Alfaomega, Bogotá, 2002.
- DELGADO, Mariana, *El discurso político partidista en Boyacá 1930-1940*, Ediciones Uniandes, Colección Prometeo, Bogotá, 2005.
- GUTIÉRREZ, Francisco, *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia. 1958-2002*, Editorial Norma, Bogotá, 2007.
- FALS BORDA, Orlando, GUZMÁN, Germán, UMAÑA, Eduardo, *La Violencia en Colombia. Estudio de un Proceso Social*, Carlos Valencia Editores, Ediciones Progreso, Bogotá, 1968.
- GILHODÉS, Pierre, *Politique et violence: la question agraire en Colombia 1958-1971*, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris, 1974.
- GONZÁLEZ, Fernán Enrique, BOLÍVAR, Ingrid, VÁZQUEZ, Teófilo, *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*, CINEP, Bogotá, 2003.

- GUZMÁN, Germán, “Reflexión crítica sobre el libro de La Violencia en Colombia”, en SÁNCHEZ, Gonzalo, PEÑARANDA, Ricardo (Comps.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Medellín, La Carreta Editores, 2007.
- HALBWACHS, Maurice, *La mémoire collective*, Albin Michel, Paris, 1997.
- HALBWACHS, Maurice, *Les cadres sociaux de la mémoire*, Albin Michel, Paris, 1994.
- HARTLYN, Jonathan, *La política del régimen de coalición: la experiencia del Frente Nacional en Colombia*, Ediciones Uniandes, CEI, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993.
- HENDERSON, James, *Cuando la Violencia se desangró. Un estudio de la Violencia en Metrópoli y Provincia*, El Áncora Editores, Bogotá, 1984.
- HOBBSAWM, Eric, *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1968.
- HUYSEN, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Gabriel García Márquez habla de García Márquez*, Rentería Editores, 1979, Bogotá.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, “Dos o tres cosas sobre la Novela de la Violencia”, *La Calle*, 9 de octubre de 1959.
- GUERRERO, Javier, *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la Violencia*, IEPRI, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991.
- JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2002.
- LACAPRA, Dominick, *Escribir la historia, escribir el trauma*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005.
- LACAPRA, Dominick, *History and memory after Auschwitz*, Cornell University, Nueva York, 2001.
- LEAL, Francisco, “Estabilidad macroeconómica e institucional y violencia crónica”, en *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*, IEPRI, Colciencias, TM Editores, Bogotá, 1995.
- LECHNER, Norbert, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

- LEGRAND, Catherine, “La política y la violencia (1946-1965): interpretaciones en la década del ochenta” en *Memoria y sociedad*, Vol. 2, No 4, 1997.
- LEFORT, Claude, *Ensayos sobre lo político*, Editorial Universidad de Guadalajara, México, 1991.
- LÓPEZ DE LA ROCHE, *Izquierdas y cultura política. ¿Oposición alternativa?*, Cinep, Bogotá, 1994.
- LLERAS DE LA FUENTE, Carlos, “La literatura de la violencia”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 1961.
- MELO, Jorge Orlando, *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*, Editorial Lealon, Medellín, 1992.
- MESA, Lucila Inés, “Cien años de Soledad: novela de la Violencia”, *Hispanamérica*, No 13, 3-23, 1976.
- MESA ESCOBAR, Augusto, “La Violencia: ¿Generadora de una tradición literaria?”, *Gaceta* 33, 1996.
- MESA ESCOBAR, Augusto, “Literatura y violencia o cuando un país siente latir los ruidos del corazón”, Conferencia dictada el 25 de noviembre de 2004 en la Universidad de Montreal.
- MESA, Gustavo, *Representaciones religiosas y la violencia en Antioquia, 1949-1953*, tesis de grado para optar al título de Maestro en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Medellín, 2006.
- NORA, Pierre (dir.), *Les lieux de mémoire (7 vols.)*, Gallimard, París, 1997.
- Once ensayos sobre la violencia*, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1985.
- OQUIST, Paul, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Banco Popular, Bogotá, 1976.
- ORTEGA, Francisco (ed.), *Pensar en público. La irrupción de lo impensado. Cátedra de estudios culturales Michel de Certeau*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2004.
- ORTIZ, Carlos Miguel, *Estado y subversión en Colombia, la violencia en el Quindío años 50*, Uniandes-Cider, Bogotá, 1985.
- ORTIZ, Carlos Miguel, “Historiografía de la Violencia” en *La historia al final de el milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1994.
- PÉCAUT, Daniel, *Política y sindicalismo en Colombia*, La Carreta, Bogotá, 1973.

- PÉCAUT, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, Editorial Norma, Bogotá, 1987.
- PÉCAUT, Daniel, “La contribución del IEPRI a los estudios sobre violencia en Colombia”, en *Revista Análisis Político*, No. 34, 1998.
- PÉCAUT, Daniel, *Crónica de dos décadas de política colombiana 1968-1988*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1989.
- PÉCAUT, Daniel, *Guerra contra la sociedad*, Espasa Hoy, Bogotá, 2002.
- PÉCAUT, Daniel, *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2003.
- PEREA, Carlos Mario, *Porque la sangre es espíritu*, IEPRI/Editorial Aguilar, Bogotá, 1996.
- PEREA, Carlos Mario, “Guerras, memoria e historia, de Gonzalo Sánchez”, *Análisis Político*, No 58.
- PINEDA GIRALDO, Roberto, *El impacto de la Violencia en el Tolima: el caso del Libano*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1962.
- POSADA CARBO, Eduardo, *La nación soñada*, Bogotá, Norma, 2006.
- RESTREPO, Laura, “Niveles de realidad en la literatura de la “violencia colombiana””, *Once ensayos sobre la violencia*, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1985.
- RICOEUR, Paul, *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1999.
- RICOEUR, Paul, *La memoria, la historia y el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- RAMSEY, Russell, *Guerrilleros y soldados*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1981.
- ROLDÁN, Mary, *A Sangre y fuego, La Violencia en Antioquia*, ICANH, Bogotá, 2003.
- ROSE, Sonya, “Cultural Analysis and Moral Discourses. Episodes, Continuities, and Transformations” en V. BONNELLE, V., L. HUNT (Eds.), *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, University of California Press, 1999.
- ROUSSO, Henry, “Le poids de la mémoire”, en *Écrire l’histoire du temps présent*, CNRS Editions, París, 1992.



- SÁNCHEZ, Gonzalo, “Los estudios sobre la Violencia: balance y expectativas” en *Pasado y Presente de la violencia en Colombia*, Séptima Edición, Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1991.
- SÁNCHEZ, Gonzalo, “Intelectuales, poder y cultura nacional”, en *Análisis Político*, No. 34, 1998.
- SÁNCHEZ, Gonzalo y AGUILERA, Mario (eds.), *Memoria de un país en Guerra. Los Mil Días 1899-1902*, Bogotá, Editorial Planeta, 2001.
- SÁNCHEZ, Gonzalo, MEERTENS, Donny, *Bandoleros, gamonales y campesinos*, El Áncora Editores, Bogotá, 1983.
- SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2003.
- SUÁREZ RONDÓN, Gerardo, La novela sobre la violencia, Tesis de grado para optar al título de Doctor en Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Católica Javeriana, 1966.
- TAYLOR, Charles, *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona, 1992.
- TÉLLEZ, Hernando, *Textos no recogidos en libro*, Editorial ABC, Bogotá, 1979.
- THOMPSON, E.P., *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995.
- TITLER, Jonathan, *Violencia y literatura en Colombia*, Editorial Orígenes, Madrid, 1989.
- TODOROV, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.
- TORRES, Camilo, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, en *Once ensayos sobre la Violencia*, Cerec, Centro Gaitán, Bogotá.
- URIBE ALARCÓN, María Alarcón, *Matar, rematar y recontramatar: las masacres de la Violencia en el Tolima, 1948-1964*, Cinep, Bogotá, 1999.
- URIBE ALARCÓN, María Victoria, *Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*, Norma, Bogotá, 2002.
- ZULUAGA, Alberto, “Notas sobre la novelística de la violencia en Colombia”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 72, 1967, pp. 597-608.

Este libro se terminó de imprimir  
en noviembre de 2008,  
en la planta industrial de Legis S. A.  
Av. Calle 26 N° 82-70 Teléfono: 4 25 52 55  
Apartado Aéreo 98888  
Bogotá, D. C. - Colombia